Marcelino Jiménez León (coordinación y edición)

El Fondo Guillermo Díaz-Plaja: perspectivas de un legado

Octaedro Editorial

El **Dr. Marcelino Jiménez León** es especialista en Literatura Española Moderna y Contemporánea. Se doctoró con una tesis sobre la obra crítica de Enrique Díez-Canedo, que recibió el Premio Extraordinario de la Universidad de Barcelona. Ha sido profesor en la Universidad de Gerona y en la Universidad Autónoma de Barcelona. En la actualidad, es profesor agregado Serra Húnter en la Universidad de Barcelona, donde imparte clases en la Facultad de Filología y es coordinador de la sección de Literatura del Departamento de Filología Hispánica, Teoría de la Literatura y Comunicación.

Ha centrado sus investigaciones en la literatura española de la Edad de Plata, cuenta con numerosas publicaciones sobre novela, poesía y teatro español del siglo xx y ha participado en varios proyectos de investigación, así como en congresos nacionales e internacionales. Sus líneas de investigación actuales son la historia de la crítica literaria española y la enseñanza de la literatura en la educación secundaria obligatoria y el bachillerato. Actualmente es vicepresidente del Fondo Guillermo Díaz-Plaja.

El Fondo
Guillermo Díaz-Plaja: perspectivas de un legado

Marcelino Jiménez León
(coordinación y edición)

El Fondo Guillermo Díaz-Plaja: perspectivas de un legado

Octaedro

Colección Horizontes-Testimonio

Título: *El Fondo Guillermo Díaz-Plaja: perspectivas de un legado*

Este libro ha sido revisado por pares académicos.

Nota: El presente volumen ha sido financiado con la ayuda del Vicerrectorado de Artes, Cultura y Patrimonio y del Decanato de la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona.

Primera edición: diciembre de 2017

© Marcelino Jiménez León (coord.)

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
octaedro@octaedro.com
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17219-19-2
Depósito legal: B. 29883-2017

Diseño y producción: Ediciones Octaedro
Ilustración de la cubierta: Dibujo de Guillermo Díaz-Plaja realizado por Rafael Santos Torroella.

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Presentación 9
[Marcelino Jiménez León y Ana Díaz-Plaja Taboada]

Palabras de apertura 15
[Carles Bastons i Vivanco]

Díaz-Plaja y Blecua 29
[Alberto Blecua y José Manuel Blecua]

El fondo Guillermo Díaz-Plaja: perfil y potencialidades de un archivo personal 41
[Núria Jornet-Benito y Laura Vílchez]

La vida literaria en directo: el epistolario de Guillermo Díaz-Plaja 53
[Anna Caballé]

La labor manualística de Guillermo Díaz-Plaja en sus contextos histórico, educativo y didáctico 73
[Antonio Martín Ezpeleta]

Guillermo Díaz-Plaja y Eugenio d'Ors, el combate por la luz 105
[Conrad Vilanou Torrano y Raquel de la Arada Acebes]

Guillermo Díaz-Plaja, puente entre culturas 121
[Julia Butiñá Jiménez]

Guillermo / Guillem Díaz-Plaja, discurso y práctica comparatista catalano-castellana 129
[Juan M. Ribera Llopis]

Guillermo Díaz-Plaja: recuerdos de recuerdos de México 143
[Mauricio Tenorio Trillo]

Guillermo Díaz-Plaja y China: vertientes de una empatía (una lectura personal) 159
[José María Balcells]

Índice 171

Presentación

Este volumen recoge las aportaciones de una serie de especialistas que participaron en el I Simposio internacional sobre el Fondo Guillermo Díaz-Plaja. El encuentro tuvo lugar el 12 de diciembre de 2016, y fue organizado por el equipo del propio Fondo en colaboración con la Universidad de Barcelona y la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. El objetivo era mostrar cómo en la obra y el legado de este escritor confluyen diferentes ramas del ámbito de las Humanidades (Historia y Crítica de la Literatura, Didáctica de la Literatura, Filosofía, Biblioteconomía y Archivística, Epistolarios, etc.), y forma parte del proyecto de investigación en torno al Fondo Díaz-Plaja, que alberga un rico patrimonio, parte del cual está estrechamente vinculado a la Universidad de Barcelona.

Las primeras sesiones del seminario se celebraron en la misma Facultad en la que don Guillermo fue alumno brillante y excelente profesor:[1] allí empezó impartiendo clases como adjunto a la cátedra del Dr. Ángel Valbuena Prat. Y siendo un jovencísimo profesor, con 26 años obtuvo el Premio Nacional de Literatura (con un jurado presidido por don Antonio Machado) y la cátedra de Literatura del Instituto Jaime Balmes de Barcelona. Pero, como es bien sabido, la guerra civil también varió el rumbo de esta fulgurante carrera; el resto de la historia es bastante conocido. Nos situaremos ahora al final de esa historia: un día después del fallecimiento de Don Guillermo, escribía Francisco Rico:

1. Las sesiones de la tarde se desarrollaron en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, donde don Guillermo leyó su discurso de ingreso en 1961.

> En la destrozada escuela de la posguerra [...], los manuales de Díaz-Plaja –con los de José Manuel Blecua y apenas más– fueron un privilegio para no pocos. Lengua y literatura se presentaban en ellos a la altura de los más solventes conocimientos de la época, con una adecuada estrategia pedagógica, servida por textos –clásicos y bien recientes– que pretendían ofrecer «la ilustración viva y orgánica de un suceder literario» contemplado con sensibilidad perfectamente al día. «A mí lo que me interesaba –subrayó en una ocasión don Guillermo– era crear vocaciones de lector». Consta que despertó muchas.[2]

Sin embargo, sabido es que, desde la Antigua Roma hasta nuestros días, la *damnatio memoriae* es práctica común (unas veces atribuible a la mala fe, otras al desconocimiento), más refinada hoy que entonces, pero no por ello menos perniciosa ni menos falseadora de la historia. De ahí que allá por el año 2008 José-Carlos Mainer escribiera unas palabras que siguen siendo actuales:

> Pero veinticinco años después, a Guillermo Díaz-Plaja le esperaba el limbo del desconocimiento. A nadie parece interesarle mucho la compleja trama de hidrología intelectual que permea la vida de la cultura castellana y de la catalana bajo el franquismo y en la transición –un ámbito de preocupación al que el escritor dedicó algo más que retórica de buena fe– y un velo de simplificaciones y silencios oculta [su] persona [...]. Muchos años después, el tejido de la memoria histórica del país llegaría a ser infinitamente más complejo de lo que suele preferirse.[3]

Pues bien, todavía hoy podemos decir que estamos en ese «limbo del desconocimiento», aunque desde hace algunos años se han impulsado diversas iniciativas desde el Fondo Guillermo Díaz-Plaja: la primera de ellas fue la publicación de la bibliografía en el año 2007,[4] a la que siguió una selección de su epistolario en 2009.[5] El presente volumen viene a sumarse a esas iniciativas, contrastando las investigaciones de diversos estudiosos de la obra de Guillermo Díaz-Plaja

2. Rico, F. (1984). «Tanto don Guillermo...», *La Vanguardia*, 28 de julio de 1984.

3. Mainer, J. C. (2003). *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica, p. 19.

4. Díaz-Plaja, A; Roca-Sastre, E. y Vela, L. (2007). *Bibliografia del Dr. Guillem Díaz-Plaja*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres, Series Minor, 12.

5. Díaz-Plaja; A.; Amat, J.; Bravo, B. (eds.) (2009). *Querido amigo, estimado maestro: cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona-Reial Acadèmia de Bones Lletres.

en un foro de discusión, que supone el inicio de un grupo de trabajo interuniversitario vinculado al Fondo Guillermo Díaz-Plaja (custodiado en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona). Con ello se pretende vertebrar un proyecto que vincula la conservación de una colección patrimonial (el Fondo Guillermo Díaz-Plaja) con su difusión, y con la investigación sobre temas literarios diversos y su proyección en el aprendizaje filológico.

Así pues, este volumen acoge los trabajos que se derivaron del encuentro: algunos de ellos sintetizaban investigaciones que sus autores estaban llevando a cabo, y que reposan en una abundante bibliografía y material de investigación, como es el caso de A. Martín Ezpeleta; otras entroncaban con algún proyecto filológico o educativo en marcha, y se ha materializado en el capítulo correspondiente, como el de Conrad Vilanou y Raquel de la Arada; y algunos otros han pasado de la evocación personal a un análisis pormenorizado de las relaciones entre escritores, como es el caso del artículo de los hermanos José Manuel y Alberto Blecua.

Los autores fueron seleccionados en virtud de su interés por la figura de Guillermo Díaz-Plaja y su Fondo. Los capítulos de Anna Caballé y Núria Jornet evocan, desde ángulos complementarios, la importancia de los fondos personales en la historia cultural de un país: la conservación y difusión del epistolario, en el caso de A. Caballé, señalando los rasgos esenciales del autor y sus corresponsales; y la organización y difusión de los documentos de trabajo, en el caso de N. Jornet y L. Vílchez, mostrando el potencial de trabajo y aprendizaje que albergan.

También establecen una relación dialéctica de enorme interés los capítulos centrados en la labor educativa de Guillermo Díaz-Plaja. Carles Bastons realiza tres calas en el mundo educativo de Díaz-Plaja: su propia formación en Gerona, sus primeros pasos en el Institut-Escola y su incorporación definitiva al Instituto Balmes. Otra línea ilustra el trabajo de A. Martín Ezpeleta, en este caso basándose en el análisis de los manuales de diversos niveles educativos de G. Díaz-Plaja, justificando sus opciones metodológicas y señalando su vigencia. En el otro caso, el de Vilanou-Arada, la reflexión didáctica se basa en los presupuestos filosóficos (orsianos, krausistas, institucionistas) que gravitan en el concepto de cultura y de su transmisión a través de la educación que mantuvo toda su vida Guillermo Díaz-Plaja.

Las relaciones con otros profesores o intelectuales del momento constituyen un eje transversal a varios trabajos. Se señala como una muestra de la curiosidad universal del autor y su capacidad de em-

patía, que le llevaban a relacionarse con escritores de diversas generaciones y, claro está, con sus coetáneos. La amistad y la comunidad de intereses entre Díaz-Plaja y Blecua, por ejemplo, es evocada por A. Martín Ezpeleta, Anna Caballé y los propios hermanos Blecua; su relación –no siempre fácil– con Max Aub es punteada por Mauricio Tenorio; su acercamiento a Azorín o a Américo Castro es señalado por A. Caballé.

El Díaz-Plaja viajero se presenta en dos facetas esenciales para su biografía intelectual. Una es la del curioso oteador de horizontes, que produce una importante bibliografía de viajes, culminada con un libro sobre China, evocado por José María Balcells. La otra es la del embajador y promotor de empresas culturales, que no solo trata de descifrar, descubrir un país, sino que se acerca a sus élites intelectuales, su sistema universitario o sus referentes culturales, con sus claroscuros y sus aciertos. Este es el caso del artículo de Mauricio Tenorio.

Esta idea de poner en contacto diversas formas de cultura, diferentes lenguas, sea en el mundo entero o sea en la Península Ibérica, es destacada también en algunos trabajos. Especial atención merece el de Joan Miquel Ribera que, con un rastreo minucioso de la bibliografía de Guillermo Díaz-Plaja, revisa las numerosas ocasiones en las que estableció los nexos entre autores, géneros y movimientos de las literaturas catalana y castellana, basándose en una aproximación comparatista que tardaría años en hacerse frecuente en nuestras aulas. Asimismo, Alberto y José Manuel Blecua destacan el importante papel que jugó en este sentido la *Historia general de las literaturas hispánicas*.

Este deseo de aproximación entre realidades diferentes se destaca también en la capacidad de acercar la alta cultura a los que se inician en ella. El acercar lo mejor a los más, su lema, es destacado en su faceta como maestro, incluso en su capacidad de despertar vocaciones, como recuerda en su bello trabajo Julia Butiñá.

Don Guillermo fue viajero, hombre-puente entre culturas, profesor, divulgador, gestor cultural, a través de sus libros y su legado, recogido en el Fondo Díaz-Plaja. Los especialistas que escriben en este volumen han partido de sus áreas de investigación y de su vinculación a las tareas del Fondo GDP. En el simposio intercambiaron opiniones, descubrieron concomitancias o desacuerdos. Se usaron lenguas distintas –catalán y castellano–, tonos distintos, desde el más entrañable a los ribetes críticos; desde la erudición y los datos a las evocaciones. Desde el análisis filológico al recuerdo poético.

Aquellos parlamentos avivaron el deseo de profundizar en la figura de G. Díaz-Plaja y han dado lugar al presente volumen, que comienza con las evocaciones de tono más personal de Carles Bastons, Alberto y José Manuel Blecua; siguen los artículos de Núria Jornet y Laura Vílchez, y el de Anna Caballé, centrados en el Fondo G. Díaz-Plaja. Los tres trabajos siguientes (escritos por Conrad Vilanou y Raquel de la Arada, Julia Butiñá y Joan Miquel Ribera) abordan las relaciones entre la cultura castellana y la catalana; y los dos últimos (a cargo de Mauricio Tenorio y José María Balcells) versan sobre su relación con América y China.

Ojalá este volumen sea para el lector una fuente de conocimiento y aproximación al escritor y su obra.

Marcelino Jiménez León
Profesor Serra Húnter de la Universidad de Barcelona
(Facultad de Filología)

Ana Díaz-Plaja Taboada
Profesora de la Universidad de Barcelona
(Facultad de Educación)

Palabras de apertura[6]

➤ *Carles Bastons i Vivanco*
Catedrático de Lengua y Literatura Españolas
del instituto Jaume Balmes (1984-2012)

Recién iniciado el curso académico 2016-2017, la profesora Dra. Ana Díaz-Plaja, buena amiga, contactó conmigo para informarme de este I Simposio Internacional dedicado a su padre, el Excmo. académico y catedrático don Guillermo Díaz-Plaja (1909-1984), «un modesto profesor de la enseñanza secundaria») según se autodefinía en el discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (Díaz-Plaja, 1961: 6); Ana, su hija, añadía en la conversación telefónica que contaba conmigo para una participación personal con unas palabras de presentación. En principio, me encontró descolocado, pero, a pesar del poco tiempo de preparación, tenía yo el deber de aceptar el difícil y emotivo compromiso por razones éticas, profesionales, académicas y sentimentales. Razones que se entrecruzaban, ya que, en primer lugar, no me gusta declinar propuestas procedentes de buenas amistades y destinadas a glosar personalidades del mundo de la docencia –o de otros ámbitos–; en segundo lugar, porque él fue catedrático de Lengua y Literatura Españolas en el instituto Jaume Balmes de Barcelona, centro de enseñanza secundaria en el cual yo he estado ininterrumpidamente 28 años,[7] institución

6. Traducción al castellano, con pequeños retoques, del texto leído el 12 de diciembre de 2016 en la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona.

Todas las traducciones de los textos de Díaz-Plaja son también del autor del artículo.

7. Dicho sea de paso, bonita y triste coincidencia, casi a manera de oxímoron: el verano de 1984, cuando murió Díaz-Plaja, yo accedía a la cátedra por concurso de méritos y tomaba posesión de la cátedra balmesiana, vacante después de la incorporación definitiva a la Universidad de Barcelona de la Dra. Rosa Navarro Durán.

académica nacida precisamente a la sombra de esta universidad que hoy, a lo largo de esta mañana otoñal, acoge y nos acoge para celebrar este simposio, tan simpático y entrañable, sin perder un ápice su valor académico; más aún, todavía otro factor, como una especie de valor añadido de naturaleza afectiva: G. Díaz-Plaja cursó el Bachillerato en el segundo instituto más antiguo de Cataluña –el de Girona, hoy Jaume Vicens Vives–, mi provincia, ya que nací en Figueres y estudié toda la Secundaria en el Ramon Muntaner de la capital ampurdanesa, el primero del Estado español con sus ya 178 años de vida y de historia; y, un poco o bastante, también su tierra por las raíces familiares, tal como él mismo reconoce:

> Se me pierde la fisonomía de los abuelos, entre neblinas de niño. El abuelo del Sur con su elegancia delicada; el abuelo del Norte con su talante decidido de primogénito del Empordà; mi señora abuela que había aprendido a pintar en el estudio que Marià Vayreda tenía en la ciudad de Olot. (Díaz-Plaja, 1959: 16)

> [...] De las comarcas maternas –Olot, Figueras, La Bisbal– procedían las canciones que yo oía de niño las noches temibles –lluvia y viento– del largo invierno de Gerona. (Díaz-Plaja, 1959: 33)

Dicho esto, doy las gracias no solo protocolarias, sino sinceras y cálidas a la Comisión Organizadora y me siento muy honrado de iniciar este simposio y poder desarrollar y explicitar el título, que de común acuerdo, se ha puesto a mi intervención académica: «palabras de apertura». Título amplio, ambiguo, bonito porque recoge el término *palabra*, tan estimado por filólogos y profesores de lengua y literatura, y *apertura*, sinónimo de *inicio*, de *comienzo*, de *inauguración*, de *amplitud de miras*, de *horizontes abiertos*, si se prefiere. Por tanto, en el tiempo y espacio que se me han adjudicado, quisiera dirigir mi mirada, siempre complaciente y agradecida, en la que se funden pensamiento y sentimiento de acuerdo con la poética unamuniana, hacia un sabio profesor, hacia un profesor sabio, hacia un humanista íntegro e integral. Tal vez, si se me permite, podría aplicarle de entrada el título de un libro del profesor Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso* (1985).

Él, como persona única, intransferible se diversifica en docente, investigador, académico, ensayista, periodista, conferenciante, responsable de instituciones o, si se prefiere, en formato más reducido, persona de dos patrias: la literatura y la enseñanza, como escribió

Jordi Amat (2009) en *La Vanguardia*, dos patrias que lo abrazan todo por las enormes connotaciones que tienen ambos vocablos. Obviamente, otras voces más autorizadas hablarán hoy de otras facetas –probablemente desde el aspecto familiar hasta el creativo–. Yo expondré aquí, sobre todo, su trayectoria académica, a manera de tres calas y un epílogo, también uno y diverso, desde estudiante de Secundaria en la ciudad de Gerona hasta su actividad docente desarrollada en el Instituto J. Balmes, iniciada el 2-V-1935 y concluida por excedencia en 1969.

CALA I: Girona (Monarquía de Alfonso XIII, Dictadura de Primo de Rivera)

> «Pero mi personalidad –la adolescencia– se desarrolló en Girona» (Díaz-Plaja, 1959: 19)

Merece la pena seguir, con sus propias palabras, la experiencia gerundense:

> Llegamos a la ciudad de la Piedra, en noche oscura, cuando yo tenía diez años. Llovía en la tiniebla, sobre las callejuelas estrechas, en un silencio gélido [...]. El día siguiente era sábado [...]. Yo he aprendido en Girona la más enérgica de las hablas de Catalunya, la de más enjundia y la de más jugo. [...] El niño que yo era se embobaba ante la triple delicia que la vista, el oído y el olfato alcanzaba corriendo por el mercado.
>
> Entre los diez y los diecisiete años vivimos en la ciudad de la Piedra [...]. Se me abren los ojos por encima de la ciudad vetusta. Cada mañana –¡qué frío hacía!– atravesaba el Pont de Pedra, camino del colegio, del instituto, hacia la acrópolis de Girona, tan noble desde las Ballesteries Velles hasta Sant Pere de Galligans.
>
> [...] Sí, yo estoy contento de haber vivido los años adolescentes en una ciudad estática y adormecida. Valoro, en esta ciudad, toda la historia parada, perpetuada, sabrosa viviente [...].
>
> Que frío hacía en la Biblioteca del Museo Arqueológico de Sant Pere de Galligans, en donde aquel viejo sacerdote carlista coleccionaba efemérides de la Ciudad y yo no sé muy bien qué buscaba en grandes libros de historia de los asedios. Profesaba entonces la cátedra de Historia del Instituto un maestro admirable que se llamaba Rafael Ballester

> Castell. Para mí fue un hombre deslumbrante. Tenía la clase a última hora de la mañana y llegaba con un punto de retraso, solemne y a la vez gentil. Venía de sus Europas y explicaba facecias y sucesos. Hacía presentes las cosas del pasado reviviéndolas ante nuestros ojos. Aquel aula del Instituto provincial se convertía, de repente, en una pantalla de linterna mágica gracias al verbo fulgurante y tranquilo a la vez del profesor. Que Dios le pague el ejemplo y el dulce veneno de la vocación desvelada.
>
> (Otro profesor –este era de la Normal–, quisiera recordar aún (y ninguno más, ¡Dios mío!). Era una especie de santo laico, naturalmente institucionalista. Gozoso de la libertad y de la adolescencia, pedagogo hasta el tuétano, enamorado de la Naturaleza, que se llamaba Cassià Costal). (Díaz Plaja, 1959: 22 y sgts.)

Y una de estas últimas palabras –institucionalista– me sirve para, abriendo espacio y tiempo, trasladarnos a la época en que Díaz-Plaja se vincula al Institut-Escola de la Generalitat de Catalunya en tiempos de la República, no sin decir antes, para cerrar su vinculación con Girona, que en una publicación de la ciudad, *El Heraldo de Gerona*, dio a conocer «Poema del amanecer» (Díaz Plaja: 1978, 66), su primer escrito cuando nada más tenía 15 años, firmado, sin embargo, con el seudónimo G. Díaz Zaid.

CALA II: Institut-Escola de la Generalitat (República)

Nuestro homenajeado fue profesor de l'Institut Escola que la República había creado a partir del ideario pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza y bajo la dirección del Dr. Josep Estalella. Lo leemos en un libro de S. Domènech (1998) en traducción mía al castellano: «Profesores complementarios de Letras: María Comas, Enric Bagué, Guillem Díaz i Plaja, Joaquima Comas» (1998: 179) «Se pudo recibir el aprendizaje de la lengua catalana y castellana y de las literaturas hispánicas y universal de excelentes profesores como Guillem Díaz i Plaja». (Domènech, 1998: 195).

Antes de continuar, sin embargo, puede resultar interesante recordar algunos de los principios ideológicos para poderlos comparar y confrontar a continuación con los del Institut-Escola. He aquí algunos de la ILE, extraídos de su *Programa* (1910):

Pretende despertar el interés de sus alumnos hacia una amplia cultura general; múltiplemente orientada; procurará que se asimilen aquel todo de conocimientos (*humanidades*) [...].

[...] Si le importa forjar el pensamiento como órgano de la investigación racional y de la ciencia, no le interesan menos la salud y la higiene, el decoro personal y el vigor físico, la corrección de hábitos y maneras; la amplitud, elevación y delicadeza, del sentir; la depuración de los gustos estéticos; la humana tolerancia, la ingenua alegría, el valor sereno, la conciencia del deber, la honrada lealtad [...].

Trabajo intelectual sobrio e intenso; juego corporal al aire libre, larga y frecuente intimidad con la naturaleza y con el arte [...] y vigilancia contra el sistema corrupto de exámenes, de emulación, de premios y castigos.

Aspira a que sus alumnos puedan servirse pronto y ampliamente de los libros como fuente capital de cultura; pero no emplea los llamados de «texto» ni las «lecciones de memoria», por creer que todo ello contribuye a petrificar el espíritu y a mecanizar el trabajo de clase donde la función del maestro ha de consistir en despertar y mantener vivo el interés del niño, excitando su pensamiento, sugiriendo cuestiones y nuevos puntos de vista, enseñando a razonar con rigor y a resumir con claridad y precisión los resultados.

Y algunos del Institut-Escola, traducidos al castellano:

[...] El primordial precepto de nuestra pedagogía se condensa en esta breve expresión: Vitalizar la clase. Estas tres palabras lo dicen todo ya que ellas nos señalan qué cosas hemos de rechazar –las momificadas, las maquilladas, las falsas– y cuáles hemos de conservar o introducir: las vivas, las palpitantes, las verdaderas. El problema vivo, la cuestión candente son los que llenan de vigor el estudio y de eficiencia el esfuerzo. Su propia vitalidad hace que no sea necesario introducir elementos externos (recompensas, puniciones o puro maquillaje).

[...] El Institut-Escola [...] procura que se asimile aquel conjunto de conocimientos que son el todo de una cultura inicial. Le importará ayudarle a pensar. Le importará sobremanera la salud y la higiene; el decoro personal [...]. La tolerancia y la lealtad; la quietud de espíritu y la alegría sana; el ideal del Institut-Escola no es saber, sino educar; no es informar sino formar. No es poner en el alumno un bagaje que lo convierta en un almacén, sino hacer de él un campo de cultivo que produzca propia cosecha. No colgar en él ideas sino favorecer que tenga ideas.

> [...]. El Institut-Escola seguirá la orientación dada desde Madrid [...]. Nada de exámenes, de premios y castigos, de emulaciones vanas y corruptoras, y vida en las aulas como en el hogar y confianza íntima entre profesores y alumnos [...]. Nada de libros de texto, ni de repeticiones de memoria [...]. (Domènech, 1998: 132-133; 137-138)

Sin duda se los apropió y los compartió con grandes, excelentes, magníficos profesores. Por citar solamente aquellos que fueron más tarde preclaros catedráticos de instituto: Maria Comas i Soler (Geografía e Historia); M. dels Àngels Ferrer Sensat (Ciencias Naturales); Emilia Fustagueras Juan (Ciencias Naturales); Antoni Pla Gibernau (Geografía e Historia); Eduard Valentí Fiol (Latín); A. Ferrer y E. Valentí, reencontrados, años más tarde, en el instituto Balmes. En aquella institución, tan paradigmática, hizo el rodaje académico nuestro protagonista de hoy y ponía en práctica, adelantándose a muchos de los principios pedagógicos actuales, como son los de la intertextualidad, interdisciplinariedad, transversalidad, globalidad de conocimientos Así, el profesor Díaz-Plaja lo ejemplifica en una propuesta curricular politemática e interdisciplinar, como sinónimos de las citadas líneas más arriba, y que se pueden leer en el libro ya citado de S. Domènech. (1998: 193):

> Por ejemplo, el paisaje. Ha sido ensayado un ciclo de clases sobre la interpretación del paisaje. El paisaje literario –la tierra alicantina vista por Gabriel Miró; la costa catalana vista por Joaquim Ruyra; la Castilla desnuda vista por Azorín; la Andalucía de Juan Ramón Jiménez; la Palestina descrita per Mosén Jacint Verdaguer–. Estos paisajes, leídos y comentados en la clase, han sido puestos en frente de paisajes musicales, recibidos en discos de gramola, paisajes en los que se mezclan elementos directos –canto de pájaros, ruido del viento– y elementos de interpretación descriptiva. Finalmente, estos dos paisajes se han comparado al paisaje pictórico que los alumnos han podido observar en el Museo de Bellas Artes.

CALA III: Instituto J. Balmes (República, Guerra Civil, dictadura franquista)

Perteneció al claustro de profesores como catedrático de Lengua y Literatura Españolas durante 34 años, periodo de tiempo amplio, largo, que coincide con el epígono de la República, la Guerra Civil y

la dictadura franquista y en tres espacios o sedes diferentes: el que hoy nos acoge, el de la calle Mallorca (ahora Delegación del Gobierno de España) y el actual edificio de la calle Pau Claris, inaugurado el 18-XI-1942. Su docencia en el Balmes probablemente daría para una tesis doctoral o, por lo menos, para un trabajo de final de Grado o de Máster. Me centraré en tres aspectos:

1. Guillem Díaz-Plaja propuso en 1942 la recuperación del nombre de J. Balmes para designar el centro público y oficial. Como pura especulación y mera hipótesis difícil de convertirse en tesis, tal vez el sabio profesor habría leído hacía poco tiempo *El Criterio* del ensayista vicense y quedó impresionado por las consideraciones de carácter pedagógico que se reflejan. No puedo dejar de reproducir algunas (Balmes, 1966: 174 y sgts.) en atención a que la mayoría de los asistentes han sido, son o serán enseñantes, educadores, profesores; en una palabra, docentes y discentes.

1. El arte de enseñar bien no se aprende tanto con reglas como con modelos.
2. ¡Cuánto y cuánto falta que observar en materia de educación e instrucción!
3. La enseñanza tiene dos objetivos:

   - Instruir a los alumnos en los elementos de la ciencia.
   - Desenvolver su talento para que al salir de la escuela puedan hacer los adelantos proporcionados a su capacidad.

4. La carrera de la enseñanza debiera ser una profesión en que se fijaran definitivamente los que la abrazasen. Desgraciadamente no sucede así, y una tarea de tanta gravedad y trascendencia se desempeña como a la aventura y solo mientras se espera otra colocación mejor. El origen del mal no está en los profesores, sino en las leyes, que no los protegen lo bastante y no cuidan de brindarles con el aliciente y estímulo que el hombre necesita en todo. Un solo profesor bueno es capaz, en algunos años, de producir beneficios inmensos a un país. Él trabaja en una modesta cátedra, sin más testigos que unos pocos jóvenes pero estos jóvenes se renuevan con frecuencia y a la vuelta de unos años ocupan los destinos más importantes de la sociedad.

Principios que conectarían –o, mejor dicho, serían un digno y premonitorio precedente– con los de la ILE y los del Institut-Escola, ya citados.

2. Su discurso de recepción pública en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, leído el 12-III-1961, titulado *Una Càtedra de Retòrica*. Se trata de un recorrido histórico por la persona al frente de la cátedra de Retórica, después ya de Lengua y Literatura Españolas, del primer instituto barcelonés. Arranca con dos nombres considerados como precedentes (M. Casamala y P. F. Monlau) porque el centro, como tal, no estaba creado. Sí, después ya destacan los nombres de este itinerario académico-docente que tiene los siguientes engarces: con indicación del lugar y año de nacimiento y muerte, si procede: Manuel Milà i Fontanals (Vilafranca del Penedès, 1818-Barcelona, 1884); Pau Piferrer i Fàbregas (Barcelona, 1818-1848); José Luis Pons i Gallarza (S. Andreu del Palomar, 1823-Sòller, 1894); Josep Coll i Vehí (El Far d'Empordà, 1823- Girona, 1876); Clemente Cortejón Lucas (Meco, 1842- Barcelona 1911); Francesc Xavier Garriga i Palau (Cadaqués, 1864-1941); Guillermo Díaz-Plaja Contestí (Manresa, 1909-Barcelona, 1984); Rosa Navarro Duran (Figueres, 1947) y Carles Bastons i Vivanco (Figueres, 1945), de los cuales, casualmente, la mayor parte procede del Empordà y/o tiene vínculos con las tierras gerundenses. En ese largo período de tiempo coincidió en el claustro de profesores con insignes colegas. Basta pensar en José Luis Asián Peña (Geografía e Historia), Miguel Azara Reverter (Francés), Caterina Bosch i Vidal (Ciencias Naturales), Francesc Canals Vidal (Filosofía), Joaquim Carreras Artau (Filosofía), M. dels Àngels Ferrer Sensat (Ciencias Naturales), Josep Gassiot Llorens (Física y Química), Santiago Olives Canals (Griego), Elvira Rocha Badal (Ciencias Naturales), Francisco Santos Coco (Latín), Eduard Valentí Fiol (Latín); Francesca Vendrell Gallostra (Lengua y Literatura Españolas); y la cantidad de ex alumnos que después han destacado en distintos campos de las relaciones humanas, como Salvador Claramunt (Historia, catedrático de la UB); Josep Danon (Medicina), Fabián Estapé (Economía: catedrático y rector de la UB), Carles Gasòliba (Política: eurodiputado), Enric Jardí (Derecho), los hermanos Joaquim e Isidre Molas (Filología y Derecho, respectivamente: catedráticos de la UAB), Albert Oliart (Política: ministro), Borja de Riquer (Historia: catedrático de la UAB), Josep M. Terricabras (Filosofia: catedrático y eurodiputado), Estanislau Tomàs (Ingeniería).

He aquí los comentarios de cuatro de ellos, cada uno expresando su opinión franca, sincera, todos ellos alumnos de Díaz-Plaja en el Balmes en diferentes momentos:

- E. Jardí (1924-1998). Abogado con una amplia producción ensayística:

  Otros catedráticos me parecieron menos distantes, como por ejemplo, el de Historia José Luis Asián Peña, que tenía un gracioso deje andaluz, o el de Gramática Española Guillem Díaz-Plaja, que interrumpió el curso para casarse e iniciar el viaje de novios –forzosamente corto–, detalle que para muchos de nosotros que ya empezábamos a tener algunos atisbos de lo que era la vida sexual contribuyó a dar un prestigio suplementario a su figura docente. Díaz-Plaja continuó impartiendo clases en el instituto y, con el paso del tiempo, nos hicimos amigos. Con frecuencia, le decía que sus lecciones de historia de la literatura habían sido muy provechosas para mí y para muchos compañeros de mi promoción y él me repetía: «Tú habías sido uno de mis nanus», me recordaba que un día me había expulsado del aula al descubrir que yo, situado en una de las últimas filas, chupaba confiadamente una de aquellas manzanas de caramelo rojo que se vendían en la puerta del instituto o que comprábamos en la calle a través de la reja del jardín. (Bastons *et al*., 1995:169)

- E. Tomàs i Morera (1924-2014), doctor ingeniero industrial, primer presidente de la Societat Catalana de Tecnologia:

  De Guillem Díaz- Plaja recuerdo su actitud seria y altiva y sus explicaciones altamente didácticas. (Bastons *et al*., 1995:176)

- J. Molas (1930-2015), catedrático de Literatura Catalana:

  Díaz-Plaja hablaba con el mismo énfasis de Cervantes y de García Lorca. Y, si en clase o fuera de clase, le preguntabas con ingenuidad por Maragall o por Riba, te contestaba sin hacer espavientos [...]. Díaz-Plaja hablaba como si tuviera la boca llena, con una voz baja y oscura y aprovechaba las clases para escribir versos. O por lo menos, esto sospechábamos. Repicaba la mesa con las puntas de los dedos como si golpeara un piano de cola. Y de repente quedaba inmóvil, con la mirada fija en el infinito (Bastons *et al*., 1995: 178-179).

- J. M. Terricabras (1946), eurodiputado y catedrático emérito de la Universidad de Gerona:

> Guillem Díaz-Plaja, profesor de Lengua y Literatura Españolas, nos explicó todo un año Menéndez Pelayo. Él sabía realmente muchas cosas, pero no recuerdo que el curso fuera muy interesante.
>
> Además, podía tener muy mal genio. Dos anécdotas: un día había un alboroto considerable en el aula, mientras esperábamos que el profesor llegara; él estaba por allí [...] Entró en la clase absolutamente rabioso, profiriendo unos gritos terribles y nos espetó: «¿De dónde han salido ustedes, de una pocilga, de la cárcel?». Recuerdo que me sentí bastante ofendido, pero más que la cárcel fue la pocilga lo que más me afectó. Desde entonces me ha resultado una palabra insultante. Otra anécdota: se había prohibido a los alumnos, también a los mayores, que fumaran en el interior del Centro. Ya se puede suponer que la norma se respetaba moderadamente. El profesor Canals, de Filosofía, había tenido que ausentarse durante quince días y nos había enviado un sustituto. Era un muchacho joven, de mediana estatura, me parece que con bigote. Estaba en el pasillo esperando para entrar en clase y acababa de fumar un cigarrillo. En el otro extremo del pasillo apareció Díaz-Plaja: lo vio y fue directamente hacia él. Yo, en la entrada de la clase, lo miraba y no supe cómo tenía que reaccionar cuando Díaz-Plaja llega a la altura del pobre sustituto y, con el brazo y la mano extendidos, clava una bofetada al cigarrillo, que se le cae de los labios, mientras le amenaza con no sé qué cosas. El asaltado se echó hacia atrás instintivamente y murmuró «Soy el profesor sustituto». Díaz-Plaja, confuso, se disculpó. No llegó a abrazarlo por si acaso... (Bastons *et al*., 1995: 206)

Epílogo: uno y diverso

Para ir acabando estas palabras de apertura, de toda la numerosa, y casi insuperable, nómina de otros aspectos que configuran la polifacética personalidad de Díaz-Plaja quisiera nada más subrayar cuatro, acaso no tan conocidos y que conviene potenciar y difundir.

El primero: su participación académica en los Cursos Internacionales de Cultura Románica de Puigcerdà, que organizaba y patrocinaba el ayuntamiento de la capital de la Cerdanya, bajo la dirección técnica y logística de los profesores Dr. Antoni Comas (UB) y Dr. Ignasi Bajona, catedrático del instituto Lluís de Peguera de Manresa. El dictó, por ejemplo, la lección inaugural, con el título:

«Introducción de la imprenta en España y la cultura renacentista», de la X edición, julio del 1974.

El segundo: él fue de los pioneros en reconocer la fuerza y empuje del modernismo catalán y de las vanguardias, como movimientos culturales con propio ADN. Para abreviar, lo sintetizo con una afirmación diazplajiana del año 1959, redactada en castellano como muestra de su bilingüismo y de su visión profética: «Es evidente que en Cataluña madruga un interés por el fenómeno finisecular cuya traducción estética entre nosotros constituye el modernismo» (Díaz-Plaja, 1966a: 348).

El tercero: su firme voluntad, él que tenía una amplia red de amistades en ambas lenguas y literaturas, de establecer puentes de diálogo, según acertada expresión de Salvador Espriu, entre los intelectuales castellanos y los catalanes a través de encuentros, contactos, charlas. En este sentido, él fue un muy buen ejemplo, ya que su inmensa y nunca suficientemente valorada producción literaria basculaba entre las dos vertientes culturales. Tan pronto estudiaba el *Auto de los Reyes Magos* (1959), Cervantes (1949), las leyendas cidianas, el mito de don Juan (1944), Federico García Lorca (1948 y 1954), Garcilaso (1937), Góngora, J. R. Jiménez (1936 y 1958), Gregorio Marañón, Unamuno, Valle-Inclán (*Las estéticas de Valle-Inclán*, de 1965), Villamediana (1945), como Ramon Llull (1960), Joan Maragall, E. d'Ors (*Ors i Catalunya*, 1955; *La defenestració de Xènius* de 1967); Mn. Cinto (*La geografia poètica de Verdaguer*, 1945); de la misma manera aplicado a movimientos como el Novecentismo español (*Estructura y sentido del Novecentismo español*, 1975); y el vanguardismo catalán (*L'avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica*, 1932); o también figuras de otros ámbitos de las dos culturas hermanas –las más ricas del estado español–, tratadas por igual: así, por un lado, dirigió la mirada hacia S. Ignacio de Loyola (1956) y a Goya (1928) y, por el otro, a Enric Prat de la Riba y a Francesc Cambó. Esto me permite situarlo en la trayectoria de insignes intelectuales bilingües, de los que tenemos una numerosa muestra desde J. Balmes hasta Pere Gimferrer o Carme Riera, pasando por Víctor Balaguer, Miquel Batllori, Joan Maragall, E. d'Ors, Josep Ferrater Mora, J. Vicens Vives, o catedráticos de esta *Alma Mater* como Martí de Riquer o Antonio Vilanova, por citar también dos Maestros, con mayúscula, que a mí me marcaron mucho.

Y para completar su hoja de servicios, ya bastante completa, más datos: director de la *Historia general de las literaturas hispánicas*, en seis volúmenes, muy útil en los años sesenta cuando prácticamente el

único estudio serio, global y riguroso eran la *Historia de la Literatura* de Juan Hurtado y Ángel González Palencia, (1921) y la *Historia de la Literatura* de Á. Valbuena Prat (1937), en paralelo a otra posterior, de 1963, la de J. García López, hoy afortunadamente muy superadas por muchas otras que ahora no vienen al caso;[8] autor de libros de texto, conocidos y usados por miles de estudiantes de secundaria; miembro de la Real Academia Española de la Lengua, en donde ingresó en el año 1967, como sucesor de Azorín (discurso de ingreso: *La dimensión culturalista en la poesía castellana del siglo XX*); miembro de la Real Academia de Buenas Letras, en donde entró el año 1961 con un discurso ya citado; director del Instituto del Teatro (1939-1970); director de la Real Escuela de Arte Dramático de Madrid (1952), del Instituto Nacional del Libro Español (INLE) (1966); presidente de la Asociación Española de Críticos Literarios (1973); colaborador asiduo de *La Vanguardia*; conferenciante en muchos foros internacionales; viajero intercontinental, siempre entusiasta y deseoso de conocer costumbres y personas; doctor *honoris causa* de prestigiosas universidades; poseedor de un fondo epistolar considerable, etc.

El cuarto: hombre-frontera es también entre dos épocas, perfil que se recoge en uno de los libros más recientes que hablan de él. Así, la profesora A. Estivill (2016: 119), de la Facultad de Biblioteconomía, escribe: «Durante la Guerra civil, permanece leal al Gobierno de la República, pero, acabado el conflicto, se acomoda a la nueva situación y tiene cargos y distinciones importantes».

A modo de conclusión

Para concluir, si al principio eran palabras de apertura ahora, como ya he apuntado *supra*, ha habido una mutación y el título se ha girado: se ha convertido en apertura de palabras. Por una parte, se abren paso nuevas palabras de destacados ponentes y por la otra, también muy importante, se abre camino un mensaje, el testimonio que sintetizo con una frase, un lema del propio Díaz-Plaja que mucho me ha complacido. Es aquel de la última pregunta del cuestionario Proust: ¿Su lema? Respuesta categórica, lacónica del Dr. Díaz-Plaja: «Servir. Acercar lo mejor a los más» (Díaz-Plaja, 1966b: 186).

8. Manuales universitarios de J. L. Alborg; F. Rico (coord.); A. del Río. Los de las editoriales Castalia (*Historia social de la literatura española*) en 3 vols. y Ariel en 6 vols., etc.

Esto es la mágica confluencia de apertura de palabra y palabras de apertura. La reflexión diazplajiana lo sintetiza todo. ¿Por ventura la docencia (una de sus patrias), aquí *strictu sensu*, no es servir *per se* y acercar el tesoro literario (la otra patria), lingüístico, filológico (el mundo de la palabra) a los más, no solamente adolescentes, jóvenes, estudiantes, universitarios, siempre muy abiertos y receptivos, sino también al público en general? Una apertura al mundo desde la palabra, desde el *verbum* empleado, no solamente por docentes sino obviamente también por los creadores literarios (poetas, novelistas, ensayistas, periodistas, conferenciantes, oradores, dramaturgos), como él. Guillem Díaz-Plaja, humanista vocacional, desde una apertura sin límites, expandió la palabra desde el periodismo, desde la cátedra, desde foros eruditos, desde sillones académicos, desde tribunas intelectuales y doctas, desde atriles, desde manuales escolares, prestando un gran servicio a la enseñanza, a la cultura, al país, por doquier. Nada más. Concluyo ya, con una de las palabras más bonitas de todos los diccionarios: GRACIAS en mayúscula, en triple subrayado y en voz muy alta, profesor Díaz-Plaja, en nombre propio y en el del instituto Jaume Balmes, que vos bautizasteis, por vuestro magisterio; GRACIAS por ser un notable referente en la Enseñanza Secundaria (antes Media) y en el cuerpo de catedráticos; GRACIAS por vuestro legado académico, bibliográfico, pero, sobre todo, y lo enfatizo aún más, GRACIAS por vuestra herencia EN y DE valores humanos, humanistas, humanísticos y humanizadores, siempre desde la humanización (Zardoya, 1961:94), aquella capacidad unamuniana, como proyección vital, firme y poderosa, de humanizarlo todo como una especie, *mutatis mutandis*, de rey Midas que humaniza, o si se prefiere, literaturiza, difunde, expande, irradia todo aquello que se le aproxima o él aprehende, todo de mucho más quilates que el oro.

Y también gracias a todos vosotros.

Barcelona-S. Feliu de Pallerols (Girona), 28 de julio 2017,
centenario exacto del nacimiento de Gloria Fuertes

Bibliografía

Amat, J. (2002). «Guillem Díaz-Plaja, home frontissa. Dues cartes inèdites del seu fons epistolar». *Revista de Catalunya*, 178 (noviembre): 45-52.

— (2009). «El caso Díaz-Plaja». *La Vanguardia* (20 de mayo). *Culturas*: 12.

Balmes, J. (1966). *El Criterio*. Barcelona: Editorial Balmes, 11.ª ed.
Bastons, C.; Bisbe, Q.; Font, A.; Grau, À.; Huix, A.; Segalà, N. (coords.) (1995). *Institut Jaume Balmes (Cent-cinquanta anys d'història (1845-1995)*. Barcelona: Altafulla.
Domènech, S. (1998). *L'Institut Escola de la Generalitat i el doctor Estalella*. Barcelona: Publicacions Abadia Montserrat.
Díaz-Plaja, G. (1959). *Papers d'identitat*. Barcelona: Edicions de l'Espiga.
— (1961). *Una Càtedra de Retòrica.(1822-1935)*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres.
— (1966a). *Modernismo frente a 98*. Madrid: Espasa Calpe, 2.ª ed.
— (1966b). *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*. Barcelona: Aymà.
— (1978). *Retrato de un escritor*. Barcelona: Pomaire.
Estivill, A. (2016). *Qui era qui a l'Escola de bibliotecàries. Notícia biogràfica del professorat (1915-1972)*. Barcelona: Publicacions UB.
Institución Libre de Enseñanza (1910). *Programa*. Madrid.
Zardoya, C. (1961). *Poesía española contemporánea,* Madrid: Gredos.

Díaz-Plaja y Blecua

➤ *Alberto Blecua*
Universidad Autónoma de Barcelona

➤ *José Manuel Blecua*
Real Academia Española de la Lengua,
Universidad Autónoma de Barcelona

Sentimos en estos momentos una honda emoción a la hora de hablar en este salón de la Real Academia de Buenas Letras, sentimos el peso de la responsabilidad por el honor de poder evocar la figura de don Guillermo en relación con nuestro padre. Nuestro padre siempre nos hablaba con profundo cariño y con enorme respeto de Díaz-Plaja. Solía decir: «Yo hice oposiciones de Instituto en la República; saqué el último número, pero hay que decir que el número uno fue Díaz-Plaja y entre los opositores estaban Filgueira Valverde, Rodríguez-Moñino y Carmen Castro». En esas oposiciones nació la amistad, amistad que, junto con el sentido de la lealtad, fueron cualidades a las que ambos rindieron culto durante toda su vida. Nos ha quedado una prueba, tal vez la primera en el tiempo, en la dedicatoria de una antología: «Al Blecua entrañable de las oposiciones, con un fuerte abrazo de G. Díaz Plaja». Todavía firmaba nuestro autor sin guion entre los apellidos. El profesor Díaz-Plaja, así figuraba el título «Prof.» en la portada del libro encuadernado en una bonita tela clara. Díaz-Plaja era un poco mayor que Blecua, esa diferencia se notaba mucho más en aquellos primeros años. Don Guillermo había nacido en 1909, nuestro padre en el 1913. A ambos el «Diluvio» de la guerra se cruzó en sus vidas cuando ya habían obtenido sus cátedras de Enseñanza Media y tenían encauzadas sus vidas profesionales; en sus inicios, Blecua, y D. Guillermo, estaban en el buen camino de su prestigio intelectual. Don Guillermo fue siempre un océano de trabajos, de intereses, de capacidad para sentirse atraído por todo lo valioso que aparecía ante sus ojos. Creemos que la característica fundamental de don Guillermo fue siempre su extraordinaria curiosidad. Con

humildad le hablaba a Dámaso Santos de «mi humilde...biografía» (Santos, 1972).

Ambos autores tienen el mérito del extraordinario trabajo que realizaron desde su juventud. Se trata de vidas paralelas, solo en parte, y de existencias que caminaron muchas veces por senderos que se bifurcan.

La obra de Guillermo Díaz-Plaja cuenta en la actualidad con fuentes electrónicas de importancia para su consulta en la página de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona; el *Epistolario* se encuentra depositado en la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona, al cuidado de la profesora Anna Caballé. Los datos de José Manuel Blecua Teijeiro se encuentran en la bibliografía redactada por Rosa Navarro (1983) y en la Biblioteca Virtual Cervantes, en una página realizada y dirigida cuidadosamente por el profesor Rafael Ramos Nogales. Los autores de este trabajo agradecen toda la ayuda recibida por parte de la profesora Ana Díaz-Plaja Taboada y de sus hermanas, con la dedicación del profesor Marcelino Jiménez, de la Universidad de Barcelona. Queremos hacer público también nuestro agradecimiento al profesor Rafael Ramos Nogales por todos los desvelos y las horas dedicados a la página de José Manuel Blecua Teijeiro.

D. Guillermo fue hombre de personalidad arrolladora, muy simpático, gran conversador, había sido hombre de tertulia, recuérdese la tertulia de la Sala Cervantes: Xavier de Salas, Carlos Clavería, Pedro Grasses, Juan Ramón Masoliver, Miquel Batllori, entre otros. Cristina Gatell y Glòria Soler (2008) han recordado la presencia de don Guillermo Díaz-Plaja en la *tertulia de los sabios* en casa de la familia Riquer.

Blecua, a pesar de su sordera, también fue hombre de tertulia; en Zaragoza, en el Casino zaragozano por las tardes en los años posteriores a la guerra; en Jaca, en el café Somport, y por la noche, en la Residencia de la Universidad alrededor de la baraja con amigos entrañables. En Barcelona acudía de vez en cuando a la cafetería Oxford, a la tertulia de Alberto Blecua.

Don Guillermo fue hombre precoz. Como explicaba con donaire la edición del Diccionario académico del año 2001 en la voz correspondiente: «Dicho de una persona: Que en corta edad muestra cualidades morales o físicas que de ordinario son más tardías, y por antonomasia, en lo referente al talento, agudeza, valor de ánimo u otra prenda estimable.»

Siendo estudiante de bachillerato publicó en el *Heraldo de Gerona* un artículo con la firma Díaz Zaid en el que se asombraba de que en

los planes de estudio «No se estudia a Rubén Darío», artículo que fue el inicio de sus intereses sobre Rubén y sobre el Modernismo.

Díaz-Plaja se movió siempre con extraordinaria seguridad en el catalán y en el *castellano*, forma lingüística que le gustaba decir y escribir. En el año 1933 publicó «Una polémica sobre el català a las darreries del segle XVIII», en *Estudis Universitaris Catalans*, referente a un problema del *Brusi* del año 1796. Aparecieron en catalán los textos vanguardistas del manifiesto *Mots d'agressió* (Molas, 1983, 443-445) y también el erudito discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras titulado «Una Càtedra de Retòrica (1822-1935)». Siempre está presente en la obra de Díaz-Plaja su deseo constante de «tender puentes» entre ambas culturas y que claramente se manifiesta en *Memoria de una generación destruida* (según recuerda Díaz-Plaja Taboada, 2003).

Ambos autores tuvieron siempre a gala pertenecer al reducido círculo de los profesores de Segunda Enseñanza. Díaz-Plaja presumía, con razón, de «haber sido cursillista», había obtenido el número uno de su promoción, junto con profesores del prestigio de J. Vicens Vives, D. Casanova y E. Valentí, en Historia, Filosofía y Latín respectivamente. Ya antes había pertenecido al claustro del Institut Escola y también al de la Universidad Autónoma de Barcelona, junto a don Ángel Valbuena Prat (González Ramírez, 2007).

Díaz-Plaja y Blecua tuvieron una auténtica vocación por la enseñanza en todos los niveles y por la creación de materiales, manuales, antologías, colecciones de textos, que fueran capaces de innovar en el terreno pedagógico. Díaz-Plaja creó colecciones en la Librería Bosch y, posteriormente, en su propia editorial, La Espiga (Valls, 1983). Blecua trabajó con la Librería General de Zaragoza durante muchos años y, simultáneamente, con la Editorial Ebro para la colección de clásicos, iniciada en la época de la guerra.

Existe una extensa carta de Blecua a Díaz-Plaja del 29 de marzo de 1939 dándole cuenta del nuevo plan de estudios. Es indudable que se trata del plan de 1938 para que don Guillermo pueda ir preparando los textos. Es una carta extraordinariamente interesante por su minuciosidad. En ella se puede leer: «Querido Plaja: Voy a intentar explicarte todos los puntos que te interesan. Como también se me ocurren muchas cosas lo haré un poco normativamente». Blecua después divide la primera parte del texto en diez apartados. «Según todos los datos van a coexistir los planes del 34 y los nuevos, habrá siete cursos de Lengua y de Literatura, aunque todavía no han aparecido los cuestionarios detallados». Fue esta una gran batalla a

la hora de trabajar en los libros de texto, modificarlos a última hora. Se establece la necesidad de enviar los originales a la Comisión de Aprobación, denominada Comisión Dictaminadora de los textos para la Segunda Enseñanza, que los aprobará o no y fijará los precios de acuerdo con el papel, la impresión, etc. En esta misma carta se dan todos los detalles del nacimiento de la colección de clásicos Ebro, de los emolumentos para el autor (parece que no había manera de subir de 250 pesetas por edición).

Díaz-Plaja preparó abundantes antologías: además de las ya citadas de Bosch, en Alianza Editorial y, también, en Labor publicó su excelente *Antología mayor de la literatura española*, en cuatro volúmenes, obra completísima en todos los aspectos. Blecua manifestó muchas veces su deseo de escribir una historia de las antologías poéticas en la Literatura española. Muy joven, preparó tres antologías por encargo de Juan Guerrero Ruiz, sobre el mar, las flores y los pájaros, con bellos dibujos de Eduardo Vicente. Publicó, con prólogo de Dámaso Alonso, su *Antología de la poesía tradicional*, en Gredos y, también en la misma editorial su *Floresta*... que tuvo una excelente acogida, lo mismo que sus antologías de los siglos XVI y XVII que llevan interesantes estudios preliminares, donde se recogen sus ideas fundamentales de las investigaciones sobre estos períodos de la lírica.

Don Guillermo realizó su tesis doctoral en Madrid sobre la lengua literaria del siglo XVI: *Las teorías sobre la creación del lenguaje en el siglo XVI,* obra en la que es posible que convivan pacíficamente una cita de Joyce con textos teóricos del Pinciano.

Ambos ingresaron en la Real Academia de Buenas Letras con dos discursos eruditos y referidos a una parte de su investigación cotidiana. Como ya hemos citado, don Guillermo presentó una erudita investigación sobre la historia de su propia cátedra, mientras que Blecua presentaba algunos problemas que siempre le habían interesado de la transmisión textual, que darían título a un volumen antológico: *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos*.

Desde muy joven Díaz-Plaja practicó el periodismo con continuidad y vocación; tarea a la que supo unir la descripción de viajes, a los que siempre fue muy aficionado: desde los primeros cruceros hasta el viaje a China supo disfrutar y supo transmitir esos sentimientos a los lectores. La generación de Díaz-Plaja vivió la experiencia del crucero organizado por la Universidad de Madrid, fruto del cual fue la obra *Juventud en el mundo antiguo*. Este viaje quedó para siempre en la memoria de los expedicionarios (Maluquer, 2017). Díaz-Plaja y

Vicens Vives organizarían al año siguiente el viaje a América en un crucero memorable (auspiciado por la Universidad de Barcelona) que les permitió conocer el continente americano. Ya para siempre el espíritu viajero animó a Díaz-Plaja y le permitió combinar docencia y viajes durante toda su vida. Blecua viajó muy poco y sí escribió crónicas de algunos viajes (USA, Escocia) que ponían de relieve las diferencias de vida y de perspectivas con el mundo gris de la Zaragoza de después de la guerra.

Coincidieron ambos en publicar trabajos sobre Ramón de Basterra. Blecua publicó una antología nada menos que en la colección de la revista *Jerarquía* y don Guillermo un libro que le ocasionó algún disgusto (J. Amat, 2004, lo ha narrado con materiales inéditos), mientras que los hermanos Blecua nunca le han podido echar el ojo a la antología paterna y seguimos creyendo a José-Carlos Mainer (Mainer, 2003).

Se conservan 1.881 cartas de Díaz-Plaja depositadas en la Universidad de Barcelona; de ellas ya se han publicado 127. A través de las cartas el lector puede adentrarse hasta extremos increíbles en la vida intelectual del siglo xx. Desde las confesiones de Ruyra sobre el bilingüismo hasta comprobar las fórmulas del estilo epistolar que se llevaban en determinadas épocas de nuestra historia reciente: ¡Saludo a Franco! ¡Tu viejo camarada! Despedidas como *Brazo en alto*, pasando por la emocionada carta de Esclasans desde la cárcel. Vemos nacer a la revista *Escorial*, pero también morir a *Garcilaso* y dar sus primeros pasos a *Espadaña*; también el nacimiento de la colección de clásicos *Ebro* o los primeros poemas de Blas de Otero en su soneto a Guillermo Díaz-Plaja, y también las últimas obras de Gabriel Celaya. Filgueira Valverde nos habla de su tesis sobre la *Cantiga CIII*, que es la famosísima del pajarito cantando, a la vez que nos da cuenta de que ha nacido su hija Araceli. En la carta 52 se nos comunica el brillante éxito de *Hijos de la ira*. El doctor Jordi Rubió nos recuerda la *Historia general de las literaturas hispánicas* (carta 54) en la que tuvo una notabilísima colaboración. Carlos Clavería, siempre Clavería, nos recuerda en la carta 63 el castigo que pueden tener los que se apartan del *Hurtado*, mientras escribía sobre Guevara. Descubrimos a Antonio Vilanova, desde el campamento militar, escribiendo una carta desolada y, a la vez, apasionante (71). El curioso lector ve nacer y publicar la obra de Marías, *Consideración de Cataluña*, que en aquellos momentos fue un intento de explicación que vivimos con auténtica pasión gracias al afecto y a la confianza de su autor. En 1966 Díaz-Plaja comienza su colaboración en la crítica del periódico *Abc*

para sustituir a Melchor Fernández Almagro. Podemos seguir estas labores en la carta de Miguel Delibes (100), que ha leído la crítica de don Guillermo a su obra *Cinco horas con Mario*. La carta del poeta Juan Ramón Jiménez (79) merece un trabajo independiente y vale como una historia breve de la vida contemporánea literaria. Es un documento de valor histórico fundamental. No podemos acabar el apartado del *Epistolario* sin dedicar unas líneas al tardío encuentro con Américo Castro; don Américo en aquella época era muy afectuoso, pero no había perdido nada su firmeza de pensamiento ni de sus ideas. Sus dos cartas (111 y 112) del año 1968 revelan un don Américo casi juvenil. Casi un siglo de vida española (1929-1984), vivida por don Guillermo y por sus corresponsales con auténtica pasión y que hoy queda como un magnífico testimonio de la vida intelectual del siglo xx.

Los autores de este trabajo que de este caso escriben, para tomar prestada la cita cervantina, quieren manifestar públicamente en este lugar de su texto que se muestran divididos en sus preferencias sentimentales por las obras de Díaz-Plaja. Alberto explicó en el salón de la Real Academia de Buenas Letras que el *Epistolario* tenía que ser considerado de obligada lectura para los profesores jóvenes de Literatura, porque era un reflejo fiel de toda una vida intelectual. José Manuel, que ya tuvo el honor de participar en la presentación del *Epistolario* en Madrid, considera por múltiples motivos que esa lectura obligatoria habría que situarla en las *Memorias de una generación destruida (1930-1936)*, junto con el interesante prólogo de J. Marías, lectura que habría que ampliar con la respuesta que don Martín de Riquer dio al discurso de ingreso en la Real Academia Española de Díaz-Plaja en noviembre del año 1967.

La gran pasión de ambos investigadores fue la historia literaria en sus múltiples aspectos. En el caso de Díaz-Plaja esta preocupación se manifestó claramente desde su juventud en el gran proyecto de la *Historia general de las literaturas hispánicas* (en adelante: *HGLH*), obra grandiosa, más de cinco mil páginas, que supo llevar a cabo con gran éxito en dos ediciones sucesivas. Tenía, en primer lugar, las dificultades de coordinar los capítulos ambiciosos que se agrupaban en gruesos volúmenes con lenguas y literaturas que nunca habían aparecido unidas.

La obra tenía una profunda novedad de concepción, como se ha señalado ya, y sobre todo presentaba un aspecto muy nuevo, innovador por completo, y don Guillermo era consciente de esta nueva posición teórica. Se trataba de la presentación de una estructura

básica, «Esquema historiográfico de la Literatura Española», al que acompañaba un artículo introductorio de Menéndez Pidal, artículo que se ha convertido en un clásico: *Caracteres primordiales de la Literatura Española con referencias a las otras literaturas hispánicas, latina, portuguesa y catalana*. Planteaba Díaz-Plaja una aproximación muy compleja hacia la historiografía literaria española todavía no nacida. Era un problema que le preocuparía toda la vida, puesto que en su libro *El estudio de la Literatura: los métodos históricos* volvería a publicar con variantes estas páginas de su *Esquema*. Dividía don Guillermo la estructura del *Esquema* en tres bloques: un primer bloque de fuentes totalmente heterogéneo, *Hasta el siglo XVIII*; el núcleo inicial, *El siglo XVIII*, y el desarrollo final: *El siglo XIX*.

Este primer bloque que se iniciaba en la *Carta Proemio* de Santillana y materiales de esta naturaleza, que presagiaban la obra de Tomás Antonio Sánchez, servían de pórtico a crónicas particulares, libros de viajes, sermones (Herrero, 1996; Herrero y Núñez, 2014). Continuaban las obras de preceptiva, a las que A. Vilanova situaría para siempre en la *HGLH*; añadamos, además, ficciones antológicas, anotaciones de los humanistas (Herrera, el Brocense), censuras y prólogos, sin olvidar los catálogos bibliográficos. Toda una enumeración de fuentes imprescindibles para el conocimiento de lo que ha sido la evolución de la historia literaria hasta el siglo XVIII.

El núcleo central dedicado al siglo XVIII se iniciaba con una obra que después de la cita de don Guillermo Díaz-Plaja tendría una importancia decisiva en nuestros estudios: «Estudiemos como primera obra de perfil exento los *Orígenes de la poesía castellana*, que imprimió en 1754 Luis Josef Velázquez». Se refería nuestro autor a un intelectual importante de nuestro siglo XVIII: Luis J. Velázquez de Velasco, Marqués de Valdeflores (un excelente resumen del perfil de este historiador se encuentra en el artículo de A. Canto en el *Diccionario Biográfico Español*). Velázquez de Velasco, (1722-1772) malagueño, formado por los jesuitas, fue doctor en Teología en Roma (1745). Formó parte de la conservadora Academia del Trípode de Granada, bajo la presidencia de Alonso Verdugo Castillo, Conde de Torrepalma. Ya en Madrid, se incorporó, con los granadinos Torrepalma y Porcel, a la innovadora Academia del Buen Gusto, bajo la presidencia de la Marquesa de Sarria, y teniendo como compañeros a figuras intelectuales tan importantes como Luzán, Montiano y Luyando o Nasarre. En 1751 es nombrado académico supernumerario de la Real Academia de la Historia presidida por Montiano y se incorpora a las tareas de la Comisión de Archivos, creada por Fernando VI y

presidida por Andrés Burriel. En esta Comisión realiza un viaje por España para recoger materiales y documentación para un inventario destinado a redactar una nueva Historia de España. Como consecuencia de estas labores, redacta su obra *Orígenes de la poesía castellana*, publicada en Málaga en el año 1754 (Rodríguez Ayllón, 2010, 2013).

Fue Velázquez de Velasco una figura decisiva en el nacimiento de nuestra historiografía literaria como muy bien había descrito don Guillermo al inicio de su capítulo en el *Esquema*. Recuerda Díaz-Plaja el primer ensayo de periodización en la historiografía: las cuatro edades establecidas en los *Orígenes* serán un modelo en los manuales posteriores: 1.ª edad hasta el reinado de Juan II (*niñez*); la 2.ª edad (*juventud*) hasta el Emperador Carlos V; 3.ª (*virilidad*) de Carlos V a Felipe IV, en esta tercera edad aparece por primera vez el término *Siglo de Oro* (Álvarez de Miranda, 1992, 671; A. Blecua, 2004 y Rodríguez Ayllón, 2010); en la 4ª (*vejez*) desde Felipe IV a la época de Velázquez. En la obra de Valdeflores aparecen auténticos descubrimientos, se describe por primera vez un manuscrito de *El libro de Buen Amor* y se copian fragmentos del texto del Arcipreste de Hita. En los *Orígenes* se establece la división entre conceptistas y culteranos que quedará para siempre en los textos históricos (Collard, 1967). El desarrollo del hispanismo incipiente proporcionó una vida importantísima a la obra de Velázquez de Velasco, que se convirtió en el modelo de estructura y de canon para describir la Historia de la Literatura Española a partir de la traducción ampliada con adiciones que el profesor de Gotinga Johann Andreas Dieze publicó en 1769 (Álvarez Barrientos, 2010; Briesemeister, 1984; García de la Concha, 1995 (coord. G. Carnero); Lara Garrido y Molina Huete, 2013; Romero Tobar, 2004, 2006, 2008; Urzainqui, 2004). La obra de Dieze extendió rápidamente la estructura y el modelo de canon de Velázquez de Velasco; por otra parte, Dieze, discípulo de Lessing, se encargó de la formación de la parte de la Literatura Española de la Biblioteca de la Universidad de Gotinga. Bouterwek, que en 1804 publicó una historia de la Literatura Española, había sido discípulo de Dieze y había podido utilizar los fondos españoles ampliados de la Biblioteca de la Universidad. La obra de Bouterwek fue traducida al español y adicionada por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde Mollinedo y publicada en Madrid (Bouterwek, 2002). Georges Ticknor, en sus tiempos de su juventud, manejó los fondos hispánicos de la Biblioteca de la Universidad de Gotinga, incluso poseía dos ejemplares de la traducción de Dieze. Todos estos datos

son extraordinariamente reveladores de la llegada de los *Orígenes* al hispanismo alemán y de la importancia de la obra de Velázquez de Velasco a la hora de establecer modelos muy importantes para la historiografía literaria en múltiples aspectos. Estoy absolutamente convencido de que estas investigaciones sobre la fortuna posterior de su obra hubieran maravillado a don Guillermo Díaz-Plaja y le habrían terminado de convencer de la importancia de la redacción de su *Esquema*, importancia que en los últimos años han reconocido todos los investigadores. Como ejemplo basta citar que en el año 2010 Fermín de los Reyes comenzaba su repertorio bibliográfico sobre las historias de la literatura con la obra del Marqués de Valdeflores (Fermín de los Reyes, 2010).

A la hora de cerrar estas líneas de recuerdo, queremos recordar que en la obra de Díaz-Plaja siempre está presente su deseo constante de tender puentes entre la cultura catalana y la castellana, y que claramente se manifiesta en *Memoria de una generación destruida*. Obra poliédrica que cubre intereses muy diversos en su variedad: el ensayo, el periodismo, la lengua literaria, la didáctica, América, la historia, el teatro, la creación o los textos literarios, sin olvidar el cine. No hemos tratado de sus grandes obras, ni tampoco de sus cargos y trabajos generosamente desempeñados. Sí que queremos recordar con todo cariño la cordial acogida que tuvimos los miembros de la familia Blecua en la casa de don Guillermo al llegar a Barcelona.

Bibliografía

Alonso, D. (1983). «José Manuel Blecua y la Literatura». *Homenaje a José Manuel Blecua*. (págs. 19-41). Madrid: Gredos.

Álvarez Barrientos, J. (2010). «Martín Sarmiento (1695-1772) y Luis José Velázquez (1722-1772) en los orígenes de la historia literaria española». En V. Gaviño Rodríguez y F. Durán López (eds.). *Gramática, canon e historia literaria. Estudios de Filología española entre 1750 y 1850* (págs. 11-48). Madrid: Visor Libros.

Álvarez de Miranda, P. (1992). *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid: RAE.

Amat Fusté J. (2004). «Guillermo Díaz-Plaja lee a Ramón de Basterra (1941): un episodio de la cultura fascista española». Ínsula, 696 (diciembre): 11-17.

Amat Fusté, J.; Bravo Cela, B.; Díaz-Plaja Taboada, A. (2009). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)* (prólogo de Anna

Caballé y epílogo de Luisa Cottoner Cerdó). Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres-Universidad de Barcelona. Colección Vidas escritas, II.
Blecua Perdices, A. (2004). «El concepto de Siglo de Oro». En Romero Tobar L. (ed.) *Historia literaria / Historia de la literatura* (págs. 115-160). Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza.
Blecua Teijeiro, J. M. (1977). *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos*, Barcelona: Ariel.
— (1981). *La vida como discurso (temas aragoneses y otros estudios)*. Introducción y selección de Juan Domínguez Lasierra. Zaragoza: Ediciones de Heraldo de Aragón.
— (1984). *Poesía de la Edad de Oro. I. Renacimiento*. Madrid: Castalia.
Bouterwek, F. (2002). *Historia de la Literatura Española. Desde el siglo XIII hasta el siglo XVI* (edición de Carmen Valcárcel Rivera y Santiago Navarro Pastor [traducida y adicionada por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde Mollinedo]). Madrid: Verbum.
Briesemeister, D. (1984). «La recepción de la literatura española en Alemania». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIII, I: 285-310.
Canto y de Gregorio, A. (2013). «Velázquez de Velasco, Luis Joseph». *Diccionario Biográfico Español*, XLIX: 610-618.
Collard, A. (1967). *Nueva poesía. Conceptismo, culteranismo en la crítica española*. Madrid: Castalia.
Cruset, J. (1970). *Guillermo Díaz-Plaja*. Madrid: EPESA.
Díaz-Plaja, G. (1935). *Visiones contemporáneas de España*. Colección de Textos Literarios para la Segunda Enseñanza. Serie A. Vol. II. Barcelona: Librería Bosch.
— (1936). *El arte de quedarse solo y otros ensayos*. Barcelona: Juventud.
— (1939). *Las teorías sobre la creación del lenguaje en el siglo XVI*. Zaragoza: Tip. La Académica.
— (1941). *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*. Barcelona: Editorial Juventud.
— (1942). *Hacia un concepto de la literatura española (Ensayos elegidos: 1931-1941)*. Madrid: Espasa-Calpe (citamos por la 6.ª ed. de 1986).
— (1949a). *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Editorial Barna.
— (1949b). «Esquema historiográfico de la Literatura Española». En *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Editorial Barna. I: LXIII-LXXV.
— (1953). «La poesía clasicista del siglo XVII». En *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Editorial Barna. III: XXX-XLI.
— (1958-1961). *Antología mayor de la literatura española* (dirección y notas). Barcelona: Labor, 4 vols.

— (1961). *Una Càtedra de Retòrica (1822-1935)*. Discurso leído el día 16 de marzo de 1961 [...] en la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona y contestación por el académico numerario D. Jorge Rubió Balaguer. Barcelona.
— (1963). *El estudio de la Literatura: los métodos históricos*. Barcelona: Sayma.
— (1966). *Memoria de una generación destruida (1930-1936)* (prólogo de Julián Marías). Barcelona: Aymá.
— (1967). *La dimensión culturalista en la poesía castellana del siglo XX*. Discurso de recepción [...] y contestación del Excmo. Sr. D. Martín de Riquer, conde de Casa-Dávalos. Sesión del 5 de noviembre de 1967. Madrid.
— (1978). *Retrato de un escritor: Guillermo Díaz-Plaja*. Barcelona: Pomaire.
— (1975). *Vanguardismo y protesta en la España de hace medio siglo* (prólogo de José-Carlos Mainer). Barcelona: Libros de la Frontera.
Díaz-Plaja Taboada, A. (2003), «Guillermo Díaz-Plaja: Teoría y práctica del diálogo». Ínsula, 684 (diciembre) 21-23.
Díaz-Plaja Taboada, A.; Roca-Sastre, E.; Vela, L. (2007). *Bibliografia del Dr. Guillem Díaz-Plaja*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres, Series Minor (12).
García de la Concha, V. (dir.). (1995). *Historia de la Literatura Española. Siglo XVIII*. Vols. I y II coordinados por Guillermo Carnero. Madrid: Espasa-Calpe.
Gatell, C.; Soler, G. (2008). *Martín de Riquer: vivir la literatura* (Trad. de Ana Cadarso). Barcelona: RBA.
Gil, I. M. (1983). «Un encuentro fallido, una canción de cuna y soneto (Memorias de una amistad». En *Homenaje a José Manuel Blecua* (págs. 237-245). Madrid: Gredos.
González Ramírez, D. (2007). *La historiografía literaria española y la represión franquista. Ángel Valbuena Prat en la encrucijada*. Málaga. Universidad de Málaga.
Herrero Salgado, F. (1996). *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*. Madrid: FUE.
Herrero Salgado, F.; Núñez Beltrán, M. A. (2014). *Predicadores y sermones en España (Siglos XVI-XX)*. Madrid: FUE.
Lara Garrido, J.; Molina Huete, B. (eds.) (2013). *Sobre la recepción y el canon de la Literatura Española (I y II)*, Madrid: Visor Libros.
Mainer, J. C. (2003). *La filología en el Purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica.
Maluquer de Motes, J. (2017). *L'arqueòleg Maluquer de Motes i el creuer universitari per la Mediterrània de 1933,* Vic: Eumo Editorial.
Molas, J. (1983). *La literatura catalana d´avantguarda 1916-1938*. Barcelona: Antoni Bosch.

Navarro Durán, R. (1983). «Bibliografía de José Manuel Blecua». En *Homenaje a José Manuel Blecua* (págs. 7-11). Madrid: Gredos.

Reyes Gómez, F. de los (2010). *Las historias literarias españolas. Repertorio bibliográfico (1754-1936)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. Humanidades, 81, Clío y Calíope.

Rodríguez Ayllón, J. A. (2010). *Un hito en el nacimiento de la Historia de la Literatura española: los orígenes de la poesía castellana (1754) de Luis José Velázquez*. Málaga: Fundación Unicaja.

Romero Tobar, L. (ed.) (2004). *Historia literaria / Historia de la literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

— (2006). *La literatura en su historia*. Madrid: Arco Libros.

— (ed.) (2008). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Santos, D. (1972). *Conversaciones con Guillermo Díaz-Plaja*. Madrid: Magisterio Español.

Urzainqui, I. (2004): «Hacia una teoría de la historia literaria en el siglo XVIII: competencias del historiador». En Romero Tobar L. (ed.). *Historia literaria / Historia de la literatura* (págs. 209-236). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Valls, F. (1983). *La enseñanza de la literatura en el franquismo 1936-1951*. Barcelona: Antoni Bosch.

Velázquez de Velasco, L. J. (2013). *Orígenes de la poesía castellana* (Introducción, notas e índice onomástico de Jesús Alejandro Rodríguez Ayllón). Málaga, *Analecta Malacitana*, Anejo XCI.

El fondo Guillermo Díaz-Plaja: perfil y potencialidades de un archivo personal

➤ *Núria Jornet-Benito*
Universidad de Barcelona

➤ *Laura Vílchez*
Universidad de Barcelona

> Sucede que, de pronto, sentimos la urgencia de ordenar nuestras memorias dispersas. Acá y allá nos sobresaltan las huellas a punto de difuminarse en el olvido. Se han quedado ahí como los detritos últimos del aluvión otrora caudaloso, testimonio impávido de lo que fue. Veamos, ¿por qué estas, y no otras, han permanecido irreductibles a la corrosión de las horas, a la mordedura del tiempo transcurrido? (Guillermo Díaz-Plaja, *Retrato de un escritor*, 1978: 17)

En los últimos años se ha dado un significativo impulso, desde la Archivística y otras ciencias vinculadas al patrimonio documental, a la investigación en torno a los archivos personales. Por otro lado, son muchos los archivos y bibliotecas, de diversa tipología, y los centros de documentación de museos, fundaciones, asociaciones o centros de investigación que contemplan, en su política de ingresos, la captación de este tipo de archivos privados. No es una exageración decir que los archivos personales están de moda. Nuestro objetivo no es dar a conocer el estado del arte de los archivos personales,[9] pero

9. La literatura profesional sobre los archivos personales despega claramente a finales de los noventa del siglo pasado, para explosionar a lo largo de nuestra centuria (Douglas, 2013). En nuestro país, un buen punto de inicio fue, sin duda, la inclusión de un capítulo dedicado a los archivos personales en un *Manual de archivística* (Espinosa, 1995). Como concluye A. Belmonte (2011), otros hitos han sido la celebración de diversos congresos y seminarios, y la creación de grupos de trabajo, auspiciados por diferentes instituciones que se han interesado por esta tipología de fondos, desde la Biblioteca Nacional de España (*Primer Seminario de Archivos Personales*, 2004) a la Conferencia de Archiveros de las Universidades

consideramos importante aportar algunos de los elementos que se han dado en la bibliografía para dar cuenta del valor y significación del archivo personal y, asimismo, ofrecer algunas características de la situación de esta tipología de archivos en el contexto de las llamadas instituciones de la memoria (archivos, bibliotecas, centros de documentación). Una y otra reflexión servirán para contextualizar el fondo de archivo de Guillermo Díaz-Plaja (1909-1984), en tanto archivo personal depositado en la Biblioteca de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Finalmente, presentaremos de forma breve el perfil y contenido de este fondo de archivo y las potencialidades que ofrece para la investigación y la docencia.

Si recuperamos la definición de fondo de archivo personal[10] como el conjunto orgánico de documentos de cualquier tipología y en cualquier soporte, producidos, recibidos o reunidos por una persona física en el transcurso de su vida y en el ejercicio de sus actividades y funciones (Andreu, Cruellas, Elvira, 2003: 231), vemos que su origen se encuentra en el individuo y las actividades personales y profesionales, privadas y públicas, que ha generado a lo largo de su vida. La diversidad de estas actividades dará lugar a una variada tipología de archivos personales (de escritores, científicos, artistas, periodistas...); de la misma manera que la personalidad e idiosincrasia del individuo se reflejará tanto en la producción documental (especialmente en aquellos documentos del ámbito privado) como en la propia acumulación y organización de los documentos. Ya en 1996, la archivera australiana Susan Mckemmish, en su destacado texto *Evidence of me*, puso en valor el archivo personal en su potencialidad para dejar testimonio de una vida y en la significación del acto de dejar memoria (*recordkeeping*), que puede incluir no solo la decisión de registrar o no, de crear el documento,

Españolas (*XVI Jornadas de Archivos Universitarios*, 2010), pasando por el CSIC (*V Jornadas Archivo y Memoria*, 2011). En general, la literatura profesional ha generado aportaciones de marcado carácter empírico, a partir de estudios de caso; aunque también se han dado interesantes estudios que han profundizado en cuestiones teóricas.

10. Siguiendo a Lee (Lee, 2011), hay diversos términos para designar este conjunto de documentos, según la tradición y escuela archivística o también según las diversas profesiones vinculadas al patrimonio documental *(collecting professions: librarians, archivists, museums curators): personal papers, personal archives, personal collection. Este autor prefiere «personal collection» «in attempt to find the closest thing to neutral ground that might exist within this complex ecosystem of rich, sometimes complementary, but sometimes conflicting, terminology»* (Lee, 2011: 3).

sino también la de mantenerlo para organizarlo o eliminarlo con el paso del tiempo.[11]

Sobre el valor de los archivos personales, y siguiendo de cerca el análisis de Andreu, Cruellas, Elvira (2003), estos constituyen, para empezar, una importante fuente primaria de investigación. Las características de estos archivos los hacen especialmente válidos para investigaciones de carácter interdisciplinario y transversal (historia, arte, derecho, ciencia y tecnología, filología, literatura, etc.); y las tipologías de documentos que los constituyen son asimismo ricas y variadas (documentación científica, gráfica, musical, sonora, obras de creación...). El archivo personal como fuente primaria va más allá de la investigación científica y está siendo también un importante recurso en la difusión cultural destinada al gran público, en las investigaciones genealógicas y familiares o en el interés de la ciudadanía por aspectos del pasado (Andreu; Cruellas; Elvira, 2003: 238).

En el caso de los archivos personales de escritores se han puesto en valor los borradores y otros documentos, los también denominados «archivos literarios», que acompañan la creación literaria y que permiten estudiar y entender el proceso creativo de los autores. Se trata de una parte significativa y muy apreciada dentro del fondo personal. Otra de las series más características de un fondo personal, la correspondencia, constituye asimismo una de las tipologías más consultadas desde distintos ámbitos de investigación, ya que permite profundizar en aspectos más íntimos y personales del productor y adentrarnos en el universo relacional con otros escritores o intelectuales, de una misma generación literaria, por ejemplo. En el caso del archivo del escritor o del intelectual, han tomado protagonismo incluso como género literario las llamadas «cartas literarias» (Rubió Vilaró, 2013).

Sin duda, un apartado importante del archivo personal lo constituye un conjunto de documentos relacionados con los aspectos más personales del productor (diarios personales, memorias...), o también denominados «egodocumentos», término usado para definir los textos en los que el autor o autora escribe por sí mismo, o a través de otro, sus vivencias, sentimientos y pensamientos (Marcilloux, 2013). En este sentido, los archivos personales «in-

11. Una línea interpretativa que ha sido desarrollada sobre todo por la literatura profesional de la llamada archivística posmoderna (Harris, 2001; Hobbs, 2001; Cox, 2008).

teresan también como suma de creación y biografía» (Escobedo, 2006: 65), conteniendo datos sobre la percepción que una persona tiene de sí, en sus estados de ánimo y motivaciones, pudiendo analizar cómo ello ha intervenido o condicionado el mismo proceso creativo. En otras palabras, el archivo personal puede dar testimonio y documentar la memoria personal, lo que Valérie Feschet ha denominado una «memoria caliente», frente a una «memoria fría», institucional, oficial; o, en todo caso, puede complementar a esta última y darle otra perspectiva, enriqueciendo la memoria colectiva (Feschet, 2005). Si en el campo de los estudios históricos es un dato consolidado la importancia dada a las llamadas historias de vida (y no solo de las personas en la cúspide social, sino en su diversidad de clase y género), en el ámbito del patrimonio documental, y en las llamadas instituciones de la memoria, vemos también la importancia que se está dando a la captación e ingreso de fondos personales. Además, en muchos de los proyectos de difusión del patrimonio y de la memoria que estos centros están desarrollando toma fuerza la necesidad de incorporar las memorias de los protagonistas de los hechos a través de su documentación personal (cartas, fotografías, recuerdos), e incluso su relato personal a través de algún programa de historia oral.[12] Un movimiento de apreciación del archivo personal, las memorias personales y familiares, que se manifiesta en el conjunto de la sociedad. En palabras de Richard J. Cox: los archivos personales han sido la columna vertebral de los archivos públicos, la adquisición más apreciada por los archiveros, los curadores de manuscritos y las colecciones especiales de bibliotecarios debido a la calidad de las pruebas documentales que aportan y a menudo su asociación con eventos importantes o personas famosas; pero en la actualidad son valorados además por los individuos y las familias que los guardan por razones personales relacionadas con la identidad, la memoria o el sentimentalismo. Para subrayar también un trasfondo interesante: que existen impulsos humanos muy básicos que llevan a la creación y el mantenimiento de registros personales, valorados en su función de apoyo para la identidad personal (Cox, 2008: XI, XVII-XVIII).

12. Por ejemplo, el gran proyecto europeo en torno la Primera Guerra Mundial en el Portal Europeana: <http://www.europeana.eu/portal/fr/collections/world-war-I>. Véase también esta misma operación memorística, en relación con los archivos y la memoria de los feminismos: Jornet; Tuset, 2016.

El fondo Guillermo Díaz-Plaja[13] se depositó en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona a través de dos ingresos, el primero en el año 1987, el siguiente en 2006. Por lo tanto, nos encontramos en primer lugar con un fondo personal que ingresa y se custodia en una entidad con la que el propio productor mantuvo una estrecha relación, ya que Guillermo Díaz-Plaja fue miembro de esta academia desde 1961. Sabemos, asimismo, que el propio Díaz-Plaja tuvo interés y manifestó su deseo de que se conservase su legado documental y de transformarlo en un recurso para la investigación del área de las humanidades, la literatura y las artes.[14] Se trata de un modelo de custodia y de conservación del patrimonio documental presente también en el panorama de los fondos personales al que aludíamos y que ofrece posibilidades interesantes al incluirse en una política más amplia de captación de fondos personales de los miembros, académicos de la entidad. De esta manera, el archivo personal se integra en el patrimonio de la academia y es un elemento que ayuda a la configuración de su memoria e identidad corporativa.[15] En el caso concreto

13. Esta segunda parte del estudio se basa especialmente en el trabajo de máster de Laura Vílchez y las prácticas que realizó en el Fondo G. Díaz-Plaja durante el año académico 2015-2016, mientras cursaba el Máster de Bibliotecas y Colecciones Patrimoniales de la Facultad de Biblioteconomía y Documentación (Universidad de Barcelona). El trabajo archivístico consistió en la descripción de las diferentes subsecciones (archivo, biblioteca, epistolario, material audiovisual) en un instrumento de descripción siguiendo la NODAC (Norma de Descripció Arxivística de Catalunya), adaptación de la norma internacional ISAD (G). Y en la clasificación de la documentación de archivo en un cuadro de clasificación, basado y adaptado siguiendo el modelo propuesto por la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Barcelona. Tanto un instrumento como otro permiten integrar los distintos elementos del legado documental y proporcionan una visión de conjunto. Se complementó con la creación de diversos Registros de autoridad, siguiendo la ISAAR (CPF), que permiten identificar algunos de los nombres y entidades extraídos de los documentos de archivo y con quienes se relacionó el productor, Guillermo Díaz-Plaja.

14. Díaz-Plaja mantuvo diversas propuestas, que se concretaron finalmente en la de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona gracias especialmente al Dr. Martí de Riquer, por entonces presidente de esta entidad.

15. Además del legado de Guillermo Díaz-Plaja, la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona también conserva los fondos personales de Manuel de Montoliu, Francesca Vendrell y Francesc Matheu, académicos de la institución; y las bibliotecas personales de Gumersind Alabart, Josep Alsina, Eduard Ripoll, Alexis Eudald Solà y Martí de Riquer, también miembros de la Acadèmia. Y la colección de Ex-libris de Pepita Pallé.

de la Sección Díaz-Plaja[16], se ha dado además un aspecto interesante en este modelo: el hecho que la familia heredera, titular del legado, sigue siendo la responsable de la política general de tratamiento, acceso y difusión del patrimonio documental.[17] Ello conlleva que el acceso y la consulta de los documentos puedan complementarse con el diálogo con la familia, no solo responsable final del legado, sino también conocedora de otros aspectos íntimamente relacionados: qué se ha conservado y qué no, qué relación establecía el propio productor con la escritura, con el archivo, con la memoria escrita...

Son diversos y de diferente tipología los centros patrimoniales que conservan archivos personales en nuestro país: archivos y bibliotecas universitarias, archivos y bibliotecas nacionales, archivos municipales y comarcales (en el caso catalán), centros de documentación de museos, fundaciones y asociaciones, academias y centros de investigación. De manera significativa están presentes en las bibliotecas y archivos universitarios, retomando una tradición netamente anglosajona, donde, desde la década de los sesenta, se crearon las llamadas *special collections*, concepto que integró e integra fondos y colecciones de diversa naturaleza (manuscritos, libros antiguos, *rare books*, programas de teatro, carteles de cine, colecciones de imágenes, y fondos personales) que tienen un valor especial para la investigación y que conforman un elemento de identidad, patrimonio de la universidad; y hoy presentes en los repositorios digitales y portales corporativos de estas instituciones (Estivill, 2008). También mantienen una intensa política de captación de fondos personales los centros patrimoniales de perfil nacional-general (Couture, 2013); por ejemplo, la colección de archivos personales del Servicio de Manuscritos e Incunables de la Biblioteca Nacional de España (Rucio Zamorano, 2011),[18] o la Biblioteca Nacional de Catalunya (Gudayol, 2006),[19] apostando esta última por una especialización en fondos personales de escritores o archivos personales de creación (Escobedo, 2006: 59).[20]

16. Dentro de la institución de la academia los distintos fondos y colecciones se denominan Secciones, por lo que la nomenclatura oficial del legado Díaz-Plaja en esta institución recibe el nombre de «Secció Díaz-Plaja».

17. Sin embargo, por las características del material bibliotecario, la Reial Acadèmia de Bones Lletres controla y se encarga de la Biblioteca.

18. <http://www.bne.es/es/Colecciones/ArchivosPersonales/>

19. <http://www.bnc.cat/content/keyword/Fons%20personal>

20. Entre otros muchos ejemplos, destaca también el Arxiu Nacional de Catalunya, que mantiene una política activa de ingreso de fondos personales: polí-

La Sección Guillermo Díaz-Plaja está constituida, para empezar, por documentos de archivo surgidos de la actividad personal y profesional del productor, junto a una importante biblioteca (tanto la reunida por el propio Díaz-Plaja como el apartado de biblioteca-obra propia, y una completa colección de obras de referencia sobre el autor). Se trata de una combinación «archivo-biblioteca» muy presente y característica de los fondos personales, y en especial cuando el productor es un intelectual, escritor, profesor o académico.[21] Se ha conservado, además, algún material no librario (medallas, premios) que conforman un apartado bastante habitual en esta tipología de fondos; como también mobiliario de despacho o archivo.[22] En este sentido, se abren otras potencialidades de difusión más próximas al modelo, también presente en el panorama diverso de los fondos personales, de «archivo-casa museo».[23]

En cuanto a la documentación de archivo, una parte destacada recibe el nombre de *Arxiu de treball* ('Archivo de trabajo'), y conforma el núcleo central de un fondo personal (excepto la correspondencia, como veremos). Se trata de 38 cajas con documentación de todo tipo, producida y recopilada a lo largo de la vida del escritor: documentos personales (pasaportes, carnés de diferentes asociaciones a las que perteneció, agendas), recortes de prensa, fotografías; documentos de su actividad profesional (contratos con editoriales, borradores, trabajos mecanografiados...). La correspondencia, formada por un total de 1881 documentos (cartas, tarjetas, postales y telegramas), se encuentra depositada en la Unitat d'Estudis Biogràfics de la Universidad de Barcelona y recibe un tratamiento y explotación diferencia-

ticos, periodistas (en este último caso a través de un convenio con el Col·legi de Periodistes de Catalunya).

21. Si bien hay casos de separación de la biblioteca y del archivo personal en dos instituciones diferentes (Biblioteca y Archivo), hay cada vez más propuestas de integración de ambos tipos de documentación. Ejemplos de tratamiento, organización y especialmente visualización-acceso desde un mismo punto, en torno a la persona-productor en: Biblioteca de la Universidad Autónoma de Barcelona (http://www.uab.cat/web/fons-i-equipaments/fons-personals-1253513278466.html) y en la Biblioteca de la Universidad de Gerona (http://www2.udg.edu/tabid/17368/language/ca-ES/Default.aspxç).

22. El legado-biblioteca personal Martí de Riquer ha incorporado también una parte de su mobiliario a la sección dedicada a este estudioso en la Reial Acadèmia de Bones Lletres.

23. Asociación Casas-Museo y Fundaciones de Escritores: <http://www.museosdeescritores.com>.

dos.[24] Finalmente, el llamado *Arxiu d'idees* (Archivo de ideas) es sin duda uno de los apartados más singulares del legado de Guillermo Díaz-Plaja. Se trata de los documentos (notas, fichas, borradores...) generados por el productor durante su proceso de documentación y estudio, y reflejan su sistema de trabajo y creación, la manera de trabajar y de documentarse. La peculiaridad es que los documentos, organizados en carpetas y sobres, se encuentran en un mueble que fue creado *ex professo* (figura 1), por lo que podemos conocer también el sistema personal de organización de Guillermo Díaz-Plaja. Nos permite, incluso, descubrir proyectos por los que el escritor se interesó y planteó, pero que no llegaron a realizarse en publicaciones o trabajos. Desde el punto de vista de la Archivística, este conjunto, al conservar de manera tan clara el sistema de organización del mismo productor, ofrece la posibilidad de aplicar el llamado principio de respeto al orden original, y dejar testimonio de una «estructura» documental que es también una manera personal de proceder, de escribir y organizar.

¿Qué posibilidades concretas de explotación permite para la investigación este fondo personal? ¿Cómo se sitúa en el contexto y panorama que hemos analizado en la primera parte de este texto?

En primer lugar, en cuanto a sus potencialidades, la documentación del fondo Guillermo Díaz-Plaja permite diversas aproximaciones: a la propia figura personal y pública de Díaz-Plaja, su obra; estudios sobre editoriales, sobre la universidad de la época, sobre instituciones a las que el productor perteneció o con las que mantuvo relación (Institut del Teatre, Real Academia Española, Instituto Nacional del Libro Español, Asociación de Críticos y Escritores, etc.), sobre crítica literaria; profundizar en sus relaciones con América Latina... Finalmente, la presencia de borradores y materiales de trabajo previos permite, junto a otro tipo de documentación personal, como la correspondencia, entender y estudiar el proceso creativo como escritor e intelectual (el llamado *archivo literario*).

En segundo lugar, el fondo Guillermo Díaz-Plaja se sitúa en un marco más amplio de fondos personales de escritores que están recibiendo un renovado interés tanto por parte de la literatura profesional especializada, como por los centros patrimoniales (archivos, bibliotecas, centros de documentación de diversa tipología) que se implican en la captación, tratamiento y explotación de este tipo de fondos. Uno y otro ámbito han generado significativos avances en

24. Amat; Bravo; Díaz-Plaja (2009).

Figura 1. Archivo de ideas

el conocimiento de los fondos personales. Baste subrayar, por ejemplo, el trabajo específico llevado a cabo por el Grupo de archivos personales de la Conferencia de Archiveros Universitarios (CAU), por la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Barcelona en la creación de un cuadro de clasificación tipo para los archivos personales de escritores, o por la Biblioteca de la Universidad de Gerona en el establecimiento de un marco general para la captación, ingreso (y sus implicaciones jurídicas), tratamiento, visualización (con la integración del material de biblioteca, obra propia del productor) y difusión. Cabe destacar también el trabajo continuado de ingreso y difusión de fondos personales de la Biblioteca de la Universidad de Navarra (Cagigas Ocejo, 2012) y en especial de la Biblioteca Nacional de España, que conforman, en definitiva, un escenario de casos concretos y de potencialidades abiertas a la investigación y a la difusión.

El fondo Guillermo Díaz-Plaja se sitúa en este escenario rico de posibilidades y de colaboración conjunta, y en un entorno más concreto que permite integrar la documentación y personalidad de su productor en un contexto particular: el de una academia, en la entidad de la que él formó parte; de manera que este marco común, junto a otros fondos personales similares, de otros académicos, juegue a favor en la explotación del patrimonio documental. La conexión directa con la Universidad de Barcelona ha dado ya su fruto con la creación de una exposición documental itinerante dedicada al Crucero Transatlántico Universitario de 1934.[25] Y, especialmente, con el establecimiento de prácticas curriculares y convenios de colaboración que ha generado también trabajos de grado o de máster[26] desde diferentes aproximaciones: literaria, periodística, patrimonial-archivística, lingüística, etc. Todo ello lleva a constituir el legado documental en un recurso vivo y activo para la investigación, la docencia y la cultura.

25. Esta exposición, puesta en marcha el año 2014 con motivo del aniversario del Crucero (una iniciativa educativa novedosa, que contó con la participación de Guillermo Díaz-Plaja) se ha presentado con éxito en diversas ciudades y espacios, hasta la fecha: la Universidad de Barcelona, la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, el equipamiento cultural Espai Betúlia, la biblioteca de Tordera y las universidades Complutense y Carlos III de Madrid. Para más información, véase <http://crai.ub.edu/es/coneix-el-crai/biblioteques/biblioteca-lletres/crucero-1934>.

26. En el marco del Máster de Bibliotecas y Colecciones Patrimoniales de la Facultad de Biblioteconomía y Documentación se ha desarrollado una línea significativa de trabajos en torno a archivos personales. Destacamos Moré (2014) e Isart (2016).

Bibliografía

Amat, J.; Bravo, B.; Díaz-Plaja; A. (eds.) (2009). *Querido amigo, estimado maestro: cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.

Andreu, J.; Cruellas, R. M.; Elvira, M. (2003). «La documentació personal com a eina docent: ensenyar i aprendre amb els fons personals». *Lligall,* 21: 223-264.

Belmonte García, Adrián E. (2011). «Archivos personales y familiares en la Región de Murcia». *Tejuelo,*11: 3-27.

Cagigas Ocejo, Y. (2012). «Los fondos personales del Archivo General de la Universidad de Navarra». En *5as Jornadas Archivando* (págs. 81-89). Fundación Sierra Pambley.

Couture, C. (2013). «Quelques aspects de la politique et des actions de Bibliothèque et Archives nationales du Québec en matière d'archives personelles. Pour un reflet de vie à l'abri de l'oubli». En Hiraux, F; Mirguet, F. (eds.) *Les archives personnelles. Enjeux, acquisition, valorisation* (págs. 107-116). Louvain-la-Neuve: Academia l'Harmatan.

Cox, R. J. (2008). *Personal Archives and a New Archival Calling. Readings, Reflections and Ruminations.* Duluth: Litwin Books.

Díaz-Plaja, A.; Jiménez León, M. (2014). *Exposición virtual: Crucero Universitario Transatlántico de 1934*. Disponible en: <https://bit.ly/2OaCaou>. Consultado en julio de 2017.

Douglas, J. L. (2013). *Archiving authors: Rethinking the analysis and representation of personal archives.* Tesis doctoral. Universidad de Toronto. Facultad de Información.

Escobedo, J. (2004). «Los caminos de la memoria. Archivos personales». En *Seminario de Archivos personales* (Madrid, 26-28 de mayo de 2004) (págs. 55-79). Madrid: Biblioteca Nacional.

Espinosa Ramírez, A. B. (1995). «Los archivos personales: metodología para su planificación». En Ruiz Rodríguez (ed.). *Manual de Archivística* (págs. 263-278). Madrid: Síntesis.

Estivill, A. (2008). «Els fons i les col·leccions d'arxiu a les biblioteques: models per al seu control i accés». *BiD. Textos universitaris de biblioteconomia i documentació,* 21. Disponible en: <http://bid.ub.edu/21/estiv1.htm> Consultado en julio de 2017.

Feschet, V. (2005). «Textes et contextes: les lieux de la mémoire dans les maisons ubayennes». En *Sociétés & representations: lieux d´archive: une nouvelle cartographie: de la maison au musée*, 19: 15-32.

Gudayol, A. (2006). «Los archivos personales en una biblioteca patrimonial de ámbito territorial: la Biblioteca de Catalunya». En *Seminario de*

Archivos personales (Madrid, 26-28 de mayo de 2004) (págs. 147-162). Madrid: Biblioteca Nacional.

Harris, V. (2001). «On the Back of a Tiger: Deconstructive Possibilities in "Evidence of Me"». *Archives and Manuscripts*, 29-1: 8-21.

Hoobs, C. (2001). «Personal archives: the character of personal archives: reflections on the value of records of individuals». *Archivaria. Journal of the Association of Canadian Archivists*, 52: 126-135.

Isart, R. (2016). *Els fons personals d'actors. Estudi de cas: el fons Assumpció Casals i Rovira (1896-1975)*. Barcelona: Universitat de Barcelona (Facultat de Biblioteconomia i Documentació). <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/112082>. Consultado en julio de 2017.

Jornet-Benito, N; Tuset, N. (2016). «Construyendo la memoria de los feminismos: archivos, bibliotecas y centros de documentación. Una mirada al pasado, una reflexión para el futuro», *BiD. Textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, 36. <http://bid.ub.edu/es/36/jornet.htm>. Consultado en julio de 2017.

Lee, C.A. (ed.) (2011). *I, digital. Personal Collections in the Digital Era*. Chicago: Society of American Archivists.

Marcilloux, P. (2013). *Les ego-archives: traces documentaires et recherche de soi*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.

Mckemmisch, S. (1996). «Evidence of me», *The Australian Library Journal*, 45: 174-187.

Moré, L. (2014). *La visibilitat dels fons personals i les col·leccions especials a les biblioteques universitàries* (Trabajo final de Máster-TFM, no publicado). Barcelona: Universitat de Barcelona (Facultat de Biblioteconomia i Documentació).

Quintas Jornadas Archivo y Memoria (CSIC, 17 y 18 de febrero de 2011). "Extraordinarios y fuera de serie: formación, conservación y gestión de archivos personales". <https://bit.ly/3udk3h7>.

Rubio Villaró, C. (2013). *Archivos literarios en Barcelona y su Área Metropolitana. Guía de fondos personales de escritores en centros públicos* (Trabajo final de Máster-TFM). Bellaterra: Escola Superior d'Arxivística i Gestió de Documents (UAB). <http://www.recercat.cat//handle/2072/253927>. Consultado en julio de 2017.

Seminario de Archivos personales (Madrid, 26-28 de mayo de 2004). (2006). Madrid: Biblioteca Nacional.

Vílchez, L. (2016). *Estudi d'un fons personal d'escriptor: el tractament de la Secció Guillermo Díaz-Plaja a la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona* (Trabajo final de Máster-TFM, no publicado). Barcelona: Universitat de Barcelona (Facultat de Biblioteconomia i Documentació).

XVI Jornadas de Archivos Universitarios (Almagro, 2010). "La normalización archivística". <https://bit.ly/3sAadoU>.

La vida literaria en directo: el epistolario de Guillermo Díaz-Plaja

➤ *Anna Caballé*
Unitat d'Estudis Biogràfics / Universidad de Barcelona

En muchas ocasiones y desde hace años vengo defendiendo el valor de los archivos y legados personales para poder reconstruir con una base firme y sólida la vida intelectual de un país, de un periodo de tiempo, de una obra en concreto o bien para comprender la trayectoria de un escritor. Sin el acceso a toda aquella escritura gestada por debajo de la escritura histórica o literaria, sin disponer de las «huellas supervivientes» (memorias, cartas, documentos, imágenes) de las que habla John Lewis Geddis en su ensayo *El paisaje de la historia*, publicado por Anagrama en 2004, que nos permiten comprender lo que pasó o al menos tener una idea muy aproximada de ello, la escritura del pasado es mera especulación.

Es cierto que a esa apreciación se le puede reprochar un exceso de ingenuidad. La ingenuidad de creer que gracias a una documentación estamos más cerca de aprehender la vida en su estado natural: «El gusto por lo histórico es cándidamente invencible, razonaba en los años treinta Georges Duhamel. Y por otra parte es bien natural. (¿Dónde está Napoleón? Quiero verlo. ¡Este es Napoleón!)» (Duhamel, 1933).

Un mundo separa la forma de entender los archivos literarios en los años ochenta, cuando yo empecé a interesarme por ellos, de ahora mismo cuando han adquirido un estatuto hasta cierto punto, y afortunadamente para todos, privilegiado. El cambio experimentado, más que necesario, ha sido muy importante y se ha producido en todas las dimensiones de su análisis. Los legados literarios –archivos de ideas, libros anotados, cartas, agendas, diarios, dibujos, memorias, apuntes, manuscritos y borradores de obras– merecen ahora una consideración de la que carecían hace solo unas pocas

décadas, cuando solían considerarse como un modo obsceno de curiosidad biográfica. Estamos muy lejos, por fortuna, de comentarios como el que hacía el periodista catalán José Tarín Iglesias sobre su amigo, el editor barcelonés Joaquín Montaner, al publicar la correspondencia de este último con Miguel de Unamuno, escribiendo sin ocultar su satisfacción por el deber cumplido:

> De acuerdo con sus familiares, destruimos todos cuantos [originales] tenían un carácter íntimo, personal. También la vida de Joaquín Montaner había sido muy agitada en todos sus aspectos; desde el sentimental al económico. Por eso preferimos condenar al fuego muchos papeles, que al fin y al cabo no representaban nada en la vida literaria, ni siquiera personal de Joaquín, y en cambio hubieran podido enturbiar innecesariamente su memoria. (Tarín Iglesias, 1966)

Es una cita a la que he recurrido muchas veces, no porque sea la única, en absoluto, sino porque pocas veces hallamos de forma tan clara, en este caso expuesta por Tarín Iglesias, la idea de la destrucción de los papeles privados a fin de preservar la intimidad del personaje de que se trate. Un dilema, Kafka versus Max Brod, nunca resuelto y de imposible resolución probablemente, más que estudiando cada caso en particular.

En todo caso, la frase «preferimos condenar al fuego muchos papeles» era de lo más habitual en otros tiempos no muy lejanos, y me temo que ha sido una costumbre inveterada en la cultura de ámbito hispánico, a la que se han sumado las sucesivas destrucciones patrimoniales debidas a las guerras, las quemas de iglesias y conventos y los saqueos. Hoy lamentamos mucho aquella satisfacción que dice haber sentido Tarín Iglesias al cumplir con un deber supuestamente ineludible, destruyendo la correspondencia más personal y salvando solo la referida a su vida literaria. Porque si a la vida de un hombre y a su memoria le amputamos todo aquello que tenga un carácter íntimo, personal, sentimental y económico, las preguntas son: ¿qué queda biográficamente de ese hombre?, ¿sigue siendo un hombre o es una simple estructura intelectual desposeída de todo aquello que hace que una vida humana sea eso, un nudo de pasiones?, ¿qué es entonces lo que se presume que el lector puede leer y comprender de ese hombre después de un vaciado tan fenomenal?, ¿el intercambio de algunas referencias bibliográficas?, ¿las ideas sobre la patria? «Lo que importa es la vida», decía Montaigne, y cientos de años después Virginia Woolf haría suyo este lema: «De

día en día me repito más, a mi manera, la idea de Montaigne», anota en su cuaderno.

Es lógico preguntarse cuántos documentos no habrán sido destruidos bajo el paraguas protector del respeto que en el fondo a veces no es más que indiferencia o un temor pánico a una verdad inesperada: ¿cuántos archivos literarios no habrán desaparecido bajo la bota del «¿A quién le importa todo esto?», que ya formulara, entre muchas otras voces, Concepción Arenal, destruyendo la mayor parte de sus papeles personales. Y lo que es mucho más doloroso todavía: ¿cuántas oportunidades hemos dejado escapar con esa actitud?, ¿acaso es una actitud que beneficia a los estudios históricos y literarios?

Cuando yo fundé la Unidad de Estudios Biográficos, en torno a 1993, y modestamente creo que el centro sirvió como referencia intelectual para un nuevo modo de proceder con los papeles personales, no había prácticamente ningún espacio que los acogiera, a no ser que se tratara de un espacio creado *ex profeso* como el Arxiu Joan Maragall, ubicado en la casa donde nació. Siempre nos ha faltado una política institucional que piense la cultura en clave de futuro y no únicamente para salir del paso. Una política institucional es la que ha permitido, por poner un solo ejemplo, la creación del *Musée des Lettres et Manuscrits* inaugurado hace unos años en París, en pleno Saint-Germain-des-Prés (8, rue de Nesle, 75006) con la idea de poder articular el caudal autobiográfico francés organizando exposiciones monográficas regulares que ayudan a vertebrar esta nueva forma de conocimiento. Desde un punto de vista político, los archivos personales recuperan patrimonio. En ese aspecto, vinculado a la idea de identidad nacional, Philippe Lejeune ha hecho un trabajo excelente y muy iluminador, parcialmente reflejado en su texto «Los inventarios de textos autobiográficos», que tradujimos y publicamos en el extinto *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (*BUEB* 2, Universidad de Barcelona, 1997).

Creo que en la vida de un ser humano no hay compartimentos estancos e incomunicados. Nos hemos empeñado en defender rígidas y comprometidas divisiones entre literatura y vida, o entre vida y obra, o entre vida privada y vida pública, trazando imaginarias líneas entre ambos espacios, que no extremos. Lo uno o lo otro. Sin embargo, escritura, negocio, salud, estudio y afectos no son casilleros independientes que pueden funcionar aisladamente, y cuando un hombre o una mujer escribe una carta, o toma una decisión, lo hace con el corazón y la cabeza, y el interés, y quizás la ofuscación, y

quién sabe cuántos componentes intervienen en el menor y más simple de nuestros actos cotidianos. Como observa Hannah Arendt, el principal problema a la hora de afrontar el desafío del conocimiento biográfico es que cualquier reflexión sobre el hecho de vivir pasa por la consideración del encadenamiento de la vida a sí misma: la vida de cualquiera de nosotros está consagrada a proveer sus propias necesidades, esa es su grandeza y su limitación (Arendt, 1974).

La pregunta para mí es ¿se puede prescindir de esta problematicidad al afrontar la descripción de una trayectoria intelectual o artística? ¿Qué necesidad hay de «humillar la realidad» –la expresión la utiliza Grégoire Bouillier en un libro titulado *Informe sobre mí mismo*– hurtándole la carne y la sangre, es decir, desfigurándola, para dejar un esqueleto incombustible de fechas y erudiciones varias que apenas puede sostenerse en pie, o bien una construcción biográfica novelesca donde cualquier parecido con la verdad es casual? Es evidente que a estas alturas nuestra sociedad ha optado por encontrar la forma de satisfacer sus propias necesidades cognitivas. Y si historiadores, filósofos e intelectuales arrugan tantas veces su fina naricita ante la necesaria, y yo diría que urgente, reflexión sobre las formas actuales de la conciencia del Yo, ahí están las legiones de periodistas, productores de televisión, guionistas de programas y opinadores de todo tipo haciendo su agosto, entrando a saco y sin el menor escrúpulo en las presuntas conciencias de seres corrientes, convertidas de pronto en el centro de atención del circo mediático. Digo presuntas conciencias porque situados estos promotores de los *reality shows*, por cierto cada vez más influyentes, situados digo en el otro extremo del interés –que no es el del conocimiento sino el del negocio– actúan en la dirección exactamente contraria a la expuesta por Tarín Iglesias: mucha carne, mucha sangre y ni un gramo de verdad. Cierto es que este asunto plantea muchos problemas y dudas morales, pero yo eso lo veo como un estímulo para avanzar en la teorización de un marco biográfico que nos es imprescindible cuando estudiamos en profundidad la producción de un ser humano. Entiendo que el trabajo humanístico se justifica precisamente porque es capaz, debe serlo, de enfrentarse a las dificultades, analizando y cuestionando las tendencias sociales dominantes y generando a su vez nuevas corrientes intelectuales que ayuden a corregir los excesos que puedan manifestarse, ofreciendo al mismo tiempo otras alternativas más enriquecedoras para el espíritu.

Conceptualmente los archivos y correspondencias –acumulación de un material informe, heterogéneo, plural, fruto de circunstan-

cias muchas veces imponderables– se hallan en el extremo contrario de la obra literaria. Los archivos son un lugar móvil, más o menos caótico, que ha acompañado al escritor o al personaje y que, en general, ha ido conformándose en los márgenes de la obra de arte, la obra política o académica, si es que pensamos en alguien que goce de cierta celebridad. Podría decirse que la obra es el monumento, la materialización conclusa y elaborada de una vocación profesional. Por el contrario, los legados personales preservan el gesto del ser humano, su memoria viva, la trastienda de esa proyección, los materiales que la fueron impulsando. Son, parafraseando a Gaston Bachelard (1957) en su espléndido artículo titulado «El cajón, los cofres y los armarios», una imagen de la intimidad siempre solidaria de cualquier escondite, una especie de *aleph* estrictamente personal en el que a menudo hombres y mujeres sueñan con encerrar, disimular, preservar sus secretos. Bachelard en dicho artículo se muestra indignado con el filósofo Henri Bergson por el hecho de que este utilizara los cajones como metáfora para explicar la insuficiencia de una filosofía puramente cognoscitiva: «La memoria no es la facultad de clasificar recuerdos en un cajón» (Bergson, 1907) decía por ejemplo Bergson, y Bachelard clama contra un comentario que le parece injusto, por el endurecimiento atribuido a esta palabra: ¿qué tiene Bergson en contra del cajón? ¿Acaso los cajones de un escritorio, como los estantes de un armario, el interior de un cofre o las hojas de un cuaderno, no son los verdaderos órganos de la vida psicológica secreta? Sin estos objetos organizadores de la interioridad ciertamente nuestra intimidad carecería de marco, de entidad física, de materialización y por tanto se perdería en el desorden sin límites del lenguaje interior y de la memoria intransferible.

El ejemplo más relevante en el caso que hoy me ocupa aquí, en el acto académico en recuerdo de Guillermo Díaz-Plaja, es el de la carta. ¿Hay alguien entre ustedes que no vibre al recibir una verdadera carta y no correspondencia comercial? Solo un pobre de espíritu puede mantenerse impávido ante ella –u otras palabras, como diario, escritorio, armario, biblioteca (otras palabras-mundo, en el sentido que les da Bachelard, podrían ser legado o archivo). Son palabras que acogen el ser de la profundidad, el ser de la vida que no se abre a cualquiera. La carta se abre a un ser en especial –y solo en él se piensa al escribirla– y sin embargo contiene, o soñamos con que puede contener, tan ingenuamente como se quiera, la semilla de la verdad personal, biográfica. Guillermo Díaz-Plaja era muy consciente del valor de un archivo y por ello no dejó de mantener

vivo el suyo: «Archivamos nuestros papeles –escribe en *Retrato de un escritor*–, guardamos nuestro pasado, una huella a punto de difuminarse en el olvido» (Díaz-Plaja, 1978). En efecto, un archivo es el testimonio más vivo de la muralla que la preservación de documentos opone al olvido. Es la forma humana de combatir la pérdida incontenible de la existencia y Díaz-Plaja, consciente de ello, alimentó el suyo guardando amorosamente las cartas que recibía y muchas veces conservando copia de las que escribía, sabiendo que todo ello un día formaría parte de la *petite histoire* de la literatura española. No todo el mundo lo ve del mismo modo, por supuesto: «Aquello que la gente guarda en secreto –escribe con la voluntad de descorrer un telón, el novelista checo Milan Kundera– es la cosa más común, más vulgar, más prevaleciente, lo mismo que todos tienen: el cuerpo y sus necesidades, sus enfermedades, sus manías» (Kundera, 1998).

Se da la circunstancia de que algunas veces ese material contenido en cajones, armarios, carpetas y cuadernos que como digo, siguiendo a Bachelard, es inapreciable reflejo de una personalidad y de una trayectoria, ese material viaja hasta los archivos de una biblioteca o de un centro de documentación. ¿Con qué objeto? Ahí está la cosa. A veces podemos sentirnos confusos ante la recepción de un material repleto de documentos personales de difícil clasificación. Para algunos, conceder un lugar relevante a este tipo de documentos constituye una actitud provocadora, incluso subversiva, porque borra las fronteras que sirven para constituir una cierta escritura como objeto valorado: como señala Philippe Lejeune, las fronteras entre buena y mala literatura, entre literatura y no-literatura tienen poco sentido en un archivo o en una correspondencia. Solo podemos hablar de escrituras que, ocasionalmente, ofrecen un interés artístico, pero siempre lo tienen desde el punto de vista biográfico. En cualquier caso, hemos de ser conscientes de que contienen información que es de gran importancia para escribir cualquier tipo de historia. El historiador estadounidense John Lewis Gaddis llama a esos materiales que pueden hallarse en un archivo personal (cartas, documentos, imágenes, memorias) «estructuras supervivientes» y gracias a ellas, dice, podemos reconstruir los procesos pasados aventurando lo que pasó (Gaddis, 2004). En todo caso, el objeto de estudio es abierto. No es cerrado como el estudio de un poema o de una novela donde las posibilidades de análisis son limitadas. Una correspondencia como la depositada por la familia Díaz-Plaja Taboada en la Unidad de Estudios Biográficos plantea un mundo de posibilidades y hermenéuticas posibles. En

primer lugar, podemos considerar la correspondencia desde la perspectiva del remitente, o bien del destinatario, para a continuación seguir cualquiera de los múltiples hilos que lanza la comunicación entre personas que tienen un mundo de afinidades e intereses en común.

Discúlpenme este *ex cursus* que tenía la intención de valorar y agradecer el gesto, la generosidad de la familia Díaz-Plaja Taboada al poner la correspondencia de su padre, un total de 1.881 cartas, a disposición de los investigadores, sin exigir la menor contraprestación. Don Guillermo fue ante todo un estudioso de la literatura, un hombre que hizo del conocimiento y análisis de la literatura el motivo central de su vida, de sus conferencias, sus viajes a América, sus ensayos, sus clases y sus encuentros con colegas. Los años de la correspondencia, de 1929 a 1984, no eran los de ahora. No es bueno ni es malo, eran tiempos diferentes, cuando el intelectual tenía en la máquina de escribir su herramienta de trabajo y la carta era un medio de comunicación fundamental, imprescindible entre escritores. Benditas cartas gracias a las cuales podemos reconstruir episodios, relaciones, polémicas, personalidades. Don Guillermo era un hombre abierto, afable, legítimamente interesado en prosperar en su trabajo, como todos. Preocupado en sus últimos años por justificar lo ingente de su obra publicada. Él mismo se definió como un escritor caudaloso, porque, en efecto, apenas quedó tema importante de la literatura española que él no tratara: el Romanticismo, los escritores del 98, el Modernismo, Valle-Inclán, el poema en prosa, el Barroco, la poesía de Ramón Basterra, Salvador Dalí, Federico García Lorca, el Mio Cid, los géneros literarios...

Me recuerda a Ortega y Gasset, ambos poseedores de un vitalismo excepcional que en su caso significó una curiosidad infatigable por el mundo y un deseo de penetrarlo a través de sus lecturas. Y yo me pregunto si frente a la escuela filológica de preguntarse por qué hizo lo que hizo, reprochando actitudes políticas, nos interrogamos sobre el cómo lo hizo. No entiendo que hablemos de formas de pensamiento, de formas estéticas y no hablemos de formas de vivir, de estéticas de la existencia. Se ha impuesto entre nosotros la idea de Paul Ricoeur de que la vida es el relato que de ella construimos, que nos construimos y que supuestamente nos sostiene. Modestamente no creo en la hipótesis de Ricoeur, como teoría es bellísima –es lo que tiene de admirable la escuela estructuralista, la belleza de sus proposiciones– pero tengo la impresión de que ese relato se halla tan atomizado, es tan disperso y moldeable que no puede ayudarnos en

la reflexión sobre la identidad. Por el contrario, me inclino a pensar que la vida es fundamentalmente una forma, un estilo de actuar que nos va definiendo y distinguiendo al mismo tiempo. Creo que las personas actuamos según un repertorio relativamente modesto de posibilidades y solo variamos ante la necesidad cuando esta nos impone nuevas formas de reaccionar. Nuestro modo de abordar los problemas, por distintos que estos sean, suele ser siempre el mismo, como lo son los colores que nos gustan, y las situaciones siguen unas pautas interiorizadas. Para don Guillermo son estas últimas las determinantes de nuestro actuar porque conscientes de ellas exploramos las alternativas que nos ofrecen.

Estilos de vida: hay personas extrovertidas, abiertas, cuyo pensamiento es acción inmediata (el caso de Ortega, de Díaz-Plaja), mientras que otras necesitan demorarse en sí mismas largo tiempo antes de proyectarse en la acción, por pequeña que esta sea. Hay estudiosos de la literatura que perforan una y otra vez un mismo cubículo de terreno hasta extraerle todos los matices posibles, mientras otros otean el horizonte y no atienden a un pozo en concreto porque su curiosidad les lleva a observar la extensión del campo petrolífero, el paisaje que ofrece el conjunto, sabiendo que su pensamiento es horizontal, atiende a la extensión del dominio con sus niveles e influencias, mientras que el pensamiento de los primeros es vertical. Quien domina ambos procedimientos intelectuales es capaz de generar nuevos paradigmas de trabajo.

Sirvan como ejemplo los casos de José Manuel Blecua y Guillermo Díaz-Plaja. El primero centró buena parte de sus esfuerzos en la edición de la poesía de Quevedo y prácticamente nada escribió fuera de los márgenes de los Siglos de Oro, mientras Díaz-Plaja recorrió la literatura española una y otra vez en sus ensayos y manuales. La correspondencia cruzada entre ellos pone de manifiesto su distinta forma de trabajar.

«¿De dónde sacas el tiempo para tanta cosa? ¿Es que tienes fabricado un día especial de 48 horas hecho en alguna fábrica catalana? De otra manera no se comprende que puedas atender las clases, escribir dos artículos semanales, investigar, publicar libros de ensayo y despachar la correspondencia. ¿Es que tienes secretario? Eres un hombre excepcional», le comenta un joven Blecua, admirado ante la actividad que despliega su colega. La carta está fechada en Valladolid, el 12 de enero de 1940. De mi coleto añado que no tenía secretario, pero sí secretaria, Concha Taboada, su mujer y un apoyo constante en su trabajo.

Hay que decir que José Manuel Blecua, catedrático de Literatura Española de la UB y mentor de un sinfín de discípulos, tres años después reflexiona sobre sus distintos ritmos de trabajo y concluye: «Para mí se nace aristotélico o platónico, como decía Carlyle. Se es recto o curvo y no hay que darle más vueltas al asunto» (Amat, Bravo y Díaz-Plaja, 2009). Pero no deja de mostrar cierta inquietud ante la actividad incesante de Díaz-Plaja: «Te confieso que después de leer un libro tuyo me voy corriendo a leer los *Orígenes del español* para salvarme. Tú te salvas así, y eso es lo que los tontos –¡cuántos hay, Dios mío!–, no comprenden». (Amat *et al*., 2009).

Hace unos días [por el mes de diciembre de 2016] se celebraron elecciones al rectorado en la Universidad de Barcelona. Perdió el Dr. Màrius Rubiralta, rector de la UB por poco tiempo, entre 2005 y 2008. A él debo la primera y única beca concedida por el Vicerrectorado de Investigación, del cual fue responsable durante el mandato de Antonio Caparrós, para catalogar el archivo epistolar de don Guillermo Díaz-Plaja. No he conocido a otro rector tan interesado por la investigación como él y tan capaz para fomentarla. De inmediato comprendió el valor de aquella correspondencia y al poco tiempo firmaríamos un convenio de donación. Fue el 26 de septiembre de 2006. De aquel empuje nació el libro *Querido amigo, estimado maestro*, una selección de 127 cartas del fondo disponible en la Unidad. Pero las posibilidades del fondo son enormes, porque el hecho evidente es que don Guillermo era un hombre sociable y abierto que disfrutaba enormemente en la relación con los otros: amigos, colegas, conocidos. Prácticamente toda la vida literaria española de la segunda mitad del siglo xx tiene un reflejo en su correspondencia. Piensen en un nombre y seguro que tenemos una carta: Azorín, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José Manuel Blecua, Salvador Espriu, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Alfonsina Storni, Eugenio d'Ors, Guillermo de Torre, Gregorio Marañón, Emilia de Zuleta, Dolores Medio, José María Pemán, Américo Castro, José María Gironella, Joaquín de Entrambasaguas, María Luz Morales o Sebastián Juan Arbó, por citar algunos ejemplos.

Hay cartas de todo tipo, del tipo de mundo que cultiva un estudioso de la cultura. Cartas de agradecimiento de libros que van y vienen constantemente, de libros que se leen, se agradecen, se comentan, se discuten. Cartas de pésame, de felicitación, cartas donde se piden favores, o se hacen favores, cartas de recomendación, de reclamo del pago de un artículo o de unos derechos de autor, cartas que

son desahogos personales como la que le escribe Agustí Esclasans desde la cárcel Modelo de Barcelona, acusando recibo de uno de los primeros libros de Díaz-Plaja: *Introducción al estudio del Romanticismo español* (Espasa Calpe, 1936, Premio Nacional de Literatura en 1935), un libro novedoso pues en aquel momento apenas había interés por el movimiento romántico. El poeta injustamente encarcelado en 1939 por «rojo y separatista» sorprenderá a su amigo con un inventario de todo lo que lleva escrito en los quince meses de prisión. O bien la muy conocida carta de Juan Ramón Jiménez donde aprovecha el cuestionario enviado por Díaz-Plaja en vistas a su futuro libro *El poema en prosa en España* (Gustavo Gili, 1956) comentándole sus principales influencias poéticas, pero también reconociéndose dolido por los comentarios maliciosos de Guillén y Salinas sobre su esposa, Zenobia Camprubí. Uno de los activos más valiosos del Fondo GDP es la correspondencia cruzada con Azorín, que va desde 1929 y hasta poco antes de morir el escritor levantino, es decir a lo largo de más de treinta años. Una correspondencia llena de sentido porque Díaz-Plaja ocuparía el sillón P mayúscula, que había quedado vacante a la muerte del escritor levantino. Tomó posesión el 5 de noviembre de 1967 con un sentido discurso dedicado en parte al elogio de su maestro y amigo. Disponemos de 23 cartas de Azorín, sin las correspondientes de Díaz-Plaja más que en una ocasión, pero resulta sumamente útil para comprender la psicología del autor de *La voluntad*, un hombre volcado en sus libros y en sus cosas que supo transmitir con gran acierto en los cientos de artículos periodísticos publicados. Los dos hombres fueron trabajadores infatigables que cruzaron transversalmente temas y tópicos de la literatura española de todas las épocas, si bien Azorín es conocido por la creación de una prosa inconfundible. Es una correspondencia profesional, Azorín acusa recibo de los envíos que le hace Díaz-Plaja y desde el primer momento le trata de compañero de profesión, pese a la diferencia de edad entre ambos. En 1929, año de la primera carta, Azorín tiene 56 años, y Díaz-Plaja es un joven de 20. Su última carta está escrita con 93 años y es muy interesante para hacerse una idea de cómo funcionaba la mente de Azorín y cómo tenía la literatura española en la cabeza. Díaz-Plaja le envía un artículo escrito sobre el *Lazarillo* y el *Buscón,* imagino que una síntesis del estudio preliminar que había preparado de ambos textos para una edición de Porrúa, en México, publicada unos pocos meses atrás. Azorín le contesta con sus propias consideraciones sobre los retos que debe plantearse el historiador de la literatura ante los clásicos (anexo 1):

Mi querido Díaz-Plaja: su artículo en *La Nación* de Buenos Aires es sumamente interesante. Se lo agradezco infinito. La historia literaria depende del carácter del historiador, a si prefiere la erudición sobre la obra, otros prefieren la obra misma, sobre todo después de haber leído a Taine y a Sainte-Beuve. En el *Lazarillo de Tormes* es interesante saber el nombre del autor; un adicto de Carlos V que vivía lejos de España, en Flandes [¿está pensando en Alfonso de Valdés?]. Interesa más el saber si el Toledo que nos pinta el autor es un Toledo auténtico o un Toledo convencional. Cuando Lázaro se separa del ciego, en Escalona, se va a Torrijos, pero retrocede a Maqueda. Los eruditos no se explican este retroceso. En Torrijos no podía situarse la escena del clérigo avariento. Torrijos era el pueblo predilecto de Dña. Teresa Enríquez, esposa de un Contador de los Reyes Católicos [Azorín se refiere a Gutierre Cárdenas]; allí levantó una iglesia y fundó un hospital. ¿Qué va a hacer allí un pobre cura que tenía una ristra de cebollas en una cámara? Nuestras leyes mandaban llevar cebollas en las naves, contra el escorbuto. En Flandes, país más naviero que España, se consumían más las cebollas; en casa del párroco de Maqueda ¿por qué? En Toledo ¿dónde estaba la casa triste, desmantelada, en que vivía el hidalgo? ¿Dónde la tripería? ¿Era costumbre, en Toledo, que por las mañanas de la primavera fueran las busconas a una huerta del Tajo a ver si alguien las convidaba a almorzar? ¿No se puede precisar todo esto? ¿No había en Toledo ordenanzas municipales?

Comparemos este Toledo con el Toledo que nos presenta Quevedo en el *Buscón*. En tres casos va a Toledo una compañía teatral, entre los actores va una linda bailarina. Todo va a ser desgracia en Toledo. Todo debe ser tristeza en Toledo, con la ejecución de Pacheco, el actor, el ------.

Abrazo, Azorín[27]

Podemos imaginar la cara de sorpresa de Díaz-Plaja al recibir una carta repleta de motivos para ponerse a trabajar de nuevo, cuando él acababa de escribir un estudio sobre el tema.

La correspondencia disponible en la UEB cuenta asimismo con dos cartas manuscritas de Américo Castro, aislado al final de su vida en Playa de Aro, donde moriría en 1972, sabiéndose discutido y no siempre tan bien tratado como él deseaba, pero de igual modo extremadamente hipersensible a cualquier tipo de crítica. Una de

27. F-GDP/691. Es una carta fechada en Madrid el 9 de marzo de 1966. Azorín moriría un año después, el 2 de marzo de 1967.

ellas, dirigida por don Américo al infatigable trabajador que fue GDP, es mi carta preferida de todo el epistolario. Por alguna razón, ha caído en sus manos el lejano estudio de don Guillermo, *El espíritu del Barroco: tres interpretaciones* (Apolo, 1940), donde este último abordaba ya el origen judío de Góngora, también tratado por el hispanista afincado en Estados Unidos. El autor de *España en su historia* se disculpa por no haberlo tenido en cuenta en su momento y hasta entonces. Es una carta manuscrita y fechada en el Park Hotel de Playa de Aro (Gerona), donde Américo Castro solía pasar el verano a causa de los problemas de salud de su esposa y donde murió el 25 de julio de 1972.[28] La escribe el 17 de agosto de 1968 y en ella hace mención a su pasado trabajo en el Centro de Estudios Históricos, en cuya fundación colaboró en 1910. Reproduzco la carta (anexo 2):

Querido amigo:

Muchas gracias por su amable carta del 5 de este y, sobre todo, por el regalo de sus interesantes y para mí –*me pudet*– libros no tenidos en cuenta. Mi edad avanzadísima y la dura complejidad de mi obra (contra mí arremeten gentes de toda mala laya) son circunstancias que fuerzan a servirse sólo de lo al alcance de la mano y no de todo. En el Centro de Estudios Históricos había un servicio bibliográfico que me socorría; aunque yo entonces leía revistas, cosa ahora casi imposible para mí. De haber leído sus páginas sobre Góngora y Gracián, las habría mencionado, naturalmente. Ya sabía de lo de Gracián, y sobre eso hablé a veces con el P. Miquel Batllori (hay un pequeño detalle documental muy significativo).

Mi escasez de fuerzas-tiempo obliga a reducir incluso la correspondencia. Concentro el interés en el problema España-españoles. ¿Cómo puede todo un pueblo vivir ligado a tanta necia mentira? Fuera de algunas personas muy denodadas, los «profesionales» callan o falsean la realidad. Con Dámaso no cabe ni el diálogo; cree que todo eso son «trapos sucios». En general todos temen a comprometerse. Católicos, judíos (salvo alguna excepción) y marxistas (en bloque) convierten en causa nacionalista o dogmática el mentir sobre los pobres españoles, el único país europeo cuyo nombre les fue tardíamente dado por gente de

28. Aunque hay dudas al respecto y mientras en wikipedia se señala la muerte ocurrida en Lloret (pueblo costero muy próximo a Playa de Aro), lo más probable es que ocurriera en Playa de Aro, donde se alojaba.

fuera, por los provenzales, que nunca dominaron la tierra de España. Para escurrir el bulto, [Joan] Corominas sigue excluyendo el vocablo español en la segunda edición de su Diccionario (Gredos).

Me dicen por varios lados que cierta beatería católica, ligada con algunos judíos y marxistas, pretenden clamorosamente anular mi obra, un gran estorbo para ellos. Perderán una vez más el tiempo. Los ultranacionalistas, partidarios de una España siempre europea (!), no se avergüenzan de hacer españoles (cuando no los había) a Séneca y Trajano. En Francia e Italia se consideraría cosa de analfabetos llamar francés a Carlomagno o italianos a Augusto o a Horacio. Aquí, los intereses creados, la inquisición difusa, mantienen vigentes cosas dignas de intelectuales. Lo que de veras me importa hoy es contribuir a evitar otra matanza ciega, tan bárbara como inútil. Huelga decir que tendré mucho gusto en conocerle personalmente. Con muy alta estima, es suyo cordialmente amigo,

Américo Castro[29]

No sabría decir por qué me siento tan encariñada con esta carta escrita por un hombre de 83 años que mantiene la misma tensión moral con sus paisanos que la exhibida en sus escritos de los años treinta. Y la misma susceptibilidad en cuanto a las objeciones que pudieran hacerse a su obra. Es un hombre en guerra contra el mundo, pero sobre todo contra un españolismo recalcitrante y complaciente que no había profundizado como debería en su propia y compleja identidad histórica. Así lo recuerda José Manuel Caballero Bonald en la semblanza biográfica que le dedica a don Américo (Caballero, 2017: 29-32) y donde el escritor jerezano destaca la extremada autoridad, incluso la rigidez, con la que el hispanista solía opinar en su doble vertiente profesional de historiador y filólogo. En cuanto al contenido de la carta, ya sabemos que don Américo acusaba de mitógrafos a quienes trataban de españoles a las gentes que vivían en la Península antes de que hubiera el menor asomo de un pueblo llamado «español» (una terminación que don Américo considera francesa: «si fuera autóctona sería españuelo»). En su opinión el término surgía a principios del siglo XIII entre los peregrinos del sur de Francia y con él se referían a los dispares habitantes de los reinos cristianos que había que cruzar antes de llegar a Santiago de Compostela.

29. F-GDP/1301.

En todo caso, valgan las dos cartas como muestra de la vida literaria en directo: ideas, afectos, intereses y temores que van y vienen de un lugar a otro, de una ideología a otra, de un método de trabajo a otros. GDP a todos dio cabida en la inmensa humanidad que albergó, tanto en su vida como en su obra. Y las 1881 cartas que permanecen en su archivo, hoy depositado en la Unidad de Estudios Biográficos, son la mejor prueba de ello.

Bibliografía

Amat, J., Bravo, B. y Díaz-Plaja, A. (eds) (2009). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)*. Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat de Barcelona, col. «Vides escrites» - Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona.

Arendt, H. (1974). *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.

Bacherlard, G. (1957) [1965]. *La poética del espacio.* México: FCE.

Bergson, H. (1907), *L'Évolution créatrice*. París: Félix Alcan Ed.

Caballero Bonald, J. M. (2017). *Examen de ingenios*. Barcelona: Seix Barral.

Díaz-Plaja, G. (1978). *Retrato de un escritor*. Barcelona: Pomaire.

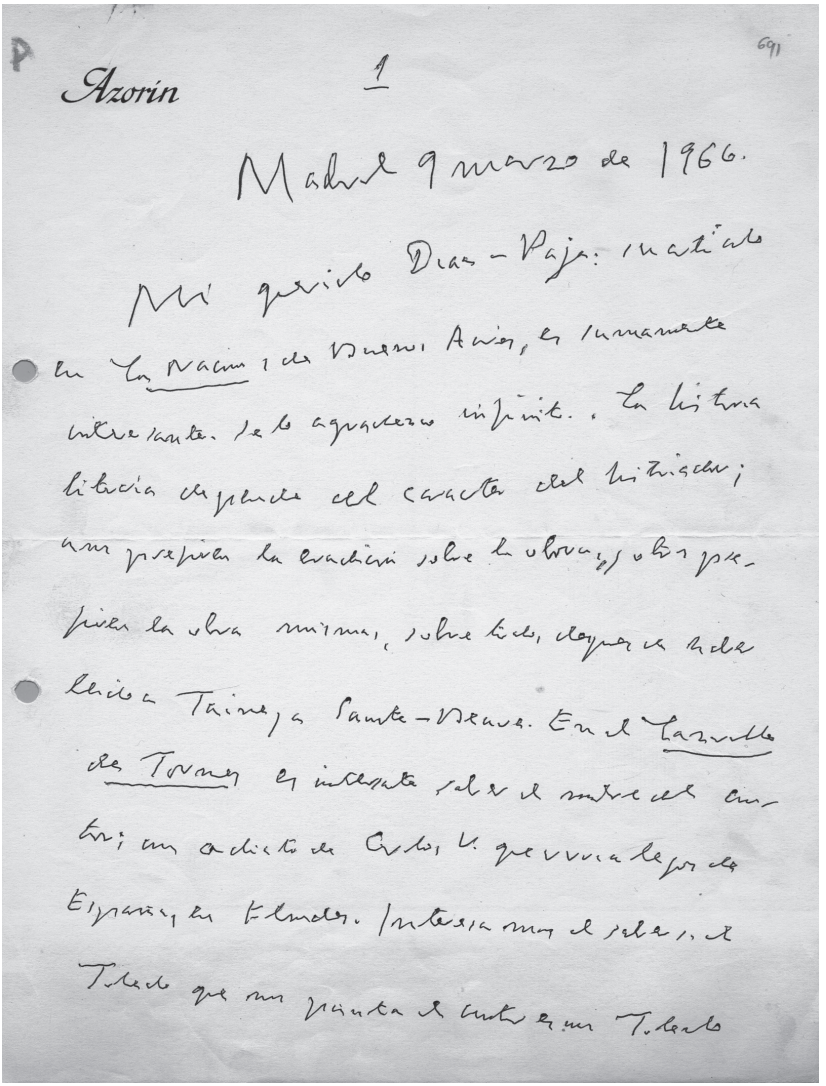
Duhamel, G. (1933). «Remarques sur les mémoires imaginaires». En *La Nouvelle Revue française*, t. XLI, julio-diciembre.

Gaddis, J. L. (2004). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona: Anagrama.

Kundera, M. (1998). *L'Identité*. París: Gallimard.

Tarín Iglesias, J. (1966). *Unamuno y sus amigos catalanes*. Barcelona: Peñíscola.

Anexo 1: Carta de Azorín a Díaz-Plaja (1966)



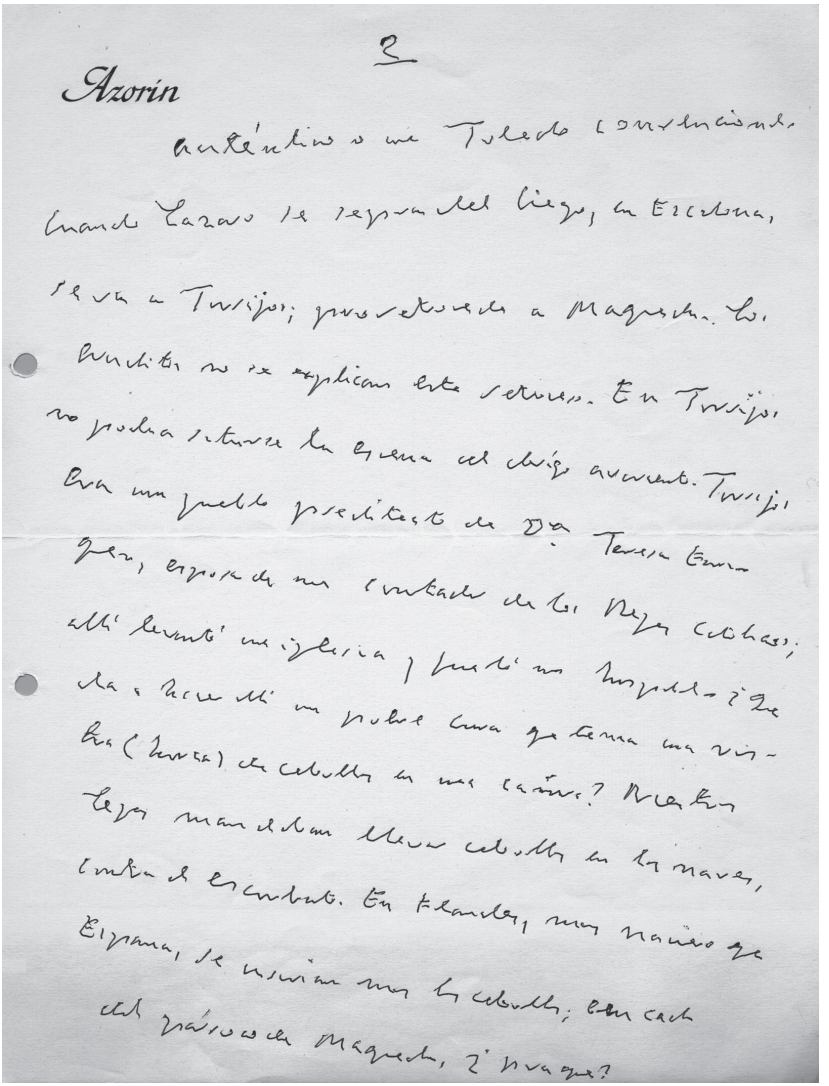
691

Azorín

1

Madrid 9 marzo de 1966.

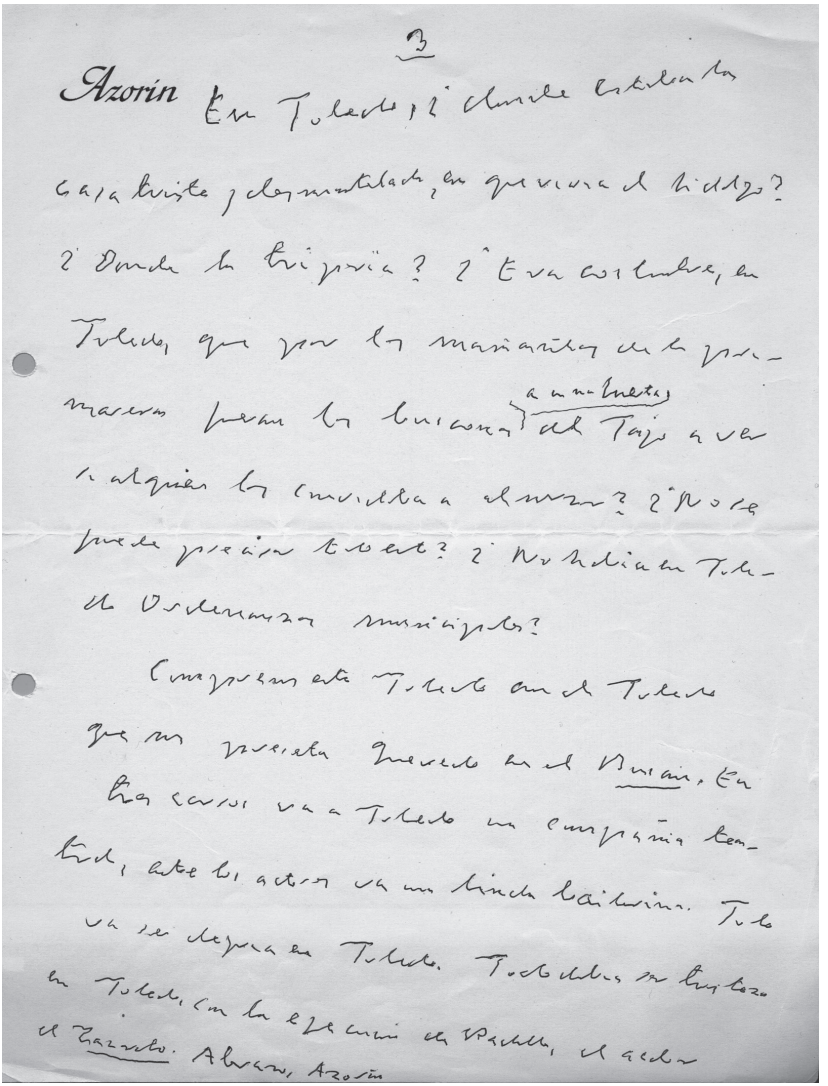
Mi querido Díaz-Plaja: su artículo en La Nación de Buenos Aires, es sumamente interesante. Se lo agradezco infinito. La historia literaria depende del carácter del historiador; unos prefieren la erudición sobre la obra, y otros prefieren la obra misma, sobre todo, después de haber leído a Taine y a Sainte-Beuve. En el Lazarillo de Tormes es interesante saber el nombre del autor; un adicto de Carlos V. que vivía lejos de España, en Flandes. Interesa más el saber si el Toledo que nos pinta el autor es un Toledo



2

Azorín

auténtico o un Toledo convencional.
Cuando Lázaro se separa del ciego, en Escalona,
se va a Torrijos; pero retrocede a Maqueda. Los
eruditos no se explican este retroceso. En Torrijos
no podía situarse la escena del ciego avariento. Torrijos
era un pueblo predilecto de Dª Teresa Enríquez,
esposa de un contador de los Reyes Católicos;
allí levantó una iglesia y fundó un hospital. ¿Qué
da a hacer allí un pobre cura que tenía una vis-
ta (horca) de cebollas en una cañera? Nuestros
Reyes mandaban llevar cebollas en las naves,
contra el escorbuto. En Flandes, muy naciero que
España, se usarían mas las cebollas; en cada
del párroco de Maqueda, ¿por qué?

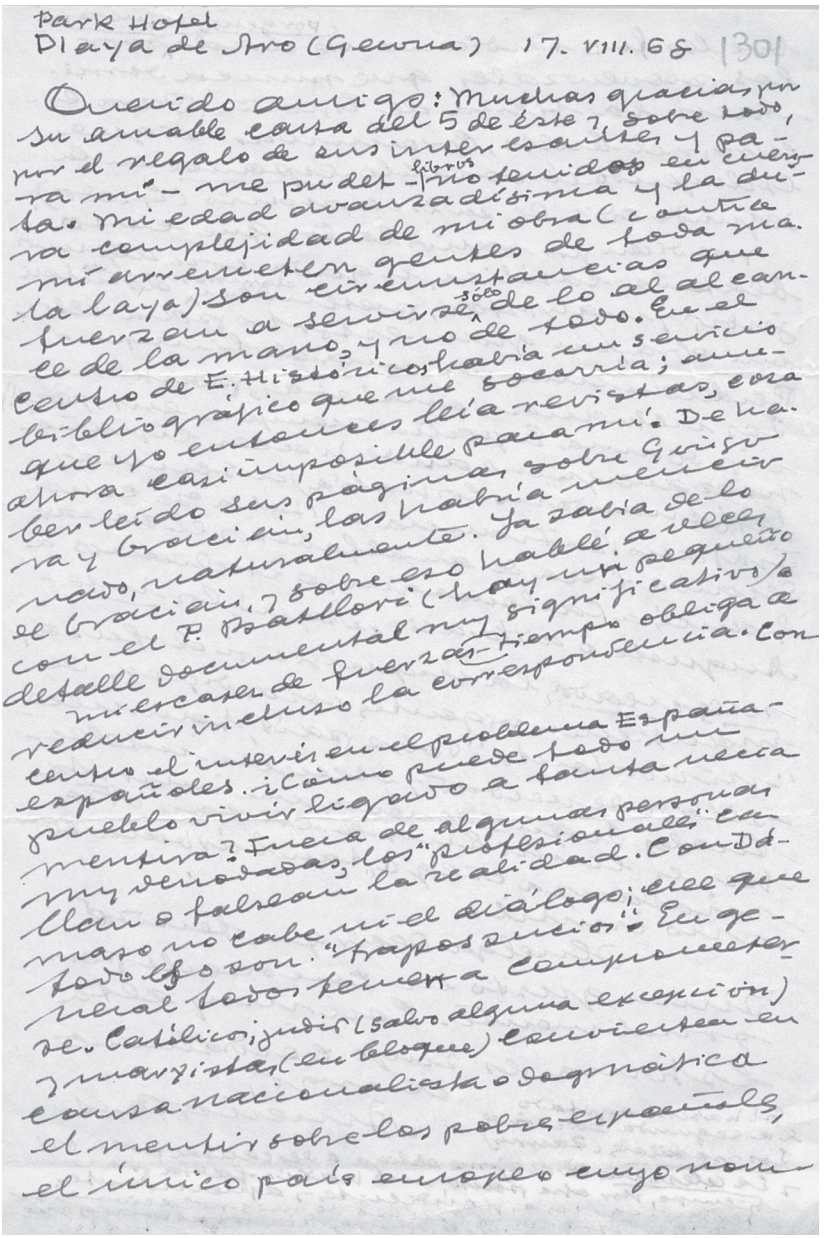


3

Azorín En Toledo, ¿dónde estaba la casa triste y desmantelada, en que vivía el hidalgo? ¿Dónde la tripería? ¿Era costumbre, en Toledo, que por las mañanitas de la primavera fueran los buscones a una huerta del Tajo a ver si alguien los convidaba a almorzar? ¿No se puede precisar todo esto? ¿No había en Toledo Ordenanzas municipales?

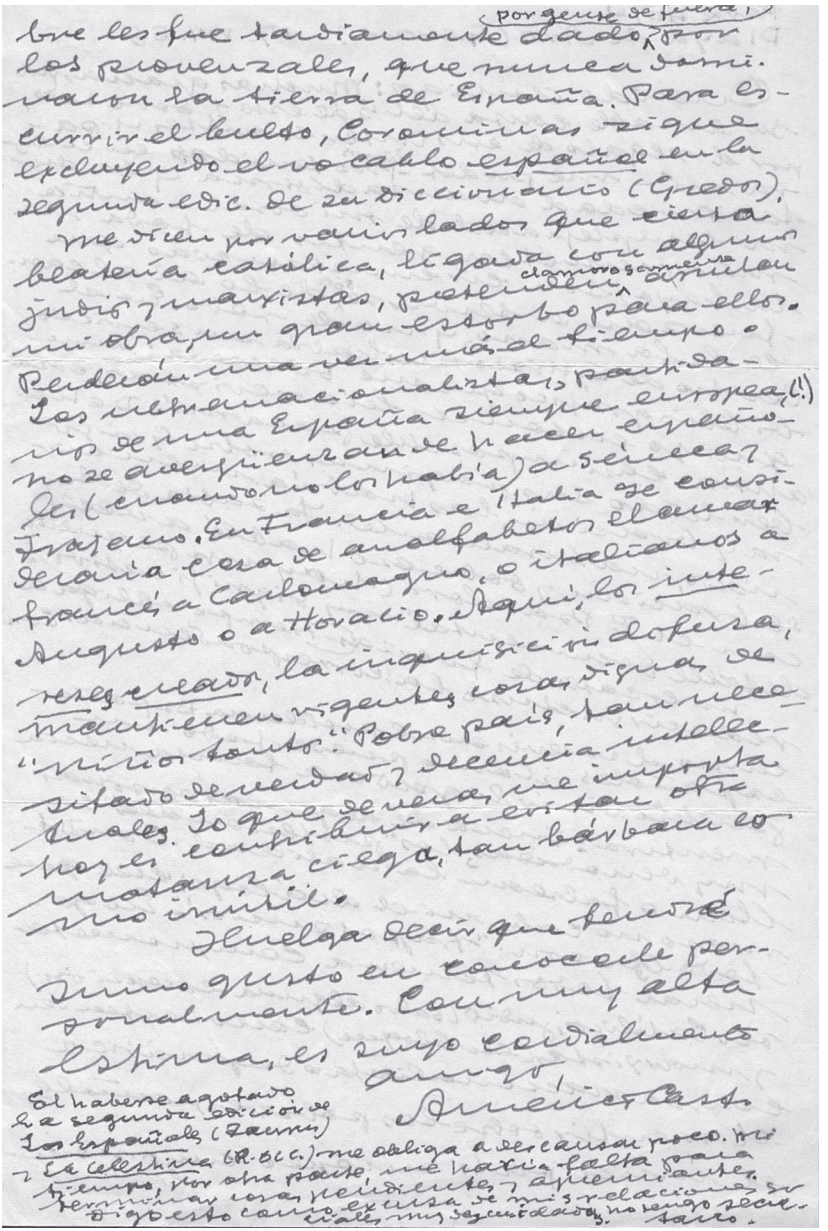
Comprendemos este Toledo con el Toledo que nos presenta Quevedo en el Buscón. En tres actos va a Toledo una compañía teatral, entre los actores va una linda bailarina. Todo va ser degracia en Toledo. Todo debía ser tristeza en Toledo, con la ejecución de Padilla, el acabar el Zazarito. Abrazo, Azorín

Anexo 2: Carta de Américo Castro a Díaz-Plaja (1968)



Park Hotel
Playa de Aro (Gerona) 17. VIII. 68 1301

Querido amigo: Muchas gracias por
su amable carta del 5 de éste y, sobre todo,
por el regalo de sus interesantes y pa-
ra mí – me pudet – libros no tenidos en cuen-
ta. Mi edad avanzadísima y la du-
ra complejidad de mi obra (contra
mí arremeten gentes de toda ma-
la laya) son circunstancias que
fuerzan a servirse sólo de lo al alcan-
ce de la mano, y no de todo. En el
Centro de E. Históricos había un servicio
bibliográfico que me socorría; aun-
que yo entonces leía revistas, cosa
ahora casi imposible para mí. De ha-
ber leído sus páginas sobre Gingo-
ra y Gracián, las habría mencio-
nado, naturalmente. Ya sabía de lo
de Gracián, y sobre eso hablé a veces
con el P. Batllori (hay un pequeño
detalle documental muy significativo) o
mi escasez de fuerzas-tiempo obliga a
reducir incluso la correspondencia. Con
centro el interés en el problema España-
españoles. ¿Cómo puede todo un
pueblo vivir ligado a tanta necia
mentira? Fuera de algunas personas
muy denodadas, los "profesionales" ca-
llan o falsean la realidad. Con Dá-
maso no cabe ni el diálogo; cree que
todo eso son "trapos sucios". En ge-
neral todos temen a comprometer-
se. Católicos, judíos (salvo alguna excepción)
y marxistas (en bloque) convierten en
causa nacionalista o dogmática
el mentir sobre los pobres españoles,
el único país europeo cuyo nom-



bre les fue tardíamente dado (por gente de fuera) por
los provenzales, que nunca domi-
naron la tierra de España. Para es-
currir el bulto, Corominas sigue
excluyendo el vocablo español en la
segunda edic. de su diccionario (Gredos).
Me dicen por varios lados que cierta
beatería católica, ligada con algunos
judíos y marxistas, pretenden clamorosamente anular
mi obra, un gran estorbo para ellos.
Perderán una vez más el tiempo.
Los ultranacionalistas, partida-
rios de una España siempre europea, (!)
no se avergüenzan de hacer españo-
les (cuando no los había) a Séneca y
Trajano. En Francia e Italia se consi-
deraría cosa de analfabetos el amar
francés a Carlomagno, o italianos a
Augusto o a Horacio. Aquí, los inte-
reses creados, la inquisición difusa,
mantienen vigentes cosas dignas de
"niños tontos". Pobre país, tan nece-
sitado de verdad y decencia intelec-
tuales. Lo que de veras me importa
hoy es contribuir a evitar otra
matanza ciega, tan bárbara co-
mo inútil.
Huelga decir que tendré
sumo gusto en conocerle per-
sonalmente. Con muy alta
estima, es suyo cordialmente
amigo,
Américo Castro

El haberse agotado
la segunda edición de
Los Españoles (Taurus)
y La Celestina (R.O.C.C.) me obliga a descansar poco. Mi
tiempo, por otra parte, me hacía falta para
terminar cosas pendientes y apremiantes.
Digo esto como excusa de mis relaciones so-
ciales muy descuidadas, no tengo secre-
tario.

La labor manualística de Guillermo Díaz-Plaja en sus contextos histórico, educativo y didáctico

➤ *Antonio Martín Ezpeleta*
Universidad de Valencia

Son, como mínimo, tres asuntos los que convergen en este trabajo que Ana Díaz-Plaja y Marcelino Jiménez León amablemente me propusieron: educación, manuales de literatura y la tarea de Guillermo Díaz-Plaja, que es mi intención compaginar en la siguiente exposición, la cual persigue trazar un modesto panorama general de la Historia de la enseñanza de la literatura en la primera mitad del siglo xx y la labor manualística de Guillermo Díaz-Plaja.[30] Para no quedarme en la descripción vaga, me detendré en algunos manuales en concreto de Díaz-Plaja, que ya puedo anticipar que me sirven perfectamente a este cometido totalizador. Y es que a mi juicio podría trazarse una división en tres etapas, que coinciden con tres tipos de manuales distintos, y que precisamente completan una imagen bastante representativa de la trayectoria de Don Guillermo como autor de manuales.[31]

30. Algunos de los asuntos que trato en las siguientes páginas han sido anticipados en mis contribuciones inéditas a las reuniones científicas: *II Congreso internacional sobre la enseñanza de la gramática* (Universidad de Valencia, 27-29 de enero de 2016), *VI Congreso Internacional BETA. Conflictos y desplazamientos en las culturas hispánicas* (Universidad de Granada, 13-15 de junio de 2016) y *XIX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Universidad de Münster, Alemania, 11-17 de julio de 2016). Sí he dado a la imprenta un artículo sobre el manual de Primaria *El libro de las palabras* de Guillermo Díaz-Plaja (Martín Ezpeleta, en prensa), del que tomo ideas en este trabajo de conjunto.

31. Sobre el papel de Guillermo Díaz-Plaja en su contexto manualístico (que no *manualero*, como diría malignamente Max Aub), contamos con varios trabajos, como los de Fernando Valls (1983: 91-93, 168-169), José-Carlos Mainer (2003a: 17-38; cfr. también 2006 y el ensayo de Jordi Gracia de 2004), Gabriel Núñez y Mar Campos (2005: 173-215; cfr. del primero 2016) y Juana María González García

Antes de pasar a unas mínimas notas introductorias sobre el contexto educativo e historiográfico-literario, discriminaré estas tres etapas. En primer lugar, llama la atención un manual escolar intitulado *El libro de las palabras*, que es un proyecto que ya se inició en los años treinta pero que se publicó en los años sesenta. Este manual, que ha pasado desapercibido por la crítica especializada, resulta especialmente significativo en la mencionada trayectoria de Guillermo Díaz-Plaja, pues es un manual de lengua dirigido a alumnos de Primaria y, en definitiva, una veta realmente interesante en su trayectoria. La segunda etapa, a partir de los años cuarenta, es la que ve nacer su manual de literatura más importante, que tras varias reediciones y ampliaciones se consolidó con el título de *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*. Ahora se trata de una obra con un público destinatario de alumnos de Bachillerato. Y por último, la etapa que también coincide con la siguiente década, los años cincuenta, que es el momento cuando se publican dos obras muy relevantes: *Historia general de las literatura hispánicas* y *Literatura universal*, en ambos casos se trata de manuales dirigidos a adultos, que querían convertirse en obras de consulta de carácter general y que suponen una temprana apuesta por la corriente crítica del Comparatismo. Pero pasemos ya a esas mínimas notas contextuales prometidas.

Historia de la enseñanza y manuales de literatura del pasado

La todavía muy incompleta Historia de la enseñanza de la lengua y literatura en España no puede olvidar la aportación de Guillermo Díaz-Plaja en sus manuales, en tanto en cuanto, como se tendrá ocasión de comprobar, tuvo una repercusión extraordinaria en toda la Península (y desde donde las exportó a algunos países de Hispanoamérica), e incorporó una serie de estrategias didácticas ciertamente novedosas para la época.[32] Esto cobra especial relevancia si

(2014), entre otros más generales sobre la figura de Guillermo Díaz-Plaja y su obra, como los de Ana Díaz-Plaja (2003) y Anna Caballé, Jordi Amat, Blanca Bravo y Ana Díaz-Plaja en la edición de la correspondencia a Guillermo Díaz-Plaja (VV.AA, 2007). El repertorio bibliográfico de Guillermo Díaz-Plaja más completo es el de Ana Díaz-Plaja, Elvira Roca-Sastre y Leonor Vela (2007).

32. Dejando de lado la todavía incompleta definición de la disciplina, así como de sus bases epistemológicas (entre otros trabajos, véanse ahora las aprecia-

pensamos en la dificultad de encontrar estudios sobre Didáctica de cierto calado en fechas cercanas a los manuales de Guillermo Díaz-Plaja. Los especialistas eran extranjeros, pero ni siquiera eran muy conocidos en España. Es el caso de, por ejemplo, H.B. Adams, Atkins, Bernard, Eckest, Guarnieri o Meillet, que sí podemos documentar que un historiador de la literatura de la época como Ángel Valbuena Prat conocía, puesto que los cita en un alarde didáctico en su inédita memoria de oposiciones a catedrático.[33] Pero no parece que fuera ni mucho menos la norma.

Respecto a la tradición, no era tampoco una gran ayuda, pues los manuales escolares del primer tercio del siglo xx eran tributarios de un tipo de enseñanza decimonónica basada en la preceptiva literaria y no tanto en el estudio de textos. El Plan de Estudios de Sainz Rodríguez de 1938 supuso un cambio importante; ya que fijó el interés en los textos (clásicos *strictu sensu*) y la Historia, corrigiendo la deriva muy retórica del Plan Pidal.[34] Dejando de lado las chapuceras actua-

ciones de Chervel [1991], Guillén Díaz [1999] y Dolz, Gagnon y Mosquera [2009]), sí contamos con trabajos que han comenzado el estudio historiográfico de los manuales escolares españoles, eso sí, con notable retraso respecto de nuestros vecinos franceses o alemanes. Sobre el ámbito de la «gramaticografía didáctica», solo cito los trabajos de Pierre Swiggers (2012) y María José García Folgado y Carsten Sinner (2012), que suponen una suerte de estado de la cuestión. Para el caso de los manuales de literatura, añado a las referencias de la segunda nota al pie del presente trabajo la tesis doctoral de Antonia María Mora (2012), que recorre los últimos treinta años de manuales escolares de literatura; aunque sin asimilar todo el pensamiento teórico-metodológico realizado previamente a los libros de texto de Fernando Lázaro Carreter (sobre su obra, Portolés, 2006), ni de su maestro, José Manuel Blecua (Núñez y Campos, 2005; Martín Ezpeleta, 2014b), ni, en fin, de los más de trescientos títulos de manuales que, entre traducciones y reediciones, ordena Fermín de los Reyes (2010) en su bibliografía en el lapso de tiempo orientativo de la primera mitad del siglo xx.

33. Esta memoria se encuentra en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. (Agradezco al profesor Enrique Serrano la copia de la misma que amablemente me facilitó).

34. El Plan del Bachillerato de Sainz Rodríguez, que arranca en 1938 y termina en 1951, con el Ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz Giménez, ha sido entendido como un retroceso educativo (Valls, 1983: 37-59); aunque lo cierto es que el hecho de que prendieran en las escuelas una serie de mitos nacional-catolicistas o el afianzamiento de unos autores afines al ideario del Régimen franquista, la desaparición de los que no lo eran, y la tergiversación histórica que denuncian Fernando Valls (1983) y Julio Rodríguez Puértolas (2008) se debe más que al Plan de Sainz Rodríguez a la deriva sociopolítica del país. Sobre el papel de las instituciones, y singularmente la Junta de Ampliación de Estudios, son fundamentales los trabajos coordinados por Leoncio López-Ocón (2012 y 2014),

lizaciones de los manuales escolares anteriores que prácticamente no cambiaron más que las portadas y los prólogos, los autores de manuales escolares buscaron el referente de las *Historias literarias* académicas (casi todas extranjeras: Ticknor, Fitzmaurice-Kelly...) y algunos manuales escolares anteriores, singularmente el de Gil de Zárate de 1844, cuya segunda parte subsumía las conclusiones de otros extranjeros como Bouterwek o Sismondi. Pero sobre todo fueron clave los escritos de Marcelino Menéndez Pelayo.

La *Historia de la literatura española* que don Marcelino nunca escribió la prepararon por él Juan Hurtado y Ángel González en 1921, y esta obra tuvo una gran repercusión en los manuales escolares. Y es que los esforzados autores brindaron en esta *Historia literaria* la ordenación más completa hasta el momento del canon nacional que incorporaba también las conclusiones del Centro de Estudios Históricos dirigido por Ramón Menéndez Pidal.

Pues bien, ubicándonos ya en la época denominada de la posguerra, donde se incluye el grueso de la producción manualística de Guillermo Díaz-Plaja, existe una tendencia muy extendida a pensar que después de la Guerra Civil y con la remodelación –digámoslo así– de las cátedras universitarias se tendió a modificar los modos utilizados por la tradición de la Historiografía literaria española. Sin embargo, como José-Carlos Mainer advirtió claramente (1981), el fundamento liberal de los manuales no se vio tan afectado. Es cierto que hubo algunas *Historias literarias* que incluyeron un proselitismo nacionalista hiperbólico, llegando a veces al ridículo al comparar, por ejemplo, a Franco con el Cid (lo hace el fascista y genial Ernesto Giménez Caballero en sus manuales de Bachillerato *Lengua y literatura de España* de 1940: «Pues, como el Cid, salió de Burgos para combatir a los invasores rojos u orientales: amando su hogar y su religión, y peleando por la unidad y la independencia de su patria [...]» [1940-1949, I: 29-30]).[35] Estos exabruptos no suelen ser más que anécdotas que el interesado podrá encontrar en los estudios y anto-

entre los que se incluye el citado e interesante de Juana María González García (2014) sobre el contexto institucional de los manuales de Guillermo Díaz-Plaja. Añádase, en fin, para completar este panorama alguna obra de conjunto como los clásicos de Antonio Jiménez-Landi (1996, vol. 3), Antonio Molero Pintado (1994, vol. 4), la tesis de Alejandro Mayordomo sobre la Educación Primaria en el primer tercio del siglo xx (1978) o, más recientemente, Manuel de Puelles Benítez (2010).

35. Los manuales *Lengua y literatura de España* de Gecé son, pese a lo que pudiera parecer, una obra de gran mérito, donde plantea y desarrolla importantes ideas didácticas (Martín Ezpeleta, 2014a).

logías de Fernando Valls (1983) o Julio Rodríguez Puértolas (2008); pero no fueron la norma.

Desde el punto de vista teórico-metodológico, no hubo cambio alguno respecto a las etapas anteriores a la Guerra Civil, pues el planteamiento del *Volksgeist* o espíritu de los pueblos era hegemónico. Y tampoco en la conformación de un canon de autores que desde Menéndez Pelayo, sin perder de vista su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), había quedado más bien fijado, según he explicado. Recordemos que esta tesis herderiana del *Volksgeist* abogaba por la idea de que los pueblos tienen unas características definitorias (un carácter nacional), que precisamente imprimen en todas sus creaciones artísticas de valor. Tamaña hipótesis conviene relacionarla con esos tiempos inflamables del Romanticismo, y especialmente los estudios preparados por extranjeros obsesionados por el pintoresquismo español que comenzaron a crear un canon nacional en un doble camino metodológico inductivo y deductivo, acechado también por el Efecto Pigmalión.

Como notas diferenciadoras respecto a estos manuales anteriores, se suele hablar del canon que matizó el Franquismo con la incorporación de algún autor adepto al Régimen (José María Pemán al lado de Pedro Salinas; el narrador Juan Antonio Zunzunegui en detrimento de un desconocido Max Aub o Ramón J. Sender...; veremos algún ejemplo en esta línea más adelante), y a veces minusvalorando el valor de autores poco afines al ideario nacionalcatolicista, como podría ser el caso paradigmático de los escritores de la Generación exiliada del 27 o las ideas del proscrito Américo Castro (por mucho que fuera el alumno aventajado del Menéndez Pelayo de las *Historia de los heterodoxos*; por cierto, se le hizo un flaco favor a don Marcelino aupándolo torticeramente como referente de ese nacionalcatolicismo, aún hoy carga con esa cruz). Pero no son tantos casos como tiende a pensarse, por mucho que haya ejemplos muy llamativos.

Con todo, aquí cabe tener en cuenta otro asunto, que creo que encaja perfectamente con la tesis de Jordi Gracia (2004), y es que algunos autores que publicaban en el Franquismo debían ingeniárselas para, además de ser perdonados en ocasiones por no abanderar causas ajenas o directamente empuñar un fusil, superar la censura. A veces se puede hablar hasta de una autocensura, que dice mucho de esos tiempos en los que tuvo que saber vivir y publicar Guillermo Díaz-Plaja, que ha sido criticado por uno y otro bando. Pero el hecho es que nuestro autor ni mucho menos tuvo una vida cómoda en

esos años tan convulsos, y que tampoco pecó de insensible para con sus compañeros de generación, como lo muestra su correspondencia privada, en la que se dan cita tanto autores exiliados, tal el caso de Juan Ramón Jiménez, Max Aub o Américo Castro, como profesores mimados por el Régimen, entre los que se incluyen Joaquín de Entrambasaguas o los citados Ernesto Giménez Caballero y José María Pemán, entre otros (VV. AA., 2007).

En fin, por lo demás, las *Historias literarias* que se desmarcaban ligeramente de estos presupuestos teórico-metodológicos del carácter nacional, como la *Historia de la literatura española* del citado Ángel Valbuena Prat (publicada en 1937, aunque no completada hasta 1968) o las escritas extramuros de España por Ángel del Río (1948) y por los *outsiders* Juan Chabás (1952) y Max Aub (1966), encontraban inspiración en las nuevas corrientes crítico-literarias, como singularmente el Formalismo, aunque también el Marxismo, la Sociología de la literatura o el Comparatismo. Estas corrientes críticas estaban ofreciendo un punto de vista muy distinto al omnipresente del carácter nacional y la explicación de la Historia de la literatura española basada en la Historia política de España y aderezada con algunas notas chovinistas.

Pero es que las teorías idealistas de Benedetto Croce o Karl Vossler, que popularizaron como es bien sabido Amado Alonso y Dámaso Alonso para el caso español, eran no solo corrientes críticas en boga que influyeron en la Historiografía literaria; sino un descubrimiento definitivo para la enseñanza de la literatura: el método del comentario de texto, que nació legislativamente con el Plan Rubio García-Mina de 1957 y fue consolidado por el denuedo de filólogos como Rafael Lapesa o Fernando Lázaro Carreter. Pero antes de estos, falta una generación: la de José Manuel Blecua y Guillermo Díaz-Plaja, que tuvieron muchos puntos en común.

De los dos hay que señalar que cimentaron con muy pocas diferencias las bases de los modernos manuales escolares, que parten de una misma premisa: sus manuales no persiguen enseñar literatura, sino enseñar a leer. Y para esto último, es preciso, más que estudios contextuales y fatigosas nóminas de autores secundarios, acercar los textos literarios, que, primero en antologías, y luego en los propios manuales, se reproducen para facilitar que las clases de Literatura se dividan, como mínimo, en una parte teórica y otra práctica, la lectura y análisis de los textos. Sin ir más lejos, los dos autores fueron responsables de obras dirigidas a estudiantes de Bachillerato que querían servir de modelo para comentar textos literarios, como son

la participación de Blecua en la obra colectiva *El comentario de textos* (1973), la de Díaz-Plaja en otra no demasiado alejada como fue la coordinada por Lázaro Carreter *Literatura y educación* (1974) y varios volúmenes del propio Díaz-Plaja, como, por ejemplo, su *Comentario de textos de la literatura española* (1953, 1971...).

Pero además de esto último, es curioso comprobar cómo ambos autores siguieron un camino muy parecido al partir en sus respectivas trayectorias de manuales generales de Preceptiva en los años treinta (los que exigía el Plan Pidal) y luego manuales generales de Historia de la literatura española (en el 39 Díaz-Plaja publicaba en dos volúmenes su *Síntesis de la literatura española*, y en el 42, también en dos volúmenes, Blecua hacía lo propio con su *Historia de la literatura española*). En una segunda fase, prepararon importantes antologías de la Literatura española: varias de Blecua en la colección de Clásicos Ebro; pero especialmente una escolar intitulada *Textos literarios*, de 1958, año en que apareció también el primer volumen de los cuatro que componían la antología más importante de Díaz-Plaja, su *Antología mayor de la literatura española* (1958-1961). Y luego se observa que en ambos casos estas obras se funden y confunden con sus respectivos manuales, dando lugar a auténticos libros de texto siguiendo la terminología moderna, tan cercanos en el fondo como en el título, como son la *Historia y textos de la literatura española* de Blecua (1951), y la *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos* de Díaz-Plaja (1942 y reeditada y actualizada bajo ese título hasta 1958).

En este punto, hay que referir los tres ejes del proyecto educativo de Guillermo Díaz-Plaja, que él mismo dejó claros al diseñar la colección de textos literarios para Enseñanza Media que impulsó en la editorial barcelonesa La Espiga. Esta se estructuraba en tres series: antologías, tratados y clásicos. Es decir, que dos de las tres series estaban destinadas a facilitar el acceso de los textos literarios a los más jóvenes. Se seguía así, además, el camino ya emprendido por los historiadores de la literatura francesa, que tanta repercusión tienen en la Historiografía literaria española, con un Gustave Lanson a la cabeza, que había dejado atrás los excesos nacionalistas de su maestro Ferdinand de Brunetière para avanzar en torno a unos manuales que apostaban más por el análisis exegético de las obras que por el entramado histórico.[36] Lo explica claramente el propio

36. Sobre estos asuntos me extiendo en mi monografía *Las «Historia literarias» de los escritores de la Generación del 27* (2008).

Díaz-Plaja en el prólogo de su *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*:

> Ningún resultado positivo puede extraerse de los estudios histórico-literarios sin la lectura directa de los autores estudiados. Los pequeños fragmentos intercalados en este libro sirven solamente de ejemplo mínimo, que corroboran las afirmaciones que en él se contienen, pero no ahorran en modo alguno la lectura directa y ampliada de los textos literarios. ¿Adónde acudiremos, pues, para leer los escritores antiguos? Existen, al efecto, colecciones de clásicos. He aquí las más importantes: [...]. (1946, I: 7)[37]

Guillermo Díaz-Plaja, autor de manuales

Pero centrándonos ya en la producción manualística de Guillermo Díaz-Plaja (Manresa, 1909-Barcelona, 1984), conviene tener presente que este eminente filólogo catalán, profesor de literatura de instituto y universidad (en tiempos tan aciagos para la justicia, no le dejaron consolidar una cátedra en la Universidad de Barcelona), publicó, entre muchos y muy valiosos trabajos filológicos (sobre el Romanticismo, la Generación del 14...), un número muy elevado de manuales de lengua y literatura destinados a ámbitos escolares. Así, contando también las antologías escolares, son más de veinte los títulos, y teniendo en cuenta las reediciones la cifra supera ampliamente el centenar.

En fin, la aproximación al cotejo que he realizado de los muchos manuales que publicó Guillermo Díaz-Plaja muestra las deudas evidentes entre ellos, cuando no la reedición sin apenas modificaciones, a pesar del cambio de título. No era ni mucho menos una práctica extraña en la manualística española. Si a esto añadimos la costumbre de muchos profesores que imprimían sus prontuarios

37. Un poco más adelante, añade con relación a los textos antiguos: «Los textos literarios de la Edad Media tienen dificultades de léxico que no hemos de soslayar. Conviene, pues, que el estudioso lea estos textos en ediciones con notas que aclaren el significado de las palabras confusas. De algunas obras hay, también, versiones al castellano moderno. Así, del *Poema del Cid* hay una edición moderna en prosa de Alfonso Reyes [...]» (1946, I: 8). Estas recomendaciones las hace para cada una de las épocas de la Historia de la literatura española hasta el Barroco en el primer volumen (1946, I: 7-10), y del XVIII al XX en las primeras páginas del segundo (1946, II: 5-7).

académicos conformando libros de texto para su público reducido de alumnos, podemos entender el auténtico *boom* editorial de esta época (Reyes, 2010). Por lo demás, estos manuales reeditados y mínimamente actualizados en muchas ocasiones (los estelionatos o autoplagios son constantes, claro) servían al doble fin con que habían sido preparados: facilitar un manual que ayudara a estudiar a los alumnos y, por supuesto, procurar unos pequeños ingresos extra a los no demasiado bien asalariados docentes.

En la correspondencia editada de Guillermo Díaz-Plaja, se puede encontrar información, por ejemplo, de los proyectos iniciados por editoriales como Barna, donde se publicó la *Historia general de las literaturas hispánicas*; un proyecto que no terminó de cuajar del sello editorial Partenón, a propósito del cual le pregunta José Camón Aznar: «¿Quieres hacer una *Historia de la literatura española*? Si aceptas –cosa que para mí sería la mayor satisfacción–, indícame el tamaño que tú creas más conveniente, aunque nosotros preferiríamos el de un manual extenso» (2007: 61; 23.3.1939); o indiscretas referencias de cómo se pagaba este trabajo intelectual un tanto mercenario.[38]

Pues bien, la repercusión de estos manuales en general fue muy desigual, según apuntaba; pero en el caso de los manuales de Guillermo Díaz-Plaja fue extraordinaria, tirando numerosas ediciones de sus manuales. Resulta realmente complicado trazar el *stemma* de todos estos manuales, ya que muchas ediciones no se encuentran, lo que a veces invita a pensar que, como no era tampoco extraño que se hiciera, los pies de imprenta no siempre fueran exactos.

Desde otro punto de vista, podríamos decir que algunos autores, como es el caso de Guillermo Díaz-Plaja, fueron completando sus manuales toda su vida, pues siempre hay una obra matriz que se va reelaborando ligeramente. Para el caso de la literatura, y sin ánimo alguno de exhaustividad esta vez, nuestro autor fue el responsable de títulos como: *Síntesis de la literatura española, con nociones de literatura universal* (1940), *Teoría e historia de los géneros literarios. Lengua española y literatura* (1940), *Curso general de literatura: universal y española* (1941), *Manual de métrica y composición literaria* (1948) o, entre muchos

38. Explica, por ejemplo, el otro autor de manuales de la época imprescindible, el citado José Manuel Blecua, en carta del 24 de marzo de 1939, sobre su obra por encargo *Literatura española moderna y contemporánea* (1937) que es remunerada de forma «indecorosa». Y el mismo autor también da cuenta de los «50 duros» por libro editado que le paga la Editorial Clásicos Ebro (donde Blecua publicó el manual citado no carente de interés) animando a su amigo Guillermo Díaz-Plaja a que colabore en esa tarea si le apetece (2007: 55-56).

otros, *Prácticas de lenguaje y de lectura* (1948), que fueron utilizados por numerosas generaciones de estudiantes de la posguerra.

Para ilustrar este proceso, pensemos, por ejemplo, en el citado manual *Síntesis de la literatura española*, que fue publicado en dos volúmenes en 1939 por la barcelonesa Librería Castells, pero que tuvo una segunda edición un año después a la que se añadió la coda al título citado «con nociones de literatura universal», y que ya publicó en la que sería su editorial de referencia para la mayor parte de sus manuales, la doméstica editorial La Espiga. A partir de aquí la obra se publicó con más o menos modificaciones bajo nuevos títulos: *Curso general de literatura. Universal y española*, *Historia de la literatura universal y española* o, entre otros, el muy reeditado *Historia de la literatura española encuadrada en la universal*. Sin embargo, la versión de este manual que se concentraba solo en la Historia de la literatura española, y no tanto en sus relaciones con la universal, como era el título que se imponía desde las cátedras universitarias (*Historia de la literatura española en sus relaciones con la universal*), se consolidó como *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*, publicada en dos volúmenes en 1942.

Pero es que si pensamos en el camino posterior de esta *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*, que es uno de los manuales que luego analizaremos, ya encontramos una segunda edición en el 43, esta vez en un solo volumen, que convivió con la de dos volúmenes más extendida. Se publicaron hasta una docena de ediciones más, que convivieron con otra media docena de ediciones para Argentina (donde se matiza: «Texto adaptado a los nuevos programas de quinto año de los colegios nacionales y liceos de señoritas, cuarto y sexto año de las escuelas normales. Primera edición argentina al cuidado del Profesor Doctor Ángel Mazzei»), a las que se unió una antología *ex professo, Lecturas seleccionadas de escritores clásicos españoles para servir de complemento al estudio de la «Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos»* en 1956. A partir de la década de 1963, se localiza otra obra muy cercana: *Literatura hispánica contemporánea a través de la crítica y de los textos*, que quiere poner el acento en la incorporación de la literatura hispanoamericana al manual, en detrimento de la literatura anterior al XVIII (hubo hasta cinco ediciones). En este sentido, cada edición se anuncia como una gran ampliación, con fórmulas como «Edición muy reformada e ilustrada con gráficos y mapas» o «Edición muy transformada y profusamente ilustrada»; aunque lo cierto es que, a excepción de la incorporación de textos literarios o estas ilustraciones prometidas,

las obras no varían demasiado. En fin, creo que es bien representativo este ejemplo de la extraordinaria difusión de los manuales de Guillermo Díaz-Plaja.

Respecto a los manuales de lengua, el primero de ellos lo preparó nuestro autor en colaboración de Manuel de Montoliu, que por su parte ya había tentado el género (véase el estudio de Emiliano Battista, 2011, sobre su gramática escolar), y llevaba por título *El lenguaje: su gramática en dos volúmenes* (1935). A esta obra, hay que añadir otras que no distan demasiado del espíritu didáctico de la misma, incluso cuando se añade la materia literaria también: *El lenguaje: lengua española y literatura. Primer curso* (1940) o *Teoría e historia de los géneros literarios. Lengua española y literatura. Cuarto curso* (1940). En fin, por no abrumar con tantos otros títulos, solo unos pocos más: *Historia del español: la evolución del lenguaje desde sus orígenes hasta hoy* (1941), *Prácticas de lenguaje y de lectura para los tres primeros cursos de Bachillerato* (1942), *La frase. Segundo curso de Bachillerato* (1970) y, entre no pocos más, el que en esta ocasión vamos a analizar, *El libro de las palabras* (1963), el único destinado a un público de Primaria y no de Secundaria o universitario.

Según queda dicho, la mayor parte de estos manuales se publicaron en la barcelonesa editorial La Espiga, que pese a su relativa modestia tiró muchas ediciones y de una calidad muy notable; puesto que conforme fue pasando el tiempo cada vez incluían más ilustraciones. La repercusión, pues, de los manuales de Guillermo Díaz-Plaja fue verdaderamente importante. Pero prosigamos ya deteniéndonos, tal y como prometíamos, en el análisis detallado de alguno de estos manuales que juzgamos especialmente representativos.

Un manual de lengua para alumnos de Primaria. *El libro de las palabras*

Este manual, que fue publicado como tal en 1963 por las editoriales gerundense y madrileña Dalmáu Carles y Pla, es el único que se registra en la enorme bibliografía de Díaz-Plaja destinado a un público de Educación Primaria y no Secundaria, por mucho que presente evidentes concomitancias con otros como los preparados en colaboración de Montoliu (1935) o *El lenguaje. Gramática, ejercicios, lecturas* (1935), donde es fácil localizar fragmentos literales. En este punto hay que tener en cuenta, más allá de prácticas profesorales y editoriales apuntadas, que Díaz-Plaja cargaba a sus espaldas mu-

chos años de práctica docente y miles de páginas de manuales publicadas. Esto puede ayudarnos a darnos cuenta de que lo que tenemos entre manos es también una obra más madura, que nos presenta las ideas de nuestro autor sobre la primera formación lingüística de niños de tan solo seis años.

Subtitulado *Gramática vital para la Escuela Primaria. Primer curso*,[39] este poco conocido manual debía regirse por la Ley sobre Educación Primaria de 1945, que partía de una ideología nacionalcatolicista, pues, según se afirma explícitamente en la misma, «se supedita la función docente a los intereses supremos de la Patria» (BOE, 1945: 386). Me he extendido en otro lado sobre este asunto (Martín Ezpeleta, en prensa) destacando cómo Díaz-Plaja sabe vencer la censura con un guiño nacionalcatolicista en las primeras páginas de su manual que nada tienen que ver con el resto de la obra: «Las palabras son un regalo de Dios. [...] Con ellos [los cuatro idiomas que hay en España] se reza a Dios y se da gloria a España» (1963: 5).[40] *El libro de las palabras* no se caracteriza por ningún tipo de adoctrinamiento, sino por tener un claro objetivo educativo: iniciar a los niños en la reflexión metalingüística y acercarles algunos tecnicismos de la disciplina de la Morfología, que en sucesivos cursos terminarán de asimilar y aprender.

En efecto, todo se basa en una aparente ingenua reflexión provocada a partir de la lectura de textos de naturaleza diversa (en su mayor parte pertenecientes a registros coloquiales y reflejando actos de habla cotidianos y cercanos a los niños), que se condensa en la idea de que en la lengua todas las palabras no son iguales, y que estas forman parte de un sistema complejo y apasionante que están empezando a descubrir. Así, el planteamiento desde el punto de vista didáctico es irreprochable, pues se parte de la realidad para construir

39. No he localizado ningún segundo curso de *El libro de las palabras* o manual de Gramática para el segundo curso de Primaria. No descarto que exista, pero no aparece como tal en las bibliografías del autor. Acaso sea esta una de las sorpresas que nos depara el nuevo catálogo del Fondo Guillermo Díaz-Plaja proyectado.

40. Afirmaciones como esta no son en absoluto extrañas, sin embargo, en los manuales escolares de la época, que flirteaban en muchas ocasiones con la catequesis, siguiendo preceptos didácticos tan disparatados como los recogidos en la *Introducción a la didáctica del idioma* de Adolfo Maíllo (1960). Sobre esta obra, véase el estudio de Hanna Martens y José Soto Vázquez (2012) y confróntese con otros trabajos como los de Miguel Lacruz Alcocer (2000), Alejandro Tiana Ferrer (ed. 2000) y Carlos Sánchez-Redondo Morcillo, que ayudan a contextualizar muchas malas prácticas docentes de la época.

la reflexión metalingüística, que precede a la presentación de unos pocos tecnicismos. Y todo se lleva a cabo, además, siguiendo los postulados que hoy relacionamos con la Pragmática, y arrancando de situaciones y actos de habla cercanos y reales. El propio Guillermo Díaz-Plaja afirmó en una ocasión que «el estudio de la gramática debe ser una etapa secundaria al estudio del lenguaje [...], caminar de lo vivo a lo artificial, de lo próximo a lo lejano, del Lenguaje a la Gramática» (Díaz-Plaja y Montoliu, 1935, I: 5), algo que formaba parte del ideario de la Institución Libre de Enseñanza.[41]

Este es ni más ni menos que el espíritu de la moderna educación lingüística, que aboga por continuar la formación que se ha iniciado en la etapa infantil desde un punto de vista holístico, y que atraviesa aspectos de otros niveles formativos del intelectual-cognitivo, como, por ejemplo, el social-relacional, así como por la obsesión por construir pragmáticamente el conocimiento lingüístico desde el descubrimiento de lo cercano y útil.[42] Esto claramente nada tiene que ver con el grueso de los manuales de gramática escolar, que desde la Ley Moyano habían sido cortados según el patrón irrenunciable de los Compendios y Epítomes de la Real Academia Española, y que habían dado como resultado la fría descripción de la lengua española, que partía de la teoría para concluir en el refrendo de los ejemplos.[43] Este tipo de manuales se pueden encontrar hasta el último tercio del XX, que es cuando hemos de ubicar *El libro de las palabras* (ya hemos insistido en que su germen se podría relacionar con el manual que

41. En su *El lenguaje. Lengua española y literatura* (la sexta edición que manejo es de 1941, publicada por la editorial barcelonesa La Espiga), resume las características de un manual de gramática escolar en que se parta de la realidad y que sea sencillo y atractivo, que recuerdan a las conclusiones vertidas en un ensayo de *La ventana de papel*, donde se lee: «El gramático, por tanto, no puede dividir el lenguaje según una norma rígida que excluya las formas vivas inadaptadas, sino que el primero de sus esfuerzos debe dirigirse al lenguaje como ente vivo, para arrancarle sus constantes científicamente. Con ello queda patente la necesidad de explicar –y explicarse– el lenguaje, antes que la Gramática» (1939: 178).

42. Cito ahora solo dos trabajos relevantes: el estudio de Anna Camps sobre la enseñanza de la lengua en Primaria (1986) y la teoría de los niveles de aprendizaje de Miguel Ángel Zabalza (2002).

43. Como Gema Belén Garrido Vílchez (2012) ha demostrado, estos opúsculos no iban mucho más allá de la mera poda de aspectos contenidos en la *Gramática* de la Academia de 1854, resultando, pues, un texto científico de nuevo, poco apropiado para ser empleado a la letra por los alumnos de los niveles de Primaria y Secundaria. Sobre los orígenes de las gramáticas escolares, es fundamental la monografía de María José García Folgado (2013).

preparó con Montoliu en 1935), que claramente apuesta por una reflexión en torno al lenguaje para que, al hilo del desarrollo de las destrezas lingüísticas, vaya preparando el estudio de la gramática, que nunca se reduce a la mera clasificación de aspectos descriptivos.

Respecto a la organización de la materia en *El libro de las palabras*, hay que explicar que se articula en veinte lecciones, cada una de las cuales suele contener una estructura semejante: varias lecturas (coloquiales y propias del ámbito de los alumnos, además de alguna perteneciente al folclore, especialmente adivinanzas o canciones, como veremos); un par de ejercicios de completar palabras o frases; así como otras tareas relacionadas con preguntas de comprensión lectora y creación de textos escritos, pero también orales, que llama el autor «Conversación». Es curioso observar cómo cada lección introduce un asunto gramatical, que no define como tal hasta el final, cuando bajo el epígrafe «Segundo curso» anticipa la teoría que se estudiará.[44]

Además, todas las lecciones tienen un par de hilos conductores temáticos, que son las estaciones del año, que se van estudiando conforme va avanzando el año académico (otoño, invierno, primavera y verano), las profesiones (pescador, molinero...) y el espacio del aula y los compañeros. Cabría añadir también toda la información folclórica apuntada, que es mucha: canciones, adivinanzas (muy frecuentes), cuentos... Y conviene también tener presente que las lecturas del manual –que debemos pensar redactadas por el propio Díaz-Plaja– suelen simular un registro oral e introducir elementos muy cercanos y del gusto de los niños, como los animales o los útiles de la escuela como el compás, el sacapuntas, la goma, el cuaderno y el lápiz, que conversan en un original diálogo: «¡Ay! Mi dueño me trata tan mal. Me compró grande y ahora me he vuelto pequeño. Y todo por culpa del maldito sacapuntas [...]» (1963: 8-9). Por lo demás, el texto se enfatiza en negrita y cursiva, así como variando el tipo de letra y el tamaño de manera constante, favoreciendo, claro, la jerarquización de la información y la facilidad de fijar mnemotécnicamente los tecnicismos, que por norma van siempre en negrita o mayúsculas. También se incluyen algunos cuadros y sencillos esquemas para ordenar la información de manera visual.

44. Este es un ejemplo que muestra la concisión, pues esta es toda la teoría gramatical de la lección, que ha sido trabajada en varias actividades en las páginas anteriores: «Los nombres que sirven para todos los seres u objetos se llaman ***comunes***. / Los que solo sirven para uno solo se llaman ***propios***. / Los nombres propios se escriben con ***mayúscula***» (1963: 13; la afectación del texto es siempre del autor).

Lo cierto es que el libro no tiene apariencia de una gramática, por escolar que sea; sino de un libro con amenas lecturas con el claro destinatario de niños. Las notas técnicas son un complemento muy ligero a los ejercicios y juegos que se programan con especial cuidado de graduar su dificultad y divertir mientras se aprende: *prodesse et delectare* o, en la jerga actual, ludificación o gamificación. Tan solo puedo señalar ahora un par de ejemplos que ponen de relieve que Díaz-Plaja está por el buen camino pedagógico y didáctico. Así, llama positivamente la atención la ordenación en «Palabras, sílabas, letras» (1963: 18) y no al revés; los muchos juegos escénicos –más nombrados hoy en día como *role playing*– que invitan a los niños a explicar su estancia en un viaje, el regreso de un conocido, etcétera (1963: 25...); o, en fin, la actividad «Hagamos un diccionario» (1963: 14), que, entre otros ejercicios de similar jaez, no puede estar más alineado con consignas actuales como trabajo autónomo, cooperativo, dinámica de grupo o aprendizaje significativo.

Pero dejo para el final un último ejemplo delicioso: las definiciones de algunos tipos de palabras, que son auténticas metáforas o greguerías tan ilustrativas como bellas: «El acento es el martillo de la voz» (1963: 22); «El artículo es un enanito que va delante del nombre» (1963: 33) y que «nos avisa del género y número del nombre» (1963: 35), así como de «si conocemos o no el ser o a la cosa que viene detrás» (1963: 36), es decir, la diferenciación entre el artículo determinado y el indeterminado; o, en fin, todavía más plástico: «El adjetivo es el criado del nombre», afirmación que viene acompañada de un dibujo que presenta a un gran noble compuesto con las letras contenidas en la palabra *nombre*, y que está precedido de un enanito bajo el cual reza *artículo* y seguido por otro personaje de mediano tamaño, el *adjetivo* (1963: 39).

En fin, queda claro el talante de esta obra, realmente novedosa para la época, como lo testimonia el propio Díaz-Plaja en su texto autobiográfico *Memoria de una generación destruida (1930-1936)* (1966), donde nos cuenta su paso por el Instituto Jaime Balmes y las acertadas decisiones en materia pedagógica y didáctica que valientemente tomó, adelantándose no poco a lo que la moderna educación lingüística promulga:

> Cuando yo llegué a mi cátedra del Instituto Jaime Balmes, en 1935, mi antecesor –por otra parte, excelente y bien preparado hombre de letras– llevaba muchos años abrumando a sus alumnos (entonces,

prácticamente todos los de Barcelona debían pasar por su tribunal) con una gramática de difícil terminología y con una literatura excesivamente presidida por el gusto neoclásico. Una materia, pues, que debe ceñirse a ser norma expresiva y orientación estética, se había convertido en las horcas caudinas del Bachillerato. Cuando inicié mis ediciones gramaticales (*El Lenguaje*, 1935) algunos profesores dijeron: «¡Pero si esto son libros para la Enseñanza Primaria!». «¿Y qué enseñanza le corresponde a un niño de once años?» hube de replicar. Confieso que la tarea de ensayar fórmulas docentes, simplificadoras y clasificadoras me ha apasionado siempre. De los franceses, lo que más envidio son sus manuales escolares. En la medida que ello me ha sido posible yo he intentado hallar la misma claridad en mis manuales, y hoy tengo la alegría de ver mis métodos ya tan extendidos en Hispanoamérica como en la propia España. (1966: 120-121)

El manual de literatura para Bachillerato. *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*

Esta obra, publicada por primera vez como tal en 1942 (aquí manejo la séptima edición, de 1946),[45] representa seguramente el manual de literatura más apurado de Guillermo Díaz-Plaja, que subsume –y reproduce– muchas de las ideas que había publicado en manuales anteriores como *Síntesis de la literatura española* (1939) o *Curso general de literatura. Universal y española* (1941), según queda detallado. El manual se publicó en dos volúmenes, que correspondían respectivamente al sexto y séptimo cursos de Bachillerato del Plan de Sainz Rodríguez mencionado, y que venían acompañados de sendos programas de la asignatura.[46] Recordemos que sexto era el último curso

45. Esto es lo que reza en el pie de imprenta, a pesar de que en las bibliografías de Simón Díaz o en la citada del autor no coinciden estos datos. Y lo mismo sucede para el caso de la *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos* que cito un poco más adelante. En fin, ya queda advertido lo difícil de trazar el *stemma* de los manuales escolares, que muchas veces eran impresos con fechas o números de edición inexactos.

46. Estos programas incluyen una suerte de resumen de las lecciones, que no corresponde a la mera reproducción del índice de la obra, que a buen seguro ayudaría a los docentes a secuenciar tanta información. Desde luego, estamos lejos todavía de los actuales libros del profesor y las programaciones en unidades

de Bachillerato y séptimo era la preparación para el Examen de Estado, el denominado Preuniversitario (Preu). En realidad, este último curso era de síntesis, ya que el examen evaluaba los conocimientos de toda la Historia de la literatura española y no solo la segunda parte, que es la que se desarrolla en el volumen segundo (desde el siglo XVIII al XX).[47]

En los prólogos de sus manuales, se encuentra todo un programa pedagógico y didáctico. Así, en uno de los más tempranos, en su *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos*, deja bien clara su apuesta por un tipo de enseñanza basada en los textos contextualizados y no tanto en los contextos ejemplificados, la literatura como monumento y no tanto la literatura como documento, siguiendo la feliz distinción de Wellek:

> Este libro [...] intenta dentro de nuestra tradición pedagógica, por primera vez –que sepamos– articular la historia de cualquier producción literaria al ambiente que la rodea. El peor pecado de los estudios de literatura al uso es, seguramente, el de hacer del pasado espiritual fragmentos longitudinales descritos enumerativamente: así, cada época es una lista de autores; cada autor, una serie de títulos; cada título, la enumeración de sus episodios. Inútil argüir de todo ello la aridez y sobre todo la falta de justificación de cada uno de los elementos enumerados. Motiva este libro la ineludible necesidad de hacer ver cómo la historia tiene también una lógica que la mantiene: cómo cada periodo literario nace por inquietud o por ambición de placer y muere por fatiga o agotamiento, dando esto lugar a una nueva evolución del gusto. (1945: 7)

El diagnóstico no puede ser más acertado, y sorprende lo pronto que queda consignado en un manual. Recordemos que este ha sido el planteamiento hegemónico hasta finales del siglo XX, y que aún hoy existen libros de texto que siguen siendo deudores de esta manera de proceder. La manera de solucionar estos nichos con

didácticas; pero hay que valorar este paso significativo en el camino pedagógico y didáctico que claramente recorrió nuestro autor.

47. Valga la anécdota representativa de que el ejemplar que manejo (cada volumen custodiado en una biblioteca universitaria distinta, a pesar de pertenecer a la donación de la misma persona) incluye en el volumen segundo la hoja con el índice del volumen primero, que completa con el del segundo todo el panorama histórico de la literatura española del que presuntamente el sufrido alumno y dueño de la obra tenía que examinarse.

nombres y fechas de autores, como diría una vez más con mala uva el historiador de la literatura Max Aub, es facilitar el acceso a los textos, según afirma Guillermo Díaz-Plaja que hay que hacer en España poniendo como ejemplo el caso de otras naciones (1945: 8). En fin, son muchas las opiniones expresadas en este sentido por Guillermo Díaz-Plaja en sus prólogos a los manuales. Traeré a colación solo una, que procede del manual *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*, donde nuestro autor deja constancia de su particular decálogo de buenas prácticas manualísticas:

> El criterio que ha presidido la redacción de este libro puede considerarse en los siguientes apartados:
>
> 1.º Historia de la literatura como elemento integrante de la historia externa y de la historia de la cultura.
> 2.º Planteamiento del estudio de cada época como un todo orgánico dotado de caracteres generales, que es preciso conocer previamente.
> 3.º Estudio de las grandes figuras representativas, haciendo hincapié en los términos que las enlazan al espíritu de su tiempo. Eliminación de las figuras secundarias.
> 4.º Biografías orientadas únicamente en función de la obra.
> 5.º Historia de la literatura como historia de las ideas. El pensamiento de cada autor es tan importante como la perfección de su forma.
> 6.º Textos clásicos intercalados que prueben las afirmaciones que se hacen sobre cada aspecto de las obras literarias.
> 7.º Antología de textos críticos que den los más selectos puntos de vista y familiaricen al alumno con los nombres más altos de la investigación.
> 8.º Subdivisión del texto por párrafos separados en temas, con epígrafes que puedan seguirse a través del programa.
> 9.º Bibliografía al alcance del estudiante.
> 10.º Elementos gráficos expresivos (mapas literarios, rutas, documentos) que completen la visión del alumno. (1946, I: 5)

Interesa notar estos modernos planteamientos teórico-metodológicos, que quieren dejar de lado las explicaciones exclusivamente historicistas en favor de ideas más bien relacionadas con la Antropología o la Historia de las mentalidades, aunque este es un asunto no

del todo apurado.[48] Por lo demás, queda claro cómo da por buenas las tesis idealistas sobre la noción de genios y obras maestras, al igual que hizo el citado Gustave Lanson. Y también conviene subrayar el hecho de que hay una clara vocación de reducir la materia biográfica que no sea necesaria, de la misma manera que se quiere huir de prolijos listados de autores secundarios que poco aportan a la comprensión general.

Por último, y tal y como promete el título, se entiende que una *Historia literaria* ha de ser forzosamente *crítica*, como la Historiografía literaria española más moderna ha refrendado, por lo que en esta ocasión gusta introducir la opinión de un selecto grupo de críticos, cuyas conclusiones son, a su vez, textos ensayísticos de gran calidad. Ya antes había expresado su deseo de que, siempre que resultara posible, las palabras literales de los autores (o los críticos literarios) fueran las que sirvieran para explicar los asuntos, de tal manera que también el alumno se «impregne de su espíritu» redundando en una «ampliación de sus horizontes espirituales», que también le permitirían una «depuración de los placeres estéticos del adolescente y –en segundo lugar– la adquisición de una conciencia espiritual de su pasado» (1948: 8).

Así, nos encontramos las palabras de Dámaso Alonso sobre el símbolo nacional del héroe Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid (1946, I: 31); de Ángel Valbuena Prat sobre la peripecia biográfica de Don Juan Manuel, que es muy relevante, además de por su real linaje, por su conciencia autorial (1946, I: 60), o el teatro de Calderón (1946, I: 243); pero también de escritores doblados en críticos, como Eugenio d'Ors y sus ideas en torno al estilo de Quevedo (1946, I: 231); o *Azorín*, del que se cita un fragmento de su ficticia carta al Arcipreste de Hita (1946, I: 64) y, entre otras, su descripción impresionista de Larra (1946, II: 101). Valga este pasaje para ilustrar que la selección de estos textos busca, contrariamente a lo que se pueda pensar, un paso más allá de la erudición, un acercamiento atractivo y riguroso a la par:

> En el comedor de una fondita madrileña hay sentado, ante una mesa, un señor joven. El mantel no es muy blanco; se ven en su opaca blancura manchas antiguas de café. [...] ¿Cómo es este señor? Sus ojos, anchos, relampaguean inteligencia; un tupé de negro pelo se yergue en

48. Esta sería una de esas «recetas sin cuajar» a las que se refieren Gabriel Núñez y Mar Campos (2005: 199-203).

su frente. Negro pelo, sedoso, encuadra su cara y baja hasta rematar en una punta aguda.

[...] Se marcha. ¿Ha hecho al salir, al desparramar la vista la postrera vez por la estancia, por la mezquina estancia, ha hecho, repetimos, un mohín de resignación y de desdén? En el alma de este hombre hay una fuerza nueva: todo el espíritu moderno de protesta y de rebeldía, de anhelo noble por una mejor España, está en esa imperceptible mueca. (1946, II: 101)

Se trata de un fragmento, cuya procedencia no se especifica, de uno de los artículos, luego reunidos en *Lecturas españolas* (1920), que *Azorín* publicó en *ABC* inaugurando la denominada crítica impresionista, de extraordinario rendimiento en autores como José Bergamín, Ernesto Giménez Caballero o, más recientemente, Francisco Umbral, y que no deja de ser interesante en cuanto contrapunto divertido y sugestivo en un manual de texto, como no es extraño encontrar en manuales actuales, donde el autorretrato del Arcipreste de Hita, el análisis de la carta de Don Quijote a Dulcinea que estudió Pedro Salinas o, en fin, el poema de Alberti sobre su deseo de honrar a Garcilaso de la Vega como su escudero forman parte ya del género. A esto hay que añadir, como insiste el autor desde el principio, que su intención es procurar reafirmar sus ideas con las propias palabras de los autores. Para el caso de Larra, por no ir más lejos, cita por extenso su famoso artículo «Horas de invierno» y aquello de: «Escribir como escribimos en Madrid [...] es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar» (1946, II: 101).

Por lo demás, cabe insistir también en el firme propósito de Guillermo Díaz-Plaja de eliminar la lista de autores secundarios, siendo extraordinariamente selecto en la configuración de un canon de autores de calidad, más allá de su poder representador de una época. Para empezar, tiene muy claro qué es Literatura española, y deja fuera de su manual, frente a lo que sucedía en muchas otras obras de la época, los autores griegos y latinos. Aunque esto no supone que en la configuración de una suerte de definición de la literatura española no estén presentes (1946, I: 13-14), exponiendo una tesis que recuerda, claro, a la multicultural de Américo Castro, que este no reuniría en *España en su historia* hasta 1948.

Con relación a las grandes figuras literarias españolas, no se registra ninguna desaparición clamorosa. Y ni siquiera para el caso de la literatura coetánea, que a mediados de siglo no había tenido

ningún empacho en dejar de estudiar como se merecían a autores no bienquistos por el Régimen, como Pedro Salinas, Jorge Guillén o el mismo Federico García Lorca. No obstante, sí que hay que señalar una desviación del canon al incorporar algunos escritores que no suelen formar parte de la vanguardia literaria y que a nadie sorprenderá que fueran adeptos al ideario político de la España franquista, como son, por ejemplo, los citados José María Pemán, Juan Antonio Zunzunegui o, en fin, la cita de textos críticos de Luis Astrana Marín, Ernesto Giménez Caballero, Pedro Sainz Rodríguez o Joaquín de Entrambasaguas, que no fueron precisamente exiliados republicanos, como sí lo fue el nunca citado Américo Castro, a pesar de ser uno de los autores más influyentes por aquellos años. Tampoco tiene nada de extraordinario, si pensamos en las estrategias que se tenían que sortear para superar la censura, como queda explicado.

Respecto a la estructura, el programa de la asignatura divide el manual en treinta y cinco lecciones para sexto de Bachillerato y veinticinco para séptimo. Cada una de estas lecciones lleva por título un nódulo temático, como «El teatro en el primer periodo medieval» (la lección novena) o «Literatura del siglo XV» (la décima); pero existe alguna excepción que divide un tema en varias lecciones, como sucede para el caso del denominado «Periodo inicial», parcelado en tres: «El medio histórico», «Mester de juglaría» y «Los orígenes de la lírica» (las primeras tres lecciones). Lo mismo se observa al tratar de la literatura contemporánea en el segundo volumen, donde encontramos también algunas etiquetas historiográfico-literarias,[49] como «Periodo neoclásico» (lección primera) o «Periodo romántico» (la novena). En suma, la combinación de corrientes literarias, géneros, autores referentes, escuelas o generaciones literarias da lugar a la que hay que considerar una ambiciosa estructura que ordena la información a partir especialmente de conceptos autónomos de la literatura, como son los géneros o la referencia de grandes

49. Díaz-Plaja contribuyó a asentar la teoría de Petersen y el concepto de generación literaria utilizando muy tempranamente marbetes como el importante de Generación del 27 (Anderson, 2005); pero sobre todo proponiendo el de Novecentismo o Generación novecentista (1975), según explica Mainer (2000: 295-330). En fin, desde su ensayo dedicado al Romanticismo (1936) hasta su famoso estudio sobre la diferenciación entre el Modernismo y el 98 (1979), nuestro autor siempre mostró una profunda reflexión sobre estos términos historiográfico-literarios (Romero Tobar, 2006), que se concreta en su pionero estudio «Esquema historiográfico de la literatura española» (1969).

autores, y no tanto políticos, como son los tradicionales cortes periodológicos por siglos, reinados o cambios de Gobierno.

Respecto a la metodología, hay que señalar que en esta edición, y a diferencia de algún manual de la época y las últimas ediciones de este y otros manuales de Guillermo Díaz-Plaja, no se dispone el texto en varias columnas. Solo sucede esto para el caso de los fragmentos de textos literarios reproducidos. En cambio sí que se tienen en cuenta una serie de mecanismos mnemotécnicos para jerarquizar la información y ayudar a retenerla: los nombres de autores importantes van en mayúscula y cursiva, así como en un tipo de letra mayor; hay varios niveles de epígrafes de mayor a menor importancia y fácilmente reconocibles; los textos literarios se editan en un tamaño de letra menor y en dos columnas; los textos críticos van recuadrados y normalmente aparecen al final de cada capítulo; o se tiende a crear enumeraciones que ordena alfabéticamente.

Y, desde luego, se apuesta por hacer atractivos estos manuales con la inclusión de reproducciones de cuadros, edificios y esculturas artísticas que ayuden a contextualizar la época, portadas de libros o imágenes incluidas en textos clásicos (de *La Celestina*, por ejemplo), dibujos sobre la representación teatral áurea, tipos de personajes o, entre otros, los famosos retratos y fotografías de escritores, que forman también parte del género, empezando por el falso de Cervantes (que preside todavía la Real Academia) hasta los más recientes de Juan Ramón Jiménez o Miguel de Unamuno. En fin, todas estas imágenes tópicas de la literatura española se incorporaron a los manuales de literatura en esta época, por lo que hay que tener presente que estas obras de Guillermo Díaz-Plaja, entre otras como las del citado José Manuel Blecua, contribuyeron con su extraordinaria popularidad a la fijación de estos referentes pictóricos en una suerte de imaginario colectivo nacional. Con todo, hay manuales posteriores del propio Guillermo Díaz-Plaja que incluyen muchas más ilustraciones, así como resúmenes o cuadros sinópticos, que en esta ocasión no están tan presentes.

Sí que se reproducen algunas sencillas tablas de contenidos y mapas, como, por ejemplo, uno que da cuenta de los viajes fundacionales de Santa Teresa de Jesús (1946, I: 177) u otro sobre las dos etapas del Renacimiento (que originalmente explica como periodo de importación, italiana sobre todo; y periodo de incorporación, más nacional) y el proceso de integración que supone el Barroco (1946, I: 254). Este no deja de ser un asunto al que nuestro autor

prestó mucha atención, pues no solo en sus estudios, sino también en sus poemarios, persiguió los hilos que unen la Geografía con la Literatura, siendo, en este sentido, un pionero de lo que hoy en día se conoce como geografía literaria y que reúne cartografías, mapas y atlas literarios en continua formación (Martín Ezpeleta, 2017). Este asunto reaparece en otros manuales del autor, a los que paso ya a referirme.

Manuales de consulta de talante comparatista. *Historia general de las literaturas hispánicas* y *La literatura universal*

Quedaría muy cojo este acercamiento a la obra manualística de Guillermo Díaz-Plaja si no hiciera, aunque sea mínima, referencia a su manual más ambicioso, por mucho que no sea el autor total de la obra, sino el director de un gran proyecto y responsable de la redacción de solo una parte. Me estoy refiriendo, claro, a su *Historia general de las literaturas hispánicas* (dir., 1949 y 1967). Esta obra pretendía llenar el hueco que la malograda *Historia literaria española* planeada por Ramón Menéndez Pidal como gran proyecto del Centro de Estudios Históricos había dejado. No se caracterizaba este momento de la Historia de España por haber abandonado el chovinismo tradicional. Sin embargo, en el caso de esta *Historia general de las literaturas hispánicas*, se pretendía supeditar este en la medida de lo posible a un método más *científico*, según los preceptos del Centro de Estudios Históricos. Metodología e intereses, que, sin solución de continuidad, se conectaban con los de Menéndez Pelayo, y apostaban por planteamientos más modernos, como los inmanentistas o comparatistas que ya quedan claros desde el título.

Así se explica esa novedosa idea –que hoy en día parece irrenunciable– de redactar una Historia literaria entre un nutrido grupo de autores, que abordarían los diferentes asuntos de la obra en los que ellos –si no en todos los casos, sí en una buena parte– eran especialistas, procurando dotar a la obra de un cariz comparatista. Desde luego, con esta nueva manera de proceder para el caso español se sacrificaba no poco la unidad y la propia naturaleza de una Historia literaria, que ahora semejaba más bien una suma de monografías; pero se iniciaba un camino en la Historiografía literaria española que nadie había abordado con tanta ambición. Como precursores

para el caso español (en Francia llevaban mucho camino recorrido desde las obras de Villemain, Saint-Beuve, Ampère o Chasles), podríamos recordar algunos planteamientos de la *Historia de la literatura española* de Ángel Valbuena Prat (colaboró con Paul Van Tieghem en su famoso manual *La literatura comparada* de 1931 y en el *Repertorio cronológico de las literaturas modernas* de 1937), y que participa en el proyecto de la *Historia general de las literaturas hispánicas* y que, no por nada, prologa la obra de Guillermo Díaz-Plaja a la que inmediatamente me referiré, *La literatura universal* (1965 [1972]).

Pero digamos antes sobre la *Historia general de las literaturas hispánicas* que, más allá de intentar reunir análisis sobre distintas literaturas regionales y nacionales (la literatura catalana tiene un capítulo, como también la hispanoamericana, que no termina de diseccionar...) en un ingenuo intento comparatista de estudiar de forma paralelas diversas literaturas (a la manera de la *Historia de la literatura universal* coordinada por Ciriaco Pérez Bustamante y publicada un par de años antes), esta obra incorpora un pórtico teórico que firma Díaz-Plaja de gran interés y que es una de las primeras reflexiones sobre la Historiografía literaria española (hoy en día no hay manual que se precie que no venga precedido de reflexiones de este tipo). No puedo detenerme en las luces y sombras de una obra, encabezada por el famoso estudio de Menéndez Pidal sobre la caracterización de la literatura española, que quería convertirse en el gran referente de la Historia de la literatura española, superando el manual de Hurtado y González Palencia del 21 con la erudición de los hijos del Centro de Estudios Históricos. La obra, que no funciona como un todo (se repiten asuntos; hay autores que no están al mismo nivel de otros...), consiguió este propósito de ser la obra de consulta por antonomasia para todo aquel que buscaba información general sobre las literaturas hispánicas en España.

Pero más interesante es a nuestros efectos el manual de Guillermo Díaz-Plaja *La literatura universal* (1965). Queda apuntado el desarrollo lento de la corriente crítico-literaria del comparatismo en la primera mitad del siglo xx en España, que en los años sesenta vio publicadas obras de mayor ambición, como la *Historia de la literatura universal* de Martín de Riquer y José María Valverde (1957) o esta de Guillermo Díaz-Plaja (1965). Con todo, eso sí, hay que advertir que no terminaron de desarrollar, como prometen, la idea de la *Weltliteratur*, y que antes bien siguen con planteamientos de literatura nacionales más paralelos. Pero hay intentos de ir más allá y, como poco, supone un paso más hacia la gran Historia de la literatura universal

que parece que hoy en día se está preparando paulatinamente en la International Comparative Literature Association (ICLA).

Pues bien, al igual que sucedía con la *Historia de la literatura española a través de la crítica y de los textos*, el origen de este manual de *Literatura universal* habría que relacionarlo con obras como *Síntesis de la literatura española* (1939), *Curso general de literatura. Universal y española* (1941), *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos* (1945), *Historia de la literatura española encuadrada en la universal* (1956), *Historia de la literatura universal* (1956) o, entre otras, *Historia de la literatura universal y española* (1956). Pero *La literatura universal* (1965; citamos por la sexta edición de 1972) presenta un matiz interesante: se trata de una edición que fue preparada no solo para estar en las doctas librerías de las bibliotecas escolares o académicas; sino también para ser obra de consulta en las casas de familias de nivel sociocultural medio-alto, como parte de una enciclopedia relativamente popular, según fue la Colección Cultura de la Editorial Danae donde apareció publicado al lado de otros volúmenes sobre Arte, Ciencia o Teología.

Esta obra, reeditada hasta en nueve ocasiones y, a despecho de no terminar de apurar el asunto comparatista, tiene el mérito innegable de jibarizar la literatura universal en seiscientas páginas de muy amena lectura, que es lo que ahora quiero destacar. La manera de proceder es a partir de nociones, de un lado, teóricas sobre los géneros (lo había desarrollado en su manual *Teoría e historia de los géneros literarios* de 1940); y de otro, la mayoría de las veces, introducciones de carácter historicista, que atacan asuntos relacionados con la Historia del pensamiento y las mentalidades, pero sobre todo sociopolíticas. Las referencias a la Literatura universal actúan a manera de contextualizaciones supranacionales, que ayudan a relacionar, como tantas veces se ha hecho, a Garcilaso con Petrarca, Zola y Dickens con Galdós o Baudelaire con Rubén Darío, por ejemplo.[50]

50. Se podría concluir de esta forma de proceder exactamente lo mismo que escribió el propio Guillermo Díaz-Plaja de la citada *Historia literaria* de Ángel Valbuena Prat en su *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos*: «El autor de este libro hace anteceder al análisis de los autores de cada época un estudio conjunto del espíritu de la misma. De este modo se hacen más lógicos los fenómenos de paralelismo con que evoluciona la literatura europea. [...] Así la Historia de la literatura se convierte en el estudio de los momentos de más calidad espiritual que, a lo largo de los tiempos, ofrece la Humanidad. [...] Se procura, en general, llegar al conocimiento conjunto de las épocas literarias a través de sus características generales y del análisis de las grandes figuras cuyo ideario y estilo

Ángel Valbuena Prat, en su prólogo a esta *Literatura universal*, también aprecia su método de historiador de la literatura, que cifra en «un rigor erudito para los problemas, hasta en los detalles, pero la elevación, el salto a la síntesis más ambiciosa, llegando hasta la ocultación de aquel rastreo del investigador, para que los árboles no oculten el bosque panorámico» (1972: 5). Con esa ocultación se refiere Valbuena Prat a lo que fue una máxima en los manuales de Díaz-Plaja, y no siempre en sintonía con otros manuales de la época, como era ni más ni menos que eliminar los estados de la cuestión crítica. Esto no supone que de vez en cuando no cite a críticos literarios que sigue, pero sí descarta rendir tributo a la cadena de aportaciones para el conocimiento de cualquier asunto. En sintonía con esto está la desaparición de cualquier tipo de nota al pie, y la apuesta por un discurso principal ágil, flexible y de fuerte personalidad, que se quiere cercano y ameno, por difícil que sea el asunto tratado. La anécdota que precede la obra y que recuerda una película mexicana donde una profesora tarda en comprender que sus alumnos no le entienden es toda una firme declaración de intenciones (1972: 9).

Las notas más teóricas del manual se concentran en un sugestivo capítulo intitulado «La palabra en el tiempo», que principia: «La historia es la hermana gemela de la literatura» (1972: 11), y que ya deja bien patente que no conviene dejar de lado la cronología para quedarse en una lista de obras importantes descontextualizadas. Antes bien, quiere que las obras sean un símbolo de lo que está explicando, como el propio autor despeja de la analogía de encontrar un busto romano en las ruinas de una ciudad. Esta escultura dice mucho de la estética del momento, pero también de su momento sociohistórico, que conviene comprender para entender la dimensión del texto como monumento y documento. La clave es, pues, seleccionar esas obras, a partir de las cuales será sencillo explicar su contexto. Un contexto que, frente al caso de los manuales del momento, no se centra en lo político; sino en claves antropológicas y de la Historia del pensamiento, que es un planteamiento de un mérito innegable.

Así, por ejemplo, arranca la obra explicando la aportación de la literatura oriental tradicional en un capítulo cuyo título ya sorprende: «Las grandes culturas sacerdotales», y que hace referencia precisamente al cogollo teórico del mismo, a saber, la literatura oriental se caracteriza por unir lo sagrado y la autoridad. En el epílogo

se enfocan lo más ampliamente posible, prescindiendo de dar listas interminables de autores secundarios» (1945: 8).

de este capítulo, como es norma en todo el manual, se resume una conclusión que denomina «El mensaje», en esta ocasión, «El mensaje de Oriente» (1972: 30). En fin, no es poca la ambición de este planteamiento, que no palidece con las claves de otras aportaciones a la literatura universal, como la helena o romana, que estudia en los estupendos capítulos «Somos todavía griegos» y «Roma universaliza a Grecia», a los que siguen la explicación de la Edad Media a partir de nociones religiosas, cuyo colofón será, como queda explicado, un mensaje, «El mensaje cristiano-germánico». De todos los capítulos, llama la atención también el dedicado al denominado Segundo Renacimiento, que se titula «La hora de España», y que es precisamente otra manera de explicar la enorme aportación de los autores españoles del Siglo de Oro a la Literatura universal, y donde destaca a Cervantes y Lope de Vega, que son los únicos autores españoles que reciben tanta atención en todo el manual.[51]

En suma, se apuesta por seguir un orden cronológico (que no estrictamente historicista), pero que en puridad no sirve para estructurar la materia; ya que esta viene introducida por conceptos más bien estéticos, varios robados de las disciplinas artísticas, como Barroco o Clasicismo, y los grandes cambios en la Historia de las mentalidades, así como por la aparición de genios u obras maestras que hayan supuesto un cambio de rumbo en la Historia de la literatura universal. Una apuesta por nociones teóricas que vacunan la obra de la mera relación de acontecimientos históricos y su plasmación en el resumen de argumentos de obras (aparecen de vez en cuando, mucho menos de lo habitual en los manuales de la época, y casi siempre con la obsesión de explicar más que la trama, como sucede, por ejemplo, con *El Lazarillo*, que sirve para dar cuenta del género picaresco y su tremenda repercusión como retrato social), cuando no biografías de autores (si estas se incluyen, son muy breves notas, rompiendo también una costumbre manualera).[52]

51. Tampoco desmerecen los capítulos sobre el siglo XVIII, noción histórica, que, como es norma en la obra, no sirve para estructurar ni periodizar la Historia de la literatura; lo hace con conceptos historiográfico-literarios: «El clasicismo mantenido», o el Romanticismo, que funde la nieve clásica en el capítulo «El volcán bajo la nieve» para desarrollarse con cuidado en «El estallido romántico», que, por su parte, se enfriará en el siguiente capítulo, «La realidad reclama su puesto», es decir, las corrientes literarias del realismo y naturalismo.

52. Díaz-Plaja tiene más presente que nunca que la clave está en la selección, y que esta forzosamente se impone como subjetiva y basada en la profundidad de saberes y buen hacer del historiador. Sobre esto, explica lo siguiente en el propio

Pero lo que sorprende es cómo la obra, que tiene un caudal de información extraordinario (se incluyen los nombres de más de 1.600 autores, algunos de ellos citados en varias ocasiones, como recoge el útil índice onomástico),[53] no es de lectura penosa, antes bien se ofrece como una suerte de ensayo sobre la actividad literaria, anticipando también un género crítico-literario muy en boga. Y esto puede ser una clave interesante para entender el método de una obra que no quiere ser un canon de autores; sino un acercamiento al hecho literario y la cultura universal. Por lo demás, son numerosas las ilustraciones (de monumentos, retratos de autores, incunables, mapas...; algunas de estas ilustraciones en cartulina y color), con enjundiosos e interesantes pies de foto, que contribuyen a amenizar todavía más la lectura de la obra (en una ocasión, Díaz-Plaja explicó estas ilustraciones como algo «no solo documental, sino pedagógico» [1945: 8]). Y también redunda en el mismo propósito el saber categorizar la información en diversos tipos de epígrafes, que completan un índice de fácil consulta.

En conclusión, Guillermo Díaz-Plaja en *La literatura universal* también parece huir de planteamientos tradicionales que fuerzan la explicación de las obras como meros reflejos de acontecimientos históricos. Apuesta, en su lugar, por nociones más ambiciosas que tengan que ver con el carácter de los hombres y los pueblos, las relaciones supranacionales y sin olvidar la aportación de los conceptos de *genios* u *obras maestras* de las escuelas idealistas, que tanto pueden ayudar a explicar el devenir de la producción literaria universal. Pero una de las novedades más importantes la reconocemos en su talante didáctico, de difícil localización en los manuales de la posguerra, y que ya está claramente expuesto y hasta consignado en su *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos* de 1945. Guillermo Díaz-Plaja, perfectamente alineado con los preceptos pedagógicos y didácticos krausistas, sabía que el receptor de sus manuales exigía huir de la erudición fatua para que esta no sofocara

manual: «Si enseñar es transmitir y transmitir exige la tarea previa de seleccionar, esta selección debe apoyarse en los puntos que marcan "líneas de significación", es decir, el historiador debe destacar a los ojos del lector aquellos elementos, que perdidos en la pululación innumerable del pasado, tienen fuerza suficiente para "marcar el sentido", que dé al conjunto el valor y el interés de un organismo vivo, presente y actuante a los ojos del espectador» (1972: 9-10).

53. La diferencia más notable de *La literatura universal* respecto de otros manuales de Díaz-Plaja es que no reproduce textos literarios, hecha la excepción de algún breve poema o cita traídos a colación.

la cercanía y el cariño de una auténtica lección de literatura. Y con este espíritu quiero terminar citando sus palabras, que delatan la vocación docente que le llevó a dedicar la mayor parte de su vida a enseñar y ayudar a enseñar:

> Enseñar es transmitir. Recogemos de atrás –de la voluminosa senda de los antiguos, de los predecesores– los puntos de fuego del espíritu del hombre. Y, tal y como el atleta que, exhausto, entrega al corredor de su equipo el banderín que debe llevar al siguiente relevo, así también procuramos hacer llegar a las generaciones que nos subsiguen en el tiempo aquel cupo de realidades espirituales que estimamos fundamentales o significativas. (1972: 9).

Bibliografía

Anderson, A. A. (2005). *El veintisiete en tela de juicio. Examen de la historiografía generacional y replanteamiento de la vanguardia histórica española*. Madrid: Gredos.

BOE. (1945). «Ley sobre Educación Primaria», vol. 199, 18 de julio: 385-414.

Camps, A. (1986). *La gramàtica a l'escola bàsica entre els 5 i els 10 any. Algunes reflexions i propostes*. Barcelona: Barcanova.

Chervel, A. (1991). «Historia de las disciplinas escolares. Reflexiones sobre un campo de investigación». *Revista de Educación*, 95: 59-111.

Díaz-Plaja, A. (2003). «Guillermo Díaz-Plaja: teoría y práctica del diálogo». Ínsula, 684: 21-23.

Díaz-Plaja, A.; Roca-Sastre, E; Vela, L. (2007). *Bibliografía del Dr. Guillem Díaz-Plaja*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres.

Díaz-Plaja, G. (1936). *Introducción al estudio del Romanticismo español*. Madrid: Espasa Calpe.

— (1939). *La ventana de papel. Ensayos sobre el fenómeno literario*. Barcelona: Editorial Apolo.

— (1941). *El lenguaje. Lengua española y literatura. Primer curso*. Barcelona: La Espiga (6.ª ed.).

— (1945). *Historia de la literatura universal a través de la crítica y de los textos*. Barcelona: La Espiga.

— (1946). *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*. Barcelona: La Espiga, 2 vols. (7.ª ed.: 1.ª ed., 1942)

— (1963). *El libro de las palabras. Gramática vital para la Escuela Primaria*. Gerona / Madrid: Dalmáu Carles / Pla.

— (1966). *Memoria de una generación destruida (1930-1936)* (prólogo de J. Marías). San Cugat del Vallés: Delos-Aymá.
— (1972). *La literatura universal* (prólogo de Á. Valbuena Prat). Barcelona: Danae (6.ª ed.; 1.ª ed., 1965).
— (1975). *Estructura y sentido del novecentismo español*. Madrid: Espasa-Calpe.
— (1979). *Modernismo frente a Noventa y ocho. Una introducción a la literatura española del siglo XX* (prólogo de G. Marañón). Madrid: Espasa-Calpe (1.ª ed., 1951).
— (1969). «Esquema historiográfico de la literatura española». En Guillermo Díaz-Plaja (dir.). *Historia general de las literaturas hispánicas* (vol. 1, págs. LXI-LXXV) (introducción de R. Menéndez Pidal). Barcelona: Vergara (1.ª ed., 1949).
— (dir., 1969-1973). *Historia general de las literaturas hispánicas* (introducción de R. Menéndez Pidal). Barcelona: Vergara. 6 vols (1.ª ed., 1949-1967).
Díaz-Plaja, G.; Montoliu, M. (1935). *El lenguaje: su gramática*. Barcelona: Librería Bosch. 2 vols.
Dolz, J.; Gagnon, R.; Mosquera, S. (2009). «La didáctica de las lenguas: una disciplina en proceso de construcción». *Didáctica (Lengua y literatura),* 21: 117-141.
García Folgado, M. J. (2013). *Los inicios de la gramática escolar en España (1768-1813). Una aproximación historiográfica*. Múnich: Peniope.
García Folgado, M. J.; Sinner, C. (2012). «Introducción. La historia de la gramática escolar del español». *Revista argentina de historiografía lingüística*, 4(2): 97-99.
Garrido Vílchez, G. B. (2012). «De la *Gramática* al *Epítome*: la Real Academia Española ante la enseñanza gramatical. El caso de 1857». *Revista Argentina de Historiografía Lingüística*, 4(2): 101-115.
Giménez Caballero, E. (1940-1949). *Lengua y Literatura de España.* 7 vols. Madrid: Imprenta de Ernesto Giménez.
González García, J. M. (2014). «Guillermo Díaz-Plaja: la enseñanza de la lengua y la literatura en Cataluña en el contexto de la JAE». En López-Ocón, L. *Aulas modernas. Nuevas perspectivas sobre las reformas de la enseñanza secundaria en la época de la JAE (1907-1939)* (págs. 287-317). Madrid: Universidad Carlos III.
Gracia, J. (2004). *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.
Guillén Díaz, C. (1999). «El Área de didáctica de la lengua y la literatura: identidad y entidad de una disciplina específica». *Lenguaje y textos*, 13: 11-28.
Jiménez-Landi, A. (1996). *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente* (vol. 3). Madrid: Editorial Complutense.

Lacruz Alcocer, M. (2000). «Inculcación ideológica en los manuales escolares de lengua española en la Ley de Educación Primaria de 1945 (cartillas, libros de lectura y manuscritos)». En Tiana Ferrer, A. *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas* (págs. 97-114). Madrid: UNED.

López-Ocón, L. (coord.) (2012). *Aulas con memoria. Ciencia, educación y patrimonio en los institutos históricos de Madrid (1837-1936)*. Madrid: Ceimes.

— (coord.) (2014). *Aulas modernas. Nuevas perspectivas sobre las reformas de la enseñanza secundaria en la época de la JAE (1907-1939)*. Madrid: Universidad Carlos III.

Mainer, J. C. (1981). «De historiografía literaria española: el fundamento liberal». En *Estudios sobre Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, (vol. 2, págs. 439-479). Santander: UIMP.

— (2000). *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

— (2003). *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica.

— (2006). *Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931-1939)*. Madrid: Austral.

Martens, H.; Soto Vázquez, J. (2012). «La ideología franquista en clase de lengua y literatura: el caso de Adolfo Maíllo». *Ocnos*, 8: 49-56.

Martín Ezpeleta, A. (2008). *Las «Historias literarias» de la Generación del 27*. Madrid: Arco/Libros.

— (2014a). «La Historia literaria, género proteico. Multidisciplinariedad y didáctica en los manuales de Ernesto Giménez Caballero». En Sánchez-Mesa Martínez, D.; Ruiz Martínez, J. M.; González Blanco, A. (eds.). *Teoría y comparatismo: tradición y nuevos espacios* (págs. 1173-1183). Granada: Universidad de Granada.

— (2014b). «José Manuel Blecua en la Historia de la didáctica de la literatura». En Badía, J.; Durá, R.; Guinart, D.; Martínez, J. *Más allá de las palabras: difusión, recepción y didáctica de la literatura hispánica* (págs. 251-262). Valencia: Universidad de Valencia.

— (2017). «Pasado y presente de la geografía literaria». En Pérez Isasi, S. *et al. Los límites del Hispanismo. Nuevos métodos, nuevas fronteras, nuevos géneros* (págs. 11-27). Oxford / Berna: Peter Lang.

— (en prensa). «El manual *El libro de las palabras* de Guillermo Díaz-Plaja». *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft*, 28.

Mayordomo, A. (1978). *La Escuela Primaria en España, 1900-1930* (tesis doctoral dirigida por I. G. Zuluaga). Valencia: Universidad de Valencia.

Mora Luna, A. M. (2012). *La educación literaria en la España contemporánea. Curricula educativos y manualística escolar para la construcción de identidades*

(1970-2006) (tesis doctoral dirigida por M. Beas Miranda y M. Á. García). Granada: Universidad de Granada.

Molero Pintado, A. (1994). *Historia de la Educación en España. La Educación Durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939)* (vol. 4). Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.

Núñez Ruiz, G. (2016). *Historia de la educación lingüística y literaria*. Madrid: Marcial Pons.

Núñez Ruiz, G.; Campos Fernández-Fígares, M. (2005). *Cómo nos enseñaron a leer. Manuales de Literatura en España, 1850-1960*. Estudio preliminar de J. C. Rodríguez. Toledo: Akal.

Portolés, J. (2006). «Apuntes sobre las ideas literarias de Fernando Lázaro Carreter». En Santos Río, L. *et al. Palabras, norma, discurso en memoria de Fernando Lázaro Carreter* (págs. 943-956). Salamanca: Ediciones Universidad.

Puelles Benítez, M. (2010). *Educación e ideología en la España contemporánea*. Madrid: Tecnos.

Reyes, F. (2010). *La Historia Literaria Española. Repertorio bibliográfico (1754-1936)*. Zaragoza: Prensas Universitarias.

Ribas Seix, T. (coord.) (2010). *Libros de texto y enseñanza de la gramática*. Barcelona: Graó.

Rodríguez Puértolas, J. (2008). *Historia de la literatura fascista española* (2 vols.) Madrid: Akal.

Romero Tobar, L. (2006). *La literatura en su historia*. Madrid: Arco/Libros.

Sánchez-Redondo Morcillo, C. (2004). *Leer en la escuela durante el Franquismo*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.

Swiggers, P. (2012). «Historiografía de la gramaticografía didáctica. Apuntes metodológicos con referencia a la (historia de la) gramática española y francesa». En Vila Rubio, N. *Lengua, literatura y educación en la España del siglo XX* (págs. 15-38). Berna / Lérida: Peter Lang / Universidad de Lérida.

Tiana Ferrer, A. (ed.) (2000). *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas*. Madrid: UNED.

Valls, F. (1983). *La enseñanza de la literatura en el Franquismo (1936-1951)* (prólogo de J. C. Mainer). Barcelona: Antoni Bosch.

Vicente Gómez, F. (2008). «La formación de las disciplinas literarias en España. Del modelo retórico al modelo crítico e histórico literarios. Los *Elementos de literatura (retórica y poética)*, de Francisco Holgado y Toledo, de 1863». En Cervera Salinas, V. *et al*. *Alma América. In honorem Victorino Polo* (vol. 2, págs. 429-447). Murcia: Universidad de Murcia.

VV. AA. (2007). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja, 1929-1984*. Ed. de Amat, J.; Bravo Cela, B. y Díaz-Plaja Taboada, A. (prólogo de Caballé, A.). Barcelona: Universidad de Barcelona-Reial Acadèmia de Bones Lletres.

Guillermo Díaz-Plaja y Eugenio d'Ors, el combate por la luz[54]

➤ *Conrad Vilanou Torrano*
Universidad de Barcelona

➤ *Raquel de la Arada Acebes*
Universidad de Barcelona

En pleno siglo XXI el nombre de Eugenio d'Ors (1881-1954) continúa levantando ampollas y controversias en España, como si su inserción en la historia no estuviera zanjada definitivamente, circunstancia que se desprende de la aparición del reciente libro de Javier Varela que ha obtenido el Premio Gaziel de Biografías y Memorias 2016 (Varela, 2017). A esta realidad objetiva sobre el lugar de Xenius en la cultura hispana, ya sea catalana o española, se añade el hecho de la continuidad de estudios y trabajos sobre su obra, desde que en 1945 el profesor José Luis López-Aranguren pergeñase una tesis doctoral sobre la filosofía orsiana. Para más de uno, y así se expresa su hijo Juan Pablo, D'Ors fue un traidor para los catalanes y un forastero en Madrid. «Si en Barcelona tuvo discípulos, y hasta adoradores, en Madrid no los tuvo; si en Barcelona tuvo pocos amigos y bastantes enemigos, en Madrid la proporción se repite». Siguiendo con la opinión de su hijo, Eugenio d'Ors fue un pensador incómodo, un hombre contra corriente. Además de circular a menudo en dirección contraria, Juan Pablo d'Ors señala que su padre siempre tuvo mal perder, aspecto que lo arrojó al ostracismo: «Para los catalanes, más concretamente para los barceloneses, era un desertor; para los madrileños, un intruso. Para las derechas, un obrerista, sindicalista y antinacionalista; para las izquierdas, un católico, imperialista, antiliberal y antidemócrata. Eugenio d'Ors permanecía en tierra-de-nadie» (J. P. D'Ors, 1987).

54. La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido impulsada por RecerCaixa.

A raíz de todo ello, resulta irrefutable el difícil encaje de D'Ors en el panorama cultural español, antes y después de la Guerra Civil, a pesar de su apego por la España Nacional. Ni los falangistas –con alguna excepción, como comenta López-Aranguren– frecuentaban el casón señorial de D'Ors en Madrid, en la céntrica calle Sacramento. Su vida se asemejó, pues, a la de un intelectual errante, tal como Xavier Pla apuntaba el año 2004 desde las páginas de *La Vanguardia*: «Eugenio d'Ors murió hace cincuenta años. Si volvemos a su obra, su actualidad es deslumbrante: utilización del yo crítico, interés por la cultura de masas, aprecio por la vanguardia, compromiso con la cultura cívica, anunciación del tedio moderno... Pero eso no basta para deducir una influencia. Una huella que se borró deprisa, demasiado deprisa» (Pla, 2004). En efecto, Xenius fue un errante hasta encontrar la muerte el 25 de septiembre de 1954, junto al mar Mediterráneo, en la ermita del Faro de San Cristóbal, en Vilanova i la Geltrú. En cualquier caso, los retornos a Eugenio d'Ors son recurrentes, sobre todo cuando coinciden con la celebración de efemérides como sucedió en 1981, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, en 2004 cuando se rememoró el cincuentenario de su muerte o, en 2006, con ocasión de conmemorarse un siglo del inicio del *Glosario*. Sea como fuere, lo cierto es que la presencia de Eugenio d'Ors en la cultura catalana constituye una realidad que se ha mantenido en un proceso de larga duración en el tiempo, salpicado por muchos silencios y omisiones, pero aderezado por estas conmemoraciones intermitentes que revitalizan su pensamiento.

No es de extrañar, pues, que Albert Manent remarcase, en el prólogo a un libro de Juan Tusquets sobre el imperialismo cultural de D'Ors, que la presencia orsiana en la cultura catalana «no fou un estel fugaç, sinó que deixà una petjada profunda» (Manent en Tusquets, 1989: 7). Está claro que, a pesar de todo, D'Ors contó en Cataluña con amigos y seguidores, entre los que descuellan los nombres de Federico Marés y Guillermo Díaz-Plaja, sin olvidar la Academia del Faro de San Cristóbal, que reunía al reducido cenáculo orsiano del Principado y que mantuvo un cierto tono y actividad en la década de los sesenta. Igualmente, es evidente que Guillermo Díaz-Plaja contribuyó decididamente a que los retornos a Eugenio d'Ors hayan sido una constante en nuestra cultura. No en balde, en 1955 –pocos meses después de la muerte del Pantarca– dio a la imprenta las *Veinte glosas en memoria de Eugenio d'Ors*, al que confiere el título de «Maestro». «Bienaventurado quien ha conocido maestro. Y más bienaventurado el maestro cuyos discípulos se reconocen en

él» (Díaz-Plaja, 1984: 274). Ciertamente que esta doble dinámica se dio en el caso de D'Ors y Díaz-Plaja que, además, presentan otro rasgo común, ya que ambos fueron rechazados como docentes de la Universidad, aunque los dos participaban de un mismo anhelo: su vocación educadora que, en el caso de D'Ors, se singulariza por la claridad y síntesis, aspectos que Díaz-Plaja procuró observar a pies juntillas en todo momento.

Una vida a la sombra de Eugenio d'Ors

Es preciso reconocer que Díaz-Plaja se ocupó varias veces de su maestro, al hilo del curso del calendario. Así pues, en 1967 exhumó los documentos relativos a la defenestración de Xenius, recordando que «se'ns parlà d'un home absent, d'un home fugitiu, potser d'un traïdor» (Díaz-Plaja, 1967: 11). Se trataba de un alegato a favor de Eugenio d'Ors, después de poner al descubierto los entresijos de una defenestración que, bajo la apariencia de irregularidades administrativas, escondía los verdaderos motivos de la expulsión que no eran otros que los ideológicos, al chocar las posiciones orsianas con los principios –un tanto conservadores– de la burguesía catalana del momento, que recurrió a la voz de Jaume Bofill i Mates –el poeta Guerau de Liost– para pronunciar el discurso definitivo que cerraba, con grandes heridas, el caso D'Ors.

Desde luego, y en la medida de sus posibilidades, Díaz-Plaja intentó resarcir a Eugenio d'Ors de aquel atropello. Así en el año 1981, y con ocasión del centenario del nacimiento de su maestro, publicó *El combate por la luz. La hazaña intelectual de Eugenio d'Ors*, libro al que siguieron otras dos obras de acento orsiano, a saber: el prólogo a *Crónicas de la ermita. Historia de las esparragueras* (1982) y *Lo social en Eugenio d'Ors y otros estudios* (1982), en que se incluyeron las *Veinte glosas en memoria de Eugenio d'Ors*, aparecidas inicialmente en 1955. Precisamente, en el prólogo a las *Crónicas de la ermita. Historia de las esparragueras* Díaz-Plaja da cuenta y razón de su amistad con Xenius:

> Cuando yo conocí a Eugenio d'Ors, hacia 1927, venía con frecuencia a Cataluña, donde un grupo de amigos acudía invariablemente a recibirle o a despedirle en la estación del ferrocarril. Solíamos cenar unidos en una tabernita de la Barcelona antigua, cerca de la Plaza Nueva que se titulaba «Cal Becó del Racó», y allí nos hacía compartir su sueño de una «Cataluña adulta», que superase algunas enfermedades espiri-

tuales que acusaban un morboso infantilismo. (Díaz-Plaja en D'Ors, 1982a: 8)

Merece la pena recordar que Díaz-Plaja conoció a D'Ors en su época de estudiante, cuando cursaba el segundo curso de licenciatura. Así lo detalla nuestro protagonista: «El estudiante había publicado un librillo modesto e ilusionado: unos comentarios a las cartas de Goya. Era el año 1928. La figura de Eugenio d'Ors, en su más alta madurez, presidía intelectualmente aquel Centenario» (Díaz-Plaja, 1955: 10). Fue entonces cuando al llegar a la redacción de *El Día Gráfico*, periódico en que Guillermo colaboraba, don Mario Aguilar le informó que Eugenio d'Ors, en su glosa, «dedica su último comentario al libro de usted» (Díaz-Plaja, 1955: 11). La diferencia de edad entre ambos era considerable, de casi treinta años, ya que a la madurez orsiana con sus 47 años Guillermo Díaz-Plaja oponía una adolescencia juvenil, con solo 19 años. A decir verdad, desde aquel momento, en 1928, Guillermo Díaz-Plaja mostró su reconocimiento por quien consideraba su maestro, desde primera hora, cuando empezó a leer las glosas orsianas que iniciaron su andadura en 1906, tres años antes del nacimiento de nuestro protagonista. En fin, don Guillermo fue siempre leal a D'Ors, con quien mantuvo –como es lógico– vínculos de amistad y diálogo y, si se nos permite, de admiración hacia al maestro-pensador, sobre la base de que «dialogar es humanizar» (Díaz-Plaja, 1966: 144), uno de los lemas de Díaz-Plaja, siempre dado a axiomas punzantes y precisos.

Díaz-Plaja y D'Ors, por una pedagogía culturalista

Todo indica que la relación de Guillermo Díaz-Plaja con Eugenio d'Ors fue larga y duradera. Ambos presentan, además, una cultura excepcional, una erudición extraordinaria, abierta a todos los campos del saber y a cualquier novedad. A los dos se les puede atribuir la frase de Terencio: nada humano les era ajeno, lo cual les confiere un horizonte enciclopedista que recuerda la figura del intelectual francés, hijo del Siglo de las Luces. Inútil decir que este enciclopedismo confiere a su visión de la cultura un cariz generalista, que nada tiene que ver con el sabio especialista que profundiza en un tema y que, por ende, pierde la noción de «cultura general». No olvidemos, en este punto, que Albert Speer reconoció en sus memorias

que una de las causas del ascenso del nazismo radicó, justamente, en este aspecto: la especialización impidió tener una visión de conjunto sobre cómo iban las cosas. Por su lado, Díaz-Plaja se inscribe en el batallón de los partidarios de la cultura general, cada día más denostada y combatida, por contribuir poco o nada al desarrollo tecnológico-económico de una sociedad acelerada que prioriza los aspectos funcionales y utilitarios. «Admiro a muchos que dedican su ocio estudioso a una breve parcela del saber. Son los especialistas. Yo soy –pobre de mí– el anti-especialista, el impertinente curioso de horizontes» (Santos, 1972: 115). En efecto, Díaz-Plaja fue un anti-especialista que siempre habitó entre libros y era consciente de que el mejor retrato de cualquier persona se encuentra en su biblioteca.

Por lo demás, en su universo humanista y culturalista, el pasado se combina con el futuro. «La cultura es una forma de memoria» (Díaz-Plaja, 1984: 273), sobre la base de que la cultura es lo que permanece y la moda es lo cambiante. De hecho, la cultura evoluciona gracias a un proceso dialéctico, con momentos de avance (vanguardia) y de retroceso (retaguardia). Ahora bien, esta permanencia no es sinónimo de anquilosamiento. «Humanismo no quiere decir copia de lo antiguo, sino revitalización de lo antiguo» (Díaz-Plaja, 1984: 297). De ahí su común interés por los movimientos de vanguardia. Se trata, pues, de un humanismo abierto que oscila entre la tradición y la originalidad, y que hace que Díaz-Plaja esté atento a cualquier novedad, como confirma su temprano libro de 1932, escrito con poco más de 20 años, sobre la vanguardia en Cataluña. De ahí, también, que el adjetivo de culturalista se pueda aplicar a ambos, a D'Ors y a Díaz-Plaja. «Este culturalismo de Díaz-Plaja no abunda en sus compañeros de generación, como tampoco en los del 27» (Santos, 1972: 23). En realidad, la cosa llega a tal extremo que José Cruset no titubea cuando destaca la «obsesión culturalista» de Díaz-Plaja, que recurrió al ensayo como estrategia pedagógica, como puente entre lo académico-cultural y las mayorías de anónimos lectores (Cruset, 1970: 37).

Por consiguiente, los dos –D'Ors y Díaz-Plaja– participan de una cosmovisión (*Weltanschauung*) culturalista, de modo que su filosofía educativa se tiñe, justamente, de estos aspectos hasta el punto de poder ser considerados pedagogos culturalistas. Y ello más aún, si tenemos en cuenta que la cultura se convierte en la clave de bóveda de su cruzada intelectual o, lo que es lo mismo, de su particular combate a favor de la luz, esto es, de sus respectivas heliomaquias. Por supuesto, este combate por la luz exige una política de misión

que se ha de traducir en una especie de servicio obligatorio a favor de la cultura bajo la enseña de la belleza (Santos, 1972: 142-143), porque más que apelar a la ciencia, o a la voluntad, Díaz-Plaja insiste en la importancia de la belleza que ha de afectar a todas las disciplinas. Bien mirado, esta demanda en pro de la belleza (una clave novecentista como se ve en Josep Pijoan) puede entenderse como una manifestación del elogio de la Obra Bien Hecha (OBH), una reclamación orsiana que, en el caso de Díaz-Plaja, se torna en garante de una acción libre y abierta al futuro, con lo que se sitúa en la estela de la tercera crítica kantiana y en la filosofía lúdica de Schiller (Cruset, 1970: 59-63). A la larga, esta vía estética –canalizada a través del *logos* poético– será la que permita el acceso a Dios.

En más de una ocasión, Díaz-Plaja reconoció la condición pedagógica de su maestro, vista como un programa de educación general permanente. «Toda la obra de Eugenio d'Ors es una inmensa red de vasos comunicantes, que desembocan en una vasta tarea de educador» (Díaz-Plaja, 1981: 13). De ahí su voluntad de divulgar el saber y de hacerlo llegar al público en general, a través de la prensa. Si el Glosario iniciado en 1906 marca un punto de inflexión en la obra orsiana, una empresa inequívocamente moderna, los artículos de Díaz-Plaja en *La Vanguardia*, bajo el epígrafe de regusto goethiano de «Sin pausa y sin prisa», ocupan un lugar preferente en el universo intelectual-pedagógico de don Guillermo, que aprendió de su maestro –como recuerda Dámaso Santos– la capacidad de sintetizarlo todo (Santos, 1972: 45). En este sentido, cabe señalar que el mismo Xenius reconoció esta dimensión educativa de su obra, en especial de las glosas que publicaba en la prensa diaria: «El Glosario, corto y puesto en la primera página del diario, servía y tiene que servir para que el lector vulgar, que no lee libros ni se detiene en revistas, dirigiese cotidianamente *una mirada siquiera* al mundo del Espíritu y se salvase así de hundirse en la *mineralización* de la existencia» (D'Ors, 2000: 59). Igualmente, una de las preocupaciones orsianas fue elevar la anécdota a categoría, estrategia que utilizó para poner en marcha su *heliomaquia* o combate por la luz que atesora visos de modernidad y que se despliega –como hemos intentado explicar en otro lugar– en cuatro direcciones, filosófica, política, estética y narrativa (Vilanou, 2008).

En sintonía con su *heliomaquia*, Eugenio d'Ors elaboró una *Ciencia de la Cultura*, publicada póstumamente (1964), y que pretende substituir la vieja historia dividida por edades o etapas. En su lugar, y de acuerdo con la filosofía plástica según la cual pensar es dibujar,

distingue entre anécdotas (acontecimientos fácticos) y eones (constantes históricas o eones que marcan el sentido supratemporal). Más aún, la Ciencia de la Cultura contempla la Sistemática de la Cultura que se articula en eones y la Morfología de la Cultura que se expresa a través de los estilos. Por consiguiente, los estilos son las determinaciones que corresponden a las constantes históricas o eones, que en el caso orsiano se manifiestan en la oposición entre clásico y barroco. He aquí la definición orsiana de eón: una idea, una categoría constante y permanente, que tiene una biografía (D'Ors, 1964: 39).

En este sentido, Díaz-Plaja tuvo bien presente el esquema anterior de manera que el barroco, según D'Ors, adquiere veintiuna formas diferentes. Asimismo, el romanticismo (*Barocchus romanticus*) corresponde al género barroco, si bien esta manifestación barroca alcanzó el punto más álgido a fines del siglo XIX con el modernismo (*Barocchus finisaecularis*). No por azar, Díaz-Plaja dedicó, en los inicios de su carrera investigadora, diferentes libros a esta cuestión: *Introducción al estudio del Romanticismo español* (1936), *El espíritu del Barroco: tres interpretaciones* (1940) y *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (1951). De suerte que el modernismo puede ser interpretado –desde esta perspectiva culturalista– como una expresión barroca que no se circunscribe a los siglos XVII y XVIII, sino que se articula como una manifestación de largo recorrido a través del tiempo.

> Lo barroco es una constante histórica, que se produce en épocas tan recíprocamente alejadas como el Alejandrinismo lo ha estado de la Contra-Reforma, y esta del Fin-de-Siglo, es decir, antonomásticamente, el fin del siglo XIX y de la Trasguerra, que nuestra civilización occidental acaba de vivir... se trata de un fenómeno que interesa, no solo al arte, sino a toda la civilización y hasta, por extensión, a la morfología de la cultura. (D'Ors, 1964: 152)

A fin de cuentas, el Novecentismo se presentaba como una reacción clásica y ordenadora, antirromántica, que buscaba el orden y la claridad a través del cultivo de la inteligencia, esto es, gracias a la difusión de la cultura (Díaz-Plaja, 1932: 90-91). Por eso mismo, el Novecentismo en el universo orsiano –y por extensión, en el de Díaz-Plaja– puede identificarse con una campaña contra el modernismo, esto es, contra el espíritu barroco que volvió a resurgir, después de la aventura modernista, al finalizar la Gran Guerra (1914-1918), en medio del ambiente de crisis generalizada que liquidó las

aparentes seguridades de la *Belle Époque*. «La obra de restauración clásica a que el espíritu del Novecientos consagró sus primeros trabajos, vino pronto a sufrir, consecuencia de la interrupción bélica del 14-18, una recaída barroca, continuada en la era de *Barocchus posteabellicus*, cuya agonía presenciamos hoy. Todo nos induce a creer que el conjunto comprendido entre los años uno y catorce inspira ya nostalgia» (D'Ors, 2002: 97).

De todos modos, esta visión histórica –interpretada desde la perspectiva de los grandes eones o constantes históricas– también se da en Guillermo Díaz-Plaja, que destaca la diferencia entre griegos y gitanos. Ciertamente, se trata de un planteamiento un tanto maniqueo que enfrenta la cultura a la barbarie, el clasicismo al barroquismo, según el esquema de los eones de Eugenio d'Ors que Guillermo Díaz-Plaja formula con una nueva nomenclatura, que hoy podría ser considerada como políticamente incorrecta. «No le demos vueltas. A nuestras gentes, en el campo de la cultura solo le quedan dos opciones: griegos y gitanos» (Díaz-Plaja, 1984: 277). Naturalmente, Díaz-Plaja opta por ser griego, por la cultura, por el orden y la civilidad y, especialmente, por la claridad de exposición, a fin de obtener el mayor beneficio pedagógico posible. «No disimularé –escribe don Guillermo– mi adhesión a las unidades generales del clasicismo, que tiene como garantía el apoyo multisecular de la tradición del humanismo europeo» (Díaz-Plaja, 1984: 221). Junto a esta reivindicación del orden clásico, y si para Ortega y Gasset la claridad es la cortesía del filósofo, algo similar acontece con Díaz-Plaja que ve en la exposición nítida una exigencia ineludible para todos, discípulos y lectores. Aquí se constata, una vez más, su francofilia, su admiración por los manuales escolares galos que se singularizan por su *clarté* (Díaz-Plaja, 1966: 121).

Desde este punto de vista, la cultura adquiere una inequívoca dimensión pedagógica por su carga salvífica o, si se quiere, soteriológica. Se perfila, por tanto, una pedagogía culturalista que tiene que ver con la cultura helénica, con la antigua *Paideia*, y que entronca con la *Humanitas* latina y la tradición humanista del Renacimiento y del Neohumanismo. Además, su fórmula potencia el ocio atento, el *otium cum dignitate* de los latinos, más aún si tenemos en cuenta que *skolé* en griego significa *otium*, ocio. Este ocio digno apunta al fomento de la inteligencia, esto es, a la capacidad de leer –o mejor aún, de inteligir, de leer dentro– los textos que –como catedrático de Literatura– Díaz-Plaja ponía ante los alumnos, consciente de que vivimos en un mundo empalabrado. «El ejercicio de la palabra es

connatural a la vida del profesor» (Díaz-Plaja, 1966: 125). Leer se convierte, pues, en la condición de posibilidad del fomento de la inteligencia, desde el momento que la verdad ya no es unívoca como pretendía Descartes sino que se ha de descubrir a través del ejercicio de la lectura. «La gran revolución del hombre moderno se produce a partir de Montaigne, cuando en sus ensayos propone que el maestro no explique una sola verdad, sino que se exponga a sus alumnos las distintas verdades que sobre un tema pueden producirse» (Santos, 1972: 146). Una actitud ciertamente liberal pero fundamentada en la lectura, en el estudio y no en las ocurrencias de los alumnos.

Otrosí, y de acuerdo con los principios de la heliomaquia orsiana, Díaz-Plaja pretende esparcir la cultura desde arriba, en una especie de combate por la luz que se distingue precisamente por su calidad aunque no olvida tampoco la cantidad. No se trata, pues, de una simple extensión universitaria como predicaban los movimientos regeneracionistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que porfiaban por llevar la cultura a los ateneos, casas del pueblo y fraternidades republicanas, sino de algo muy distinto y que, quizás con un tono burgués, se colocaba bajo la sombra de Goethe, el Júpiter de Weimar. De manera breve y concisa, vemos cómo aquí se formaliza una «noción de servicio», una misión pedagógica, que se preocupa por «aproximar lo mejor a los más» (Díaz-Plaja, 1966: 119-120), con lo que se prioriza la calidad del producto sobre la cantidad, algo muy distinto a la manera de actuar de la cultura de masas, que por lo general desdeña y erosiona la calidad en provecho de la masa, de la cantidad.

El arte de pontificar y espiritualizar

Sabemos que Díaz-Plaja recibió durante sus años de aprendizaje en Gerona la influencia de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 por don Francisco Giner de los Ríos, que falleció en 1915. Ahora bien, el krausismo –filosofía orgánica que postula la unidad en la variedad– no llegó a Díaz-Plaja directamente, sino a través del ejemplo vivo de Casiano Costal, profesor de la Escuela Normal de Gerona, de quien aprendió el principio de la «reverencia al niño», es decir, al alumno. Frente a aquellos que han visto en las relaciones entre Madrid y Barcelona, entre el Principado y España, una confrontación, Díaz-Plaja entrevió una posibilidad de entendimiento, después de ser consciente de haber pertenecido a una generación

perdida por la Guerra Civil (1936-1939), una afirmación que recuerda la que lanzó Gertrude Stein en París al finalizar la Gran Guerra (1914-1918). De tal guisa, que este anhelo de entendimiento genera una voluntad pontificadora, en el sentido literal de fabricar puentes, no solo entre ciudades (Barcelona y Madrid) y territorios (Cataluña y España) sino también entre públicos, entre profesores y alumnos, entre escritores y lectores, con lo que toda su acción adquiere connotaciones pedagógicas.

> Las tres fórmulas esenciales del magisterio (textos, ensayos, artículos) confieren al escritor lo que Díaz-Plaja denomina «la función pontifical», convirtiéndolo en puente entre lo minoritario y lo multitudinario, que permite hacer llegar –palabras que le son muy caras– «lo mejor a los más». Así el ensayo sería una forma amplia y trascendente de pedagogía. (Cruset, 1970: 111)

En el fondo, él nunca fue a la contra, sino que su afán por pontificar, por construir puentes y levantar instituciones, hizo que defendiese a la cultura de cualquier ataque o desacreditación, hasta el extremo de afirmar que «hay una palabra siniestra y sin sentido: contracultura» (Díaz-Plaja, 1984: 276). Él mismo era consciente de que el ensayismo es la «enseñanza media» de la cultura (Díaz-Plaja, 1984: 277). Quizás por ello, siempre se mostró alejado de Rousseau –considerado erróneamente el padre de la pedagogía contemporánea– en su deseo de eliminar cualquier tipo de libro, a excepción del Robinson. Por consiguiente, su fórmula pedagógica, al igual que la orsiana, se desmarca del romanticismo de Rousseau: «No robinsonear; no jugar al hombre primitivo. No volver al salvaje que llevamos dentro» (Díaz-Plaja, 1984: 275).

Si, por un lado, Díaz-Plaja tiene un pie hincado en el pensamiento orsiano, no es menos verdad que el otro se hunde en la tradición institucionista que vivió en la Cataluña de comienzos del siglo pasado una época brillante (Delgado, 2000). Aunque en ocasiones se ha pretendido minusvalorar esta presencia krauso-institucionista en Cataluña, lo cierto es que, además de la amistad entre Francisco Giner de los Ríos y Joan Maragall, Eugenio d'Ors –que siempre fue bien recibido en la Residencia de Estudiantes, desde cuya tribuna dictó importantes conferencias– mostró sus simpatías por Giner, figura enaltecida como un auténtico maestro-pensador español por Josep Pijoan, otro catalán errante (Pijoan, 2002). Con el paso del tiempo, Guillermo Díaz-Plaja pudo conocer de cerca el ambiente pedagógico

institucionista que se estableció en el Instituto-Escuela del Parque de la Ciudadela que dirigía el doctor José Estalella, una iniciativa que responde al «entusiasta trasplante de la pedagogía admirable y a la vez ingenua de Don Francisco Giner de los Ríos» (Díaz-Plaja, 1966: 134). De ahí que su acción educativa como catedrático de Instituto de Lengua y Literatura española estuvo presidida por una mentalidad renovadora, forjada al socaire de los aires innovadores del legado pedagógico gineriano que pretendía vivificar, conferir vida espiritual al alumno. Así se entiende el siguiente aforismo de Díaz-Plaja: «la letra con espíritu entra» (Díaz-Plaja, 1984: 278) e, igualmente, otra afirmación anterior, según la cual «la literatura no es una «asignatura» sino un modo de edificación espiritual que conviene a todas las profesiones» (Díaz-Plaja, 1966: 122). Con estos antecedentes, queda claro que educar no es nada más que vivificar espiritualmente, esto es, despertar a los alumnos al mundo de la cultura, al espíritu.

Está claro que, bajo la influencia institucionista, Díaz-Plaja no puede ver en la relación entre Barcelona y Madrid, entre Cataluña y España, una oposición sino, justamente, un puente que debía de favorecer –de conformidad con el mensaje orsiano– la amistad y el diálogo (D'Ors, 1981). Por tanto, Díaz-Plaja puede ser considerado un ingeniero del pensamiento que se sitúa a medio camino entre los radicalismos de ambos lados, esto es, del separatismo catalán y del centralismo unificador español. Así, Díaz-Plaja no tuvo inconveniente en recriminar a los intransigentes de ambos bandos, los de aquí (Cataluña) y los de allá (Meseta) (Díaz-Plaja, 1966: 162). En esta misma dirección, conviene recordar el título del capítulo «Pudimos entendernos» de su *Memoria de una generación destruida* (Díaz-Plaja, 1966: 67-72), toda una declaración de principios a favor de la concordia, una idea-fuerza que ya esgrimió Cambó y que orientó su vida intelectual y profesional.

Vocación liberal, cristiana y europeísta

Sin olvidar la presencia de Eugenio d'Ors y Francisco Giner de los Ríos, otros tres autores –Ortega, Azorín y Marañón– dejaron su impronta en el pensamiento de Díaz-Plaja. En este apartado, y de cara a nuestros intereses, conviene resaltar la actitud política liberal del Dr. Marañón que también se da en el caso de don Guillermo. En esta dirección, José Cruset indica que la diferencia entre D'Ors y

Díaz-Plaja radica en que el segundo no participa del dogmatismo del primero (Cruset, 1970: 67). Por ello, su posición política puede ser calificada con el adjetivo de liberal, en consonancia con los principios de la Institución Libre de Enseñanza, si bien encontró una piedra de toque en la actitud de Gregorio Marañón, quien publicó en 1946 unos *Ensayos liberales* dedicados a la reflexión literaria y cultural. En el prólogo a la primera edición de aquellos ensayos, el Dr. Marañón escribía unas palabras que pueden hacerse extensivas a Guillermo Díaz-Plaja:

> Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin. (Marañón, 1960: 9)

Es bien conocido que el Dr. Marañón se refugió en París en 1936, al estallar la Guerra Civil. También es cierto que Guillermo Díaz-Plaja colaboró en la defensa de la cultura de la Cataluña republicana durante aquellos tres años, entre 1936 y 1939, si bien no militó en partido alguno, manteniendo una actitud liberal que podemos comparar con la que observó el Dr. Marañón. No perdamos de vista sus palabras: «A mi juicio, nuestra generación fue una promoción sacrificada. Demasiado joven en 1936, nos sentimos, de pronto, demasiado viejos en 1939. Nos quedamos, pues, desfasados, sin brújula y sin maestros, navegando como Dios nos dio a entender (Díaz-Plaja, 1966: 179).

Y aunque aquella generación destruida por la guerra acusó la falta de maestros, tuvo que arreglárselas como pudo. En el caso que nos ocupa, en el de Guillermo Díaz-Plaja, recurrió culturalmente como hemos visto a Eugenio D'Ors, si bien políticamente su posición recuerda la del Dr. Marañón que residió en París durante los años de la ocupación alemana (Castillo, 2017: 21-25). Fue entonces cuando el insigne doctor fijó su atención en los exiliados españoles de otra hora, gestando libros como *Luis Vives. Un español fuera de España* (1942) y *Españoles fuera de España* (1947). Al cabo, Guillermo Díaz-Plaja, que optó por no marchar al extranjero en 1939, sí que se sintió, a lo largo de toda su vida, recluido en una especie de exilio interior, aunque gozó de la libertad de su biblioteca y de las lecturas. «Mi lema sería "a la plena libertad por la cultura"» (Santos, 1972: 152). No por azar, el aforismo «Soy un europeo en el exilio», figura en el elenco incluido en el libro *Entre la vida y los libros* (1984: 239).

Solo desde esta perspectiva se puede entender su posición política de sesgo liberal y cristiano, sin perder de vista su condición de europeo en el exilio. Ahora bien, conviene remarcar que su idea de Europa no es de significación política ni económica, sino cultural, en el sentido de que el viejo continente ha de aspirar a ser un mercado común de la cultura. Él mismo entrevió en D'Ors una posición pacifista que se dejó sentir, especialmente, durante la Primera Guerra Mundial (Díaz-Plaja, 1970: 63-66). Viajero empedernido y alejado de los nacionalismos excluyentes, su europeísmo suena a universalismo y culturalismo, en un todo –una Europa cultural– que significa vida frente a la muerte de la Europa totalitaria. «Europa o la muerte. Mi ideal político sería naturalmente los Estados Unidos de Europa, que no tendrían otro defecto que el de no ser los Estados Unidos del mundo» (Santos, 1972: 89).

Con relación a su posición religiosa parece claro que Díaz-Plaja no es ateo, ni indiferente, aunque su actitud se inspira más en la de un cristianismo franciscano que en la de un catolicismo dogmático e inquisitorial. «Ser ateo es demasiado fácil; pero ser católico es demasiado difícil» (Díaz-Plaja, 1984: 263), con lo que da la impresión de optar por una vía media entre el ateísmo y la ortodoxia cerrada. En este sentido, mientras Eugenio d'Ors se decide sin ambages por el catolicismo, Guillermo Díaz-Plaja se identifica con un cristianismo ecuménico. Más que argumentos racionalistas y ciegas manifestaciones fideístas, la religiosidad de Guillermo Díaz-Plaja posee una fundamentación lírico-poética, de modo que depende más del logos poético que del logos metafísico de la filosofía. Sus poemas –por ejemplo, *Vencedor de mi muerte* (1952), *Belén lírico* (1965)– ponen al descubierto este acceso a lo divino, al misterio, a través del logos poético. En fin, este trasfondo cristiano es compatible con su vocación política liberal y europeísta, teñida de algún tono escéptico heredado de Montaigne pero que no corroe ni destruye las bases de su universo mental que confía en la inteligencia humana, en su capacidad de leer y comprender el mundo y en la esperanza en un Dios hecho misterio que la poesía pone al alcance del ser humano. Bajo la influencia de San Agustín y de Pascal, para Díaz-Plaja Dios no se puede reducir a simple discurso, ni a un tratado teológico construido fría y racionalmente, sino que es accesible gracias al lirismo, a la poesía, al misticismo, esto es, a la fuerza de la palabra porque –como dice el Evangelio joánico– «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios».

A modo de conclusión

Antes de concluir, podemos remarcar algunos puntos básicos de la cosmovisión de Guillermo Díaz-Plaja, que considera al ser humano un hombre inteligente (*Homo intellectualis*), capaz de leer el libro del mundo (*intus-legere*), que está escrito con palabras y símbolos culturales más que con fórmulas frías y axiomáticas. Así pues, Díaz-Plaja no aboga por un espíritu geométrico (Descartes) sino un espíritu de finura (Pascal), aunque la única matrícula de su bachillerato fuese, justamente, en geometría. Si antropológicamente el hombre se distingue por la inteligencia, el mundo se caracteriza por su dimensión cultural mucho más que por su estructura físico-matemática, por una visión mecánica de las cosas. Aquí también deben resonar las palabras orsianas, cuando el Pantarca afirmaba que el universo no es una máquina, sino una sintaxis que la inteligencia humana ha de saber descifrar.

A su vez, Dios aparece como el soporte de una visión que es posible alcanzar gracias al lenguaje poético. El ser humano, como *homo viator*, puede llegar a este fundamento, hasta este Dios que se ha hecho hombre y que, en el misterio de la Navidad y de la resurrección pascual, habita entre los hombres. Un Dios, en definitiva, que se ha hecho hombre por amor y que, gracias al amor, puede enamorar al alma humana que reconoce, a través del arte, de la poesía, su superior majestuosidad. En suma, Díaz-Plaja fue un pensador –y por extensión, un pedagogo– culturalista que sabe que culturalizar significa espiritualizar, que la cultura es un derecho y un deber y que –en cuanto memoria de nuestro pasado– constituye el mejor antídoto contra la barbarie, es decir, contra aquellos que en nombre del progreso económico y tecnológico denigran la cultura por considerarla una rémora de la que hay que prescindir o eliminar. Frente a la frivolidad posmoderna, Guillermo Díaz-Plaja fue consciente de que la libertad solo es posible en el marco de la cultura.

Bibliografía

Amat Fusté, J.; Bravo Cela, B.; Díaz-Plaja Taboada, A. (2009). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja (1929-1984)*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona - Reial Acadèmia de Bones Lletres.

Castillo Cáceres, F. (2017). *Españoles en París 1940-1944. Constelación literaria durante la Ocupación*. Madrid: Fórcola Ediciones.
Cruset, J. (1970). *Guillermo Díaz-Plaja*. Madrid: Epesa.
Delgado, B. (2000). *La Institución Libre de Enseñanza en Catalunya*. Barcelona: Ariel.
Díaz-Plaja, A.; Roca-Sastre Díaz-Plaja, E.; Vela, L. (eds.) (2007). *Bibliografía del Dr. Guillem Díaz-Plaja*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres.
Díaz-Plaja, G. (1932). *L'Avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica*. Barcelona: La Revista.
— (1935). *Cartes de navegar*. Barcelona: Llibreria Catalònia.
— (1955). *Veinte glosas en memoria de Eugenio d'Ors*. Barcelona: Publicaciones de la Diputación Provincial.
— (1959). *Papers d'identitat*. Barcelona: L'Espiga.
— (1966). *Memoria de una generación destruida: 1930-1936*. Sant Cugat del Vallès: Delos-Aymá.
— (1967). *La defenestració de Xènius*. Andorra la Vella: Andorra (Col·lecció Ahir-Demà, 1).
— (1970). *El calendario inútil*. Madrid: Novelas y cuentos.
— (1972). *Obras selectas*. Barcelona: AHR.
— (1973). *Europeo en el exilio. Crónica del acontecer cultural, 1972*. Barcelona: Picazo.
— (1975). *Estructura y sentido del Novecentismo español*. Madrid: Alianza.
— (1981). *El combate por la luz: la hazaña intelectual de Eugenio d'Ors*. Madrid: Espasa-Calpe.
— (1984). *Entre la vida y los libros*. Barcelona: Argos Vergara.
D'Ors, E. (1964). *La Ciencia de la Cultura*. Madrid: Rialp.
— (1981). *Diálogos*. Madrid: Taurus.
— (1982a). *Crónicas de la ermita. Historia de las esparragueras* (prólogo de G. Díaz-Plaja). Barcelona: Ediciones del Cotal.
— (1982b). *Lo social en Eugenio d'Ors y otros estudios* (edición de G. Díaz-Plaja). Barcelona: Ediciones del Cotal.
— (2000). *Confesiones y recuerdos*. Valencia: Pre-Textos.
— (2002). *Lo barroco*. Madrid: Tecnos/Alianza.
D'Ors, J. P. (1987). «D'Ors, mi padre». *Razón Española*, VII, 21: 7-27.
López-Aranguren, J. L. (1981). *La filosofía de Eugenio d'Ors*. Madrid: Espasa-Calpe (1.ª ed., 1945).
Marañón, G. (1960). *Ensayos liberales*. Madrid: Espasa-Calpe (5.ª ed.).
Pijoan, J. (2002). *Mi Don Francisco Giner, 1906-1910*. Madrid: Biblioteca Nueva.
Pla, X. (2004). «El intelectual errante». *La Vanguardia*, suplemento de cultura (29 de setiembre), 119.

Santos, D. (1972). *Conversaciones con Guillermo Díaz-Plaja*. Madrid: Emesa.
Tusquets, J. (1984). *La pedagogía culturalista de Eugenio d'Ors*. Barcelona: CSIC-Delegación de Barcelona.
— (1989). *L'imperialisme cultural d'Eugeni d'Ors*. Barcelona: Columna.
Varela, J. (2017). *Eugenio d'Ors 1881-1954*. Barcelona: RBA.
Vilanou, C. (2008). «Enllà del Noucentisme: lectura pedagògica de l'arquitectònica d'Eugeni d'Ors». En Monés, J. (coord.) *Pedagogia, política i transformació social (1900-1917). L'educació en el context de la fundació de l'Institut d'Estudis Catalans* (págs. 107-144). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.

Guillermo Díaz-Plaja, puente entre culturas

➤ *Julia Butiñá Jiménez*
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Es para mí extremadamente gratificante estar aquí, en *mi* ciudad y en *mi* Academia, de la que recuerdo entrañablemente a los presidentes que ya no están con nosotros: al Dr. Eduard Ripoll, compañero y buen amigo, y al Dr. Riquer, mi maestro. Y además, en el barrio por donde paseaba Bernat Metge, cuando iba, como dice, «passeguan / a mon hostal, dins la ciutat / de Barsellona, on fuy nat» (*Llibre de Fortuna e Prudència*, ed. Riquer, 1959).

Y lo es hoy de modo prioritario por la ocasión que nos reúne: recordar a Guillermo Díaz-Plaja, a quien debo nada menos que mi dedicación a las letras; y ello gracias a una cualidad suya que quizás no se suele rememorar tanto como otras: era un excelente orador. Pues, como he explicado en su página web, todavía oigo resonar en mi cabeza el traqueteo de las carretas camino de Pueblo Nuevo, de Juan Ramón Jiménez, poema que nos recitó en el colegio –el Sagrado Corazón de Sarriá–, en una conferencia en la que parafraseaba «Allá vienen las carretas» del poeta de Moguer, a mediados de los años cincuenta del siglo pasado.

Y también me es gratificante, y en gran medida, por estar acompañada por el que debo llamar mi colega del alma, el profesor Joan Ribera; él, del campus vecino: la Universidad Complutense. Pues los dos hemos formado un tándem a lo largo de unos tres decenios, al que hay que atribuir un muy alto porcentaje de la exportación de la cultura catalana a Madrid. Dúo que tiene efectividad ya desde el hecho de nuestra procedencia y nuestros acentos, que tiene alta ejemplaridad, dado que una catalana-barcelonesa, y un valenciano-de-pura-cepa enseñan la *misma* literatura y en la *misma* lengua. La suya, como podrán comprobar, marcada por el bello y arcaico hablar del antiguo reino de Valencia.

Tengo que decir asimismo que a él le corresponde la palabra en primer lugar con gran propiedad por ser su especialidad las letras modernas, lo cual le brinda un bagaje literario muy cercano a quien en mi infancia era el señor Díaz-Plaja –padre de mi gran amiga Aurora– y al que, con el tiempo, he elevado a la categoría de don Guillermo.

Hemos perfilado juntos el título de esta charla –de hecho, el interculturalismo entre las letras catalanas y castellanas– porque Díaz-Plaja lo ejercitó en profundidad. Si vamos a su gran *Historia General de las Literaturas Hispánicas* se aprecia bien que, como hombre eminentemente vitalista, necesita pasar de un mundo a otro, y de una tierra y de una cultura a otra. Y así, en sus 6 volúmenes, en que participa la plana mayor de las autoridades del pensamiento y las letras de su tiempo: Menéndez Pidal, Lapesa, Laín..., no trata solo de la lengua castellana. Y yendo, por ejemplo, al volumen del XIX, la literatura vasca corre a cargo de un Luis Michelena, y firma la catalana Jorge Rubió i Balaguer; por lo tanto, no podían estar en mejores manos. Por otro lado, es meritorio que en la española distinga a la cubana (destacando grupos marcados socialmente, como el del destierro), y es testimonial que atienda a la creación literaria de Filipinas, hoy totalmente inexistente.

A Díaz-Plaja se le ha llamado un hombre integrador y otras expresiones propias del talante de diálogo, lo cual lo refrenda como tendedor de puentes, que es la expresión que utiliza él mismo: «He intentado ser un poco el hombre-puente entre las dos grandes culturas» (diario *ABC*, 1978); es más, es una expresión que recoge a menudo su misma hija Ana.

Sobre el puente que cubre las letras catalanas y castellanas leo en sus *Ensayos sobre comunicación cultural*: «Personalmente, medio siglo de meditación sobre el tema y un considerable número de páginas escritas en torno al mismo acreditan mi vocación, acaso quimérica, de encontrar esas vías de entendimiento, a medio camino entre tantas posiciones primarias, viscerales, y por ello, irreductibles» (1984).

O bien en *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*: «Los que pertenecemos a las Españas bilingües sabemos bien cuánto perfeccionaría el concepto de comunidad una visión comprensiva y entendedora de la diversidad hispánica» (1966). Ideas que, vagamente, pero me remiten a conversaciones que mantuve con él.

Sin embargo, y a modo de contraste vamos a ir –aunque marginalmente– al último volumen (61, 2016) de una Revista Internacional de Filología: *Caplletra*, de donde obtengo unos datos sobre

literatura infantil y juvenil, temática en la que me fijé porque había trabajado años atrás esa materia, por hallarme elaborando una *Guía* de la producción en las *cuatro* lenguas de España, guía actualizada hoy en el portal virtual de la Biblioteca Cervantes. En el artículo de aquella publicación valenciana se escoge este género a modo de muestra a fin de pulsar la interculturalidad. Y se observa que, dentro de un corpus de 95 libros, entre 2002 y 2006, el 60 % no tiene en cuenta la diversidad cultural, ni la existente y habitual, ni la nueva a causa de la inmigración; como tampoco cuenta con los grupos marcados socialmente –como el de la mujer, como colectivo–, dando a entender una sociedad monolítica y una cultura estática. En consecuencia, el autor, Xavier Mínguez-López, asume que esta literatura no está a la altura de los procesos vividos por la sociedad, por tener inclinada la balanza hacia lo local.

Pero, como leemos a mitad del I libro de la deliciosa novela humanista *Curial e Güelfa,* aquí estamos solo para hablar de *Curial*. O sea que, después de la constatación de que nos habrían hecho falta más Díaz-Plajas, voy a una simpática referencia suya de un pasado aún cercano: es del profesor Miguel Batllori –asiduo a esta casa y compañero de estudios de don Guillermo–, quien cuenta en sus *Records de quasi un segle* (2000) que, dando en Mallorca clases de literatura española, en los años cuarenta, explicaba con total normalidad, de Llull a Alcover: puesto que eran autores que se incluían en los libros de texto de su amigo; y él los había escogido para su docencia.

Y centrándonos en el sesgo multicultural, habría que hacer, más allá de los textos, un apartado para el valor que daba a la palabra. ¿Qué tiene que ver con la idea de puente? Pues todo, porque la misma palabra es puente; el principal que tenemos para acercarnos a nuestros semejantes. Y en los distintos Díaz-Plaja que miremos –el ensayista, el poeta, el crítico literario, el pedagogo, el viajero nato– la dignificación del verbo es una constante, pues entendió como pocos lo que es la palabra.

Veamos cómo introduce a los niños al estudio literario, por medio de un escenario neoplatónico, pero muy llanamente:

> El hombre, Rey de la Creación, estudió el mundo para dominarlo; midió las distancias de los astros, cultivó la tierra, explotó las minas; pero el mundo ofrecía al hombre, además, el espectáculo de su belleza, espejo de la belleza de Dios. Ante el espectáculo del mundo, el hombre quiso imitar sus formas y se sintió artista. Y desde hace miles de años

> creó obras de arte con los colores y con los sonidos. Nosotros vamos a estudiar las que ha obtenido por medio del más sencillo y noble de los instrumentos: LA PALABRA.

En el libro en cuestión, de 1971 y titulado *Los métodos literarios*, especifica que estos no son moldes sino cauces expresivos; distinción apropiadísima para quien no es que fuera natural y liberal, sino que era la libertad andante. Y empieza distinguiendo los conceptos de *preceptiva*, *estilística*, *historia literaria,* que sirven para nuestra formación espiritual e información cultural. ¡Qué bien suena todo esto y qué poco lo oímos!, dice. Y acto seguido recoge unas líneas de –¿cómo no?– *El elogio de la palabra* de Maragall, mostrando que la palabra sigue viva a pesar de la destrucción.

Por todo ello, impresiona utilizar la palabra refiriéndose a quien así la apreciaba. Pero aun sabiendo que el bilingüismo supone no dominar ninguna de las dos lenguas, el profesor Ribera y yo hemos querido ejercer aquí nuestra condición de bilingües en nuestras intervenciones en este acto, dentro de la naturalidad y la libertad que a él le caracterizaban.

A continuación me voy a atrever a hacer un inciso para dejar constancia de un hallazgo que he hecho preparando este parlamento; aunque para ello tengo que ir necesariamente a nuestro propio recorrido profesional. Pues debo aludir a la creación del máster, que data del año 2007 –fue el primero en la Facultad de Filología en la UNED–, que se titula *Literaturas hispánicas (catalana, gallega, vasca) en el contexto europeo*, y que según el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte es único por su orientación; en él han impartido clases la Dra. Isabel de Riquer y también el Dr. Ribera. Asimismo tengo que citar el *Portal de Humanidades de Liceus,* como responsable del área de las Lenguas hispánicas no castellanas, cuya parte moderna llevaba Joan, e irremediablemente hay que citar nuestra *Revista de lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca*, en la que hemos trabajado juntos desde sus inicios, que se remontan a finales de la década de los ochenta. (El español no lo ponemos en estos títulos, ya que no tiene sentido venderlo en Madrid, si bien históricamente es el paraguas que cubre o con el que se relaciona todo).

Pues bien, estas actividades, además de otras con enfoque similar: crear fondos bibliográficos, presentaciones de libros, entrevistas radiofónicas, establecer un puente cultural Barcelona-Madrid, dotando becas para investigadores, la promoción de Honoris Causa en las lenguas de España –por la catalana fue investido el Dr. Antoni

Badia i Margarit–, homenajes por videoconferencia –así se le hizo al Dr. Joan Veny–, etc.; todo ello, junto con las 10 Jornadas Anuales Comparatistas de Lengua y Literatura Catalana, Gallega y Vasca –en que implicábamos a otras universidades madrileñas– suma en total una gran inversión en horas; a restar de nuestra tan querida investigación, claro está.

Y he advertido ahora que en todas estas tareas podríamos haber contado con la ayuda, la presencia, dirección o consejo de don Guillermo. Pues al fin y al cabo estábamos aplicando a fondo su papel de puente.

A la vista de ello, muy sinceramente y sin caer en el tópico panegírico, me pregunto si –así como uno sabe identificar a sus maestros normalmente– me correspondería tenerle por ascendente de esta tendencia, pues no me había planteado nunca antes el reconocer a nadie; y es obvio que siempre hay una deuda hacia alguien. Por tanto, aunque no pueda documentarlo, honestamente, me resuelvo a adjudicarle tal ascendencia. Así pues, debo pasar a considerar su sombra en frases que he repetido a menudo, como esta: «Es más importante la comunicación cultural que la misma cultura, porque no sirve de nada acumularla por atesorarla». Idea que, como docente, él debía llevar grabada.

Pero volvamos al dinamismo multicultural de don Guillermo, que se capta estupendamente en sus libros de poemas. *Los adioses*, de la Navidad del 62, lo conservo con particular afecto por tenerlo dedicado: «A Julita Butiñá, por su interés por estas cosas». Es su tercer cuaderno de sonetos, y son despedidas fúnebres, que oportunamente empiezan con Jorge Manrique, pero donde vemos –¡maravillas del comparatismo!– a Byron junto a Teresa de Jesús...

Y no dejaré de citar los puentes que son resultado de su experiencia viajera, ya que él, que se autodefine como trotamundos, pasaba por ellos con un donaire exquisito; en especial, a través de su quehacer de poeta –oficio tan querido para él y en el que me detengo con agrado puesto que se lamentaba de su escasa valoración–. Así, en *Poemas de Oceanía*, que desde el título manifiesta su carácter expansivo, los poemas afloran entre plegarias budistas, niños nativos escuálidos y floridas jovencitas exuberantes a lo Gauguin. Ahora bien, don Guillermo recuerda cuando Oceanía hablaba castellano, por lo que ahora, sin unión lingüística –cito un par de versos firmados en los Mares del Sur, en abril de 1971–, dice que el caminante: «navega estas remotas geografías/ como un desalentado forastero».

Bajo esta sensación, pues, nos transmite espléndidamente la más íntima funcionalidad de la lengua y los penosos efectos de su interrupción.

Además, con objetividad crítica, capta un momento del derrumbe de tales puentes en el poema titulado: «El primer capitán español que llegó en una fragata a la isla de Tahití y murió en ella». He aquí cómo nos describe el luctuoso suceso en los cuatro últimos versos:

En el palacio virreinal se escriben
retóricas epístolas que narran
que el mundo de los sueños continúa.
Madrid archiva y calla.

Al cerrar, tengo que admitir que no he abandonado a mis incondicionales, como Metge; por ello y con mayor motivo, sacaré a relucir a su mentor, a Llull, en este año –en el que celebramos su 7.º centenario– y en honor a la Academia. Y haré como el gran filósofo, que escindía claramente entre la primera y la segunda intención, ya que para *mestre* Ramon, la número uno, la que va arrasando, ha de ser siempre la divinidad, y lo demás es secundario. Y a raíz de ello diré que, a pesar del tono personal que me he permitido en un ámbito de proximidad, mi intención ha sido la de contribuir fielmente al homenaje a esta gran personalidad –*Querido amigo, estimado maestro*, recordando el título de la preciosa antología epistolar recogida por su hija y otros autores–, que tuve la suerte de conocer y tratar muy directamente y muy de cerca. Idea a la que adjunto una última reflexión de corte humanístico: vivamos las oportunidades, ¡qué daría yo hoy por una charla con don Guillermo!

Bibliografía

Batllori, M. (2000). *Records de quasi un segle*. Barcelona: Quaderns Crema.

Caplletra (2016), núm. 61.

Díaz-Plaja, G. (dir., 1949-1967). *Historia general de las literaturas hispánicas* (introducció de R. Menéndez Pidal). Barcelona: Vergara. 6 vols.

— (1962) *Los adioses. Tercer cuaderno de sonetos*. Barcelona: La Espiga.

— (1966). *Memoria de una generación destruida (1930-1936)* (prólogo de J. Marías). San Cugat del Vallés: Delos-Aymá.

— (1971). *Los métodos literarios. La literatura. Su técnica. Su historia*. Buenos Aires: Editorial Ciorda.

— (1984). *Ensayos sobre comunicación cultural*. Madrid: Espasa-Calpe.
VV. AA. (2007). *Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo Díaz-Plaja, 1929-1984*. Ed. de Amat, J.; Bravo Cela, B. y Díaz-Plaja Taboada, A. (prólogo de Caballé, A. Barcelona). Universidad de Barcelona-Reial Acadèmia de Bones Lletres.

Guillermo / Guillem Díaz-Plaja, discurso y práctica comparatista catalano-castellana

➤ *Juan M. Ribera Llopis*
Universidad Complutense de Madrid

I. En 1972 y a la edad de sesenta y tres años, en el volumen conversacional y de corte memorialista compartido con Dámaso Santos –personalidad con quien concibiera, junto a Joan Ramon Masoliver y Enrique Sordo, la creación el año 1956 del Premio de la Crítica, único galardón literario concedido en las cuatro lenguas estatalmente españolas–, Guillermo Díaz-Plaja (1909-1984) era apreciado como «puente» por su «actitud espiritual» (Santos, 1972: 154) acerca de las relaciones castellano-catalanas y aún por su intermediación entre las élites intelectuales madrileñas y barcelonesas. Quien desde finales de los años veinte e inicios de los años treinta venía firmando editorialmente con su antropónimo en castellano o en catalán, según el primordial contenido que tratara en sus primeros ensayos y la lengua en que los compusiera, ya en el extremo opuesto de su propio arco cronológico, el del último tercio del novecientos, era muy justificadamente emparentado con el itinerario y la fortuna del diálogo intercultural español. Lo era por su criterio ante las cuestiones inesquivables y los fundamentos a su favor que se abordan puntualmente en el capítulo cuarto del libro mencionado al inicio de estas líneas. También por la obra propia que, para entonces, ya le reconocía como autoridad al respecto.

Atendido ahora ese segundo referente, considérese el reconocimiento implícito que se evidencia al recibir el encargo de la dirección desde 1949 del proyecto de la *Historia general de las literatura hispánicas* –compendio de complementarias aportaciones ante el cual cabe atender al «Esquema historiográfico» de su volumen inaugural (Díaz-Plaja, 1949: LXI-LXXV) por las diversas hispanas a las que acude– ; así mismo por haber sido a lo largo de los años setenta el

ordenador del *Tesoro breve de las letras hispánicas*, incluyendo la serie de tres volúmenes a favor del *Mosaico español*, compuesto por contenidos literarios vascos, gallegos y de «Literaturas catalana, valenciana y balear» –denominación de resonancia alcoveriana, a propósito de cuyo alcance pancatalanista en manos de Guillermo Díaz-Plaja no cabe dudar tal, como el autor sustenta en otros textos (Díaz-Plaja 1978: 133-137)–, componiendo antologías de sus correspondientes prosas y poesías, con prólogo histórico-cultural, resumen de períodos literarios y presentación de autores y textos; y también debido a la labor de concienciación llevada a cabo, sin deberse desestimar títulos divulgativos como *España, un modo de ser* que incide sobre un modo de «vivir colectivo» (Díaz-Plaja, 1972: 7), pero muy en particular con sus ensayos académicos.

La mención a este último bloque de la producción de Guillermo Díaz-Plaja nos instala ante un *corpus* histórico-literario y crítico cuyos títulos, muchos de ellos repetidamente reeditados, han sido para profesores y alumnado de Filología Románica y de Filología Hispánica de las universidades españolas la metódica y evidente prueba de la intersección literaria del componente catalán en el concepto de *lo español* o de *la literatura española*, siempre con documentada consideración, aunque no de modo excluyente. En este horizonte de comprensión intelectual y de rentabilidad formativa, entre su génesis y su aprovechamiento investigadores, se alinean *Modernismo frente a Noventa y ocho* (1951), *Veinte glosas en memoria de Eugenio D'Ors* (1955), «Hacia una definición de Eugenio D'Ors» (*Cuadernos para el diálogo,* 1955 (61): 50-59), *Las estéticas de Valle-Inclán* (1965), *Un período por estructurar: el novecientos español* (1975), *Estructura y sentido del Novecentismo español* (1975) y *El combate por la luz: la hazaña intelectual de Eugenio D'Ors* (1981). Atiéndase a la incidencia por parte de su autor en la profundización en un cambio de siglos del que surgiera el canon que debiera haber señalizado nuestra compartida historia cultural. En todo caso, nos permitimos insistir en que en sus contenidos radicaba la primera información sistematizada que recibíamos, aún allá por los años setenta, los alumnos de aquellas extintas licenciaturas en las universidades españolas de fuera de la geografía lingüística catalana sobre literatura y vida literaria contemporáneas catalanas, y acerca de su protagonismo en las letras españolas del siglo xx.

Bástenos ahora argumentar que sobre este sucinto perfil intelectual y académico, así como valorando la función histórica y cultural de Guillermo Díaz-Plaja, nos atreveremos, primero, a recorrer la composición de su discurso crítico desde la inicial aportación

de preguerra, mantenido desde el mismo 1940 y que aquí interesa contemplar hasta los años sesenta y principio de los setenta; y, en segundo lugar, el aprovechamiento de los presupuestos esgrimidos por él desde y a favor de la práctica comparatista y que hoy revierten en la literatura comparada dicha de zona o de comunidad interliteraria, también zonología, de especial aprovechamiento para un ámbito como es el ibérico-peninsular.

II. De 1927 a 1932, en castellano y en catalán según el contenido primordial de su contenido, Guillermo/Guillem Díaz-Plaja inicia desde sus primeras aportaciones la composición de un mapa literario peninsular cimentado en el establecimiento de documentadas redes de conexiones e intercambios entre sus tradiciones históricas. El perfil de Rubén Darío (Díaz-Plaja, 1927 [reed.1930]: 15) constata el impacto de la visita a Mallorca en el nicaragüense y sus contactos con los modernistas catalanes, mientras que en su atención al vanguardismo catalán (Díaz-Plaja, 1932: 11-22) incide en la posición privilegiada de Cataluña como intermediaria hacia la Península de las corrientes literarias continentales; notifica además la propia participación en la encuesta de *La Gaceta Literaria* sobre las vanguardias y comenta el protagonismo de vanguardistas castellanos como Guillermo de Torre y Gómez de la Serna, al tiempo que advierte sobre la correspondencia de las etapas de las vanguardias catalana y castellana –maquinismo, popularismo y evasión sobrerrealista–.

Cierto que aquella primera advertencia rubeniana era breve y por ello le urgiría a su autor ampliarla en aportación muy posterior –con «Rubén y los modernistas catalanes», en *Ensayos sobre comunicación cultural* (Díaz-Plaja, 1984: 307-310)–, no obstante la semilla estaba sembrada. Si pasamos a ordenar de modo sucinto aportaciones de aquellos años, solo cabe seguir su crecimiento. Después reunidos en *La voz iluminada* (1952a) junto a otros posteriores que desde 1946 divulgaban producción catalana, trabajos de finales de los años veinte e inicio de los treinta articulan un espacio a dos voces: de 1928, «Mapa dramático español» traza la crónica por extenso de las escenas castellana y catalana, introduciendo al público castellano los nombre de Millàs-Raurell, Carles Soldevila y Josep Carner; de 1929, «Moratín en Barcelona» se plantea como un caso de interrelación literaria con referencias a los viajes catalanes del dramaturgo y poeta madrileño, a textos con partes en catalán o a su comprensión del carácter del pueblo visitado; y de 1931, «Dos tablados de Marionetas» acerca las prácticas teatrales de corte expre-

sionista de Pere Corominas y de Ramón del Valle-Inclán (Díaz-Plaja, 1952: 15-55). Tempranas colaboraciones de 1928 a 1932 aún se recogerían muy posteriormente en unos «Atisbos literarios» y en el compendio «El diálogo peninsular en 1930» (Díaz-Plaja, 1975: 107-230, 231-254), donde se pasa por nexos como Federico García Lorca y Tomàs Garcés, o Joan Maragall y Juan Ramón Jiménez, así como por las exposiciones y las mutuas nuevas de las revistas literarias que permitían confiar en un espectro compartido. Por su parte, el volumen *La poesía lírica española* (1937) inserta en su entramado noticias que van de la corte napolitana de Alfons V el Magnànim al medievalismo inherente a la Renaixença, con llamadas sobre el nacimiento de las aspiraciones políticas catalanas. Mientras tanto, la producción como antólogo y la aportación didáctica del autor –de *Visiones contemporáneas de España: textos descriptivos* (1935) a *Síntesis de literatura española. Siglos XII-XVII* (1939)– ya entonces incorporaba a la comprensión de *lo español* textos de autores catalanes, valencianos y baleares en el primer volumen mencionado, así como, en el segundo, noticias desde los trovadores catalanes en provenzal hasta el clasicismo catalán del siglo XV, pasando por la especial atención dedicada a Ramon Llull, escritor de «enorme influencia en el desarrollo de la literatura europea, es el primero de los filósofos que emplea el romance para su obra» (Díaz-Plaja, 1939a: XXXVII-XXXVIII).

Sobre ese entramado iba a crecer un proyecto con criterio literariamente plural que, entendemos, se evidencia, ya en aquel momento, con dos títulos referenciales. De uno ya se ha mencionado parte de su contenido y planteamiento. Nos referimos a *L'avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica* (1932), donde los referentes de expresión castellana, de acuerdo con su índice onomástico, van de Alarcón a Alberti, pasando por Ganivet o Baroja, abordando en uno de los trabajos el coetáneo debate antiunamuniano y la deriva acerca de una cuestionable catalanofobia, debidos ambos enjuiciamientos a los criterios sobre la lengua oficial sustentados por el autor vasco (Díaz-Plaja, 1932: 99-111). El otro es *Introducción al estudio del Romanticismo español* (1936), Premio Nacional de Literatura de 1935, ensayo donde Guillermo Díaz-Plaja ratifica la función de las letras y la vida literaria catalanas como intermediarias e introductoras del Romanticismo en el resto de la Península; y lo documentará remitiendo a cabeceras canónicas como *El Europeo* y a portavoces como Ramon López Soler, a la implantación de tendencias de acuerdo con sus mensajes, y a la actuación de autores catalanes, según los géneros abordados, en lenguas castellana –Bonaventura C. Aribau, Víctor

Balaguer, Manuel de Cabanyes, Miquel dels Sants Oliver...– y catalana, traducido en este caso el texto de Joan Cortada y transcrito el original de Àngel Guimerà, el final del acto segundo de su *Jesús de Nazaret* como documento de la «tendencia al cuadro» por parte del teatro romántico (Díaz-Plaja, 1936: 108).

Son estos dos importantes puntales, sobre los que se asienta un inmediato primer ensayo donde se aborda de modo frontal la formulación de la literatura española como un conjunto plural. De 1939 es *La ventana de papel: ensayos sobre el fenómeno literario*, cuyo capítulo «Estudio sobre el carácter de la literatura española», en su apartado «Lo español, conjunto sinfónico» (Díaz-Plaja, 1939b: 29-37), defiende y teoriza a propósito de una comprensión integradora de lo literario hispano. Lo encara posicionándose contra una simplificación y esquematismo de *lo español* sobre la base del reconocimiento a la conjunta variedad de realidades lingüísticas y culturales para, de este modo, y rompiendo la establecida «galería de clisés», reenfocarlo «desde un particular ángulo de visión»; incorpora terminología apropiada para su estudio como «zonas fronterizas» o «cambiantes» o variantes del espíritu literario; encara Castilla como síntesis o «carácter típico español» pero sujetándose a la interrogación de «¿Cómo y en qué sentido pesan los distintos caracteres ibéricos sobre la literatura central?». Es interesante y práctico ver las secuencias autoriales que se aportan y que permiten reconsiderar la génesis y el desarrollo de ciertas categorías literarias. Así y por ejemplo cuando, en un segundo apartado, «Las constantes meridionales del barroco» (Díaz-Plaja, 1939b: 43-46), se recorre la dinámica que arranca con los trovadores y alcanza las formas barrocas catalanas anticipadas y la obra de Joan Roís de Corella y de los considerados discípulos de Ausiàs March.

Ante la continuidad y ampliación de esta propuesta por parte de su autor, cabe apelar en este punto a un valor añadido. Conectada histórico-filológicamente con los criterios de transversalidad ante un espacio histórico compartido que provenían del romanismo ochocentista y que había dictado y practicado Manuel Milà i Fontanals y habían continuado sus discípulos Antoni Rubió i Lluch y Marcelino Menéndez Pelayo, el ejercicio de Guillermo Díaz-Plaja contravenía en los años diez y veinte el criterio de verticalidades excluyentes propugnado por Ramón Menéndez Pidal, Lluís Nicolau d'Olwer, Eugenio Carré Aldao o Fidelino de Figueiredo para cada una de las tradiciones romances peninsulares. Tras 1939, esa opción entraba en un conflicto añadido, el de cariz político, al estar

contando con un patrimonio lingüístico y literario cuya verdadera comprensión y realidad descartaban las disposiciones franquistas. No obstante, títulos reeditados, muchas veces ampliados, y nuevos trabajos de Guillermo Díaz-Plaja siguieron estudiando ese horizonte compartido.

De entre los volúmenes de entreguerras, desde 1942 ese será el itinerario de *Introducción al estudio del Romanticismo español*. Los artículos de *La ventana de papel* se reeditarán ampliados en Argentina bajo el significativo título *Hacia un concepto de la literatura española: ensayos elegidos 1931-1941*, llegando a una edición española ya en 1973 y en el volumen recopilatorio *Ensayos sobre literatura y arte*. De 1948 es una edición muy ampliada de su monografía sobre lírica española, ahora titulada *Historia de la poesía lírica española*, con referencias literarias y textos en catalán desde Ramon Llull, así como referencias críticas a firmas catalanas como Antoni Rubió i Lluch, Manuel de Montoliu o Eugeni d'Ors. Ya mencionado, *La voz iluminada: notas sobre el teatro a través de un cuarto de siglo* (1952a), añadía a los artículos de 1928-1931 otros desde los años cuarenta a los cincuenta sobre conmemoraciones, figuras y acciones de Guimerà, Gual, Rusiñol o Dalí; también, emblemáticamente, el recordatorio de la temporada madrileña de teatro renaixencista y modernista catalán llevada a cabo por Enric Borràs en el madrileño Teatro de la Comedia (1904), y su recepción de crítica y público como muestra de «comprensión, de admiración y de simpatía» por lo catalán, «sembrada» por la labor de aquel proyecto teatral (Díaz-Plaja, 1952a: 260). Posiblemente una llamada de atención contra el sentimiento contrario que estuviera creciendo en la postguerra.

Estudios del todo nuevos acrecientan ese enlace con su primera producción, acentuando quizás la penetración del componente catalán mediante su proyección en castellano, así como remitiendo en catalán sobre la propia tradición. Así, tras el final de la guerra española, apenas iniciados los cuarenta, en *Leyendas románticas españolas* (1943) se incluye un relato de Pau Piferrer sobre la muerte de Ramon Berenguer, aunado al *corpus* español de leyendas de Rivas, Espronceda, Zorrilla o Bécquer, mientras unos inmediatos *Ensayos escogidos* (1944) se presentan con páginas dedicadas a la identidad catalana de Mallorca y a la lengua y obra de Ramon Llull como «prodigiosa mezcla de sensualidad y misticismo», también con las ofrecidas a Joan Maragall, conteniendo la traducción y comentario del «Cant espiritual» (Díaz-Plaja, 1944a: 62-64, 84-87); esto último, el mismo año que se presenta el compendio *Cuentistas catalanes*

contemporáneos, con relatos traducidos de Narcís Oller a Joan Oliver, acompañados del perfil y de la adscripción literaria del autor y del texto, e informando detalladamente sobre la evolución de la prosa narrativa catalana desde la Edad Media en una inestimable «Nota prologal» (Díaz-Plaja, 1944b: 13-28). De 1952, *Poesía y realidad. Estudios y aproximaciones* contiene «La geografía poética de Verdaguer», con motivo de la celebración verdagueriana de aquel año, donde estudia la poética del espacio del autor, trascendiendo lo local hacia lo universal, ordena su biografía y su itinerario geográfico mediante sus textos en catalán o traducidos en nota, y celebra el culmen que es *L'Atlàntida*, cerrando con la alabanza de Marcelino Menéndez Pelayo al gran poema escrito «en una lengua española» (Díaz-Plaja, 1952b: 118). En 1956, en *El poema en prosa en España: estudio crítico y antología*, con textos en catalán y sus correspondientes traducciones, se responde a la cuestión relegada en buena parte de la historiografía literaria española de los «precedentes indudables» provenientes de las letras catalanas, de Santiago Rusiñol a Eugeni D'Ors y J. V. Foix (Díaz-Plaja, 1956a: 45-49). Año, el de 1956, cuando *De literatura catalana. Estudis i interpretacions* se alza como conjunto de ensayos con manifiesta voluntad de destacar «una línia de continuïtat històrica» y «unes constants [...] evidents» de la tradición propia (Díaz-Plaja, 1956b: 13) que, acorde al método de trabajo de su autor, no le lleva a desestimar, junto a nombres catalanes y de otras tradiciones, los de expresión castellana, de Alfonso X a Góngora, de Cervantes a Clarín, de Quevedo a García Lorca.

Se trata de una operación que Guillermo Díaz-Plaja traza con diversos matices cuando ha de informar a receptores catalanes o castellanos. En *Viatge a l'Atlàntida i retorn a Ítaca* (1962), siempre con información histórico-literaria catalana, advirtiendo a los primeros sobre la inserción cultural catalana en el conjunto peninsular. Atendiendo a los segundos, en *Azorín y los libros* (1967), referenciando la geografía lingüística del alicantino, su lenguaje y acercando a sus páginas sobre Jacint Verdaguer y Joan Maragall; y en *Figuras y paisajes* (1969) llevándonos a parajes catalanes, al perfil y a las páginas de escritores nativos relacionados con ellos –prosas o versos de Verdaguer, López-Picó, Sagarra...– y a relaciones literarias *de pareja* –Marañón y Maragall, Lorca y Cataluña–. La empresa de llevar información sobre literatura catalana al ámbito castellano hablante, de modo sistematizado y con constancia, llegará por ejemplo hasta *Literatura y contorno vital* (1978), con textos catalanes ya no traducidos. Aunando piezas de un variado mosaico –la constancia de

Barcelona como motivo poético de Verdaguer y Maragall a Carner, Guerau de Liost, Salvat-Papasseit o Sánchez Juan, las relaciones y experiencias catalanas de García Lorca, la comparación entre las escritura de Delibes y Pla, la obra de Blasco Ibáñez sin desligarla del capítulo valenciano de la Renaixença, la producción catalana de D'Ors, la práctica del diálogo llulliano como referente del siempre positivo diálogo cultural, el teatro guimeraniano de resonancia española como razón para adentrarse por la literatura renaixencista y el lenguaje del autor–, Guillermo Díaz-Plaja trasmite en castellano todo un mapa de la historia literaria catalana al que se puede acceder, según los intereses del lector, por cualquiera de esos sugerentes umbrales.

Guillermo Díaz-Plaja construye así un proyecto a favor del conocimiento mutuo al que no podía ser ajena su producción didáctica. Por el arco cronológico aquí abordado, valga en uno de sus extremos *Historia de la literatura española a través de la crítica y de los textos* (1943), con referencias a Ausiàs March al tratar sobre Juan Boscán, al primer Romanticismo catalán y a los modernistas catalanes que escribieran en castellano como Eduardo Marquina; y en el otro, *Literatura hispánica contemporánea a través de la crítica y de los textos* (1963), con abundancia de nombres y de textos en catalán y traducidos, incorporados a la reordenación de todo un ciclo histórico, del Romanticismo a las vanguardias, constatando proyecciones internas que alcanzarán hasta la de la incidencia de la Generación del 27 en poetas catalanes como Josep M. de Sagarra y Tomàs Garcés (Díaz-Plaja, 1963a: 302-303). De este modo, artículos, ensayos, historiografía y manuales componen una red documental, regida por el afán de la comunicación literaria que debía compartirse.

III. Afianzada en el precedente *corpus*, la práctica comparatista de Guillermo Díaz- Plaja, a favor de la cual no conocemos que siguiera un puntual estudio académico, se encuadra en la vertiente diacrónica y positivista. Su raíz ha de estar en el ejercicio comparado implícito a la Filología Románica y en su prolongada deriva del historicismo en la Escuela Española de Filología, contexto que marca tanto sus años de formación como los del desarrollo de buena parte de su obra crítica. Fundamentada esta última sobre la constatación de las relaciones literarias, las influencias directas y las correspondencias estéticas, debe ser comparatistamente enmarcada en la denominada Escuela Francesa, cuyo impulso está en la toma de consideración de determinados componentes del filologismo historicista del ocho-

cientos y que llevarían a su canonización y regulación metodológica Fernand Baldensperger y Paul Hazard con la *Revue de Litterature Comparée* (f. 1921), y Paul Van Tieghem con el volumen *La Littérature Comparée* (1931). En un contexto como era el académico y crítico español posterior a la guerra –aquel que solo tangencialmente diera entrada al comparatismo, muestra de lo cual es que aún en 1957 se editara la traducción de *La Littérature Comparée* (1952) de M. F. Guyard que ya en su fecha fuera muestra del derrotero hiperpositivista y de la caducidad de sus excesos metodológicos–, a Guillermo Díaz-Plaja le cabía defender la metodología historicista y aún abogar por «un concepto unitario de la literatura europea» (Díaz-Plaja, 1963b: 110), al tiempo que seguía avanzando en la construcción de una cartografía literaria, la de la parcela peninsular, trazada mediante coordenadas hechas de relaciones, influencias, correspondencias y divergencias literarias.

No obstante, si no es menos cierto que opera en ese sentido desde la confianza en los logros de la literatura comparada, así mismo actúa desde la toma de conciencia de su caída en el descrédito que se animaría desde el antihistoricismo esgrimido por René Wellek y Austin Warren en la que, con todo, el catalán celebraba como «su ejemplar *Teoría literaria*» (Díaz-Plaja, 1963b: 110), aparecida en 1948 y con traducción española de 1953. Ubicado en esa encrucijada y con una comprensión de las tensiones metodológicas del período que resulta excepcional en un medio donde la práctica comparatista se mostraba indirectamente tratada o lastrada por el anacronismo antes mencionado, Guillermo Díaz-Plaja confía en un remozado período de la disciplina. Asentado ese nuevo horizonte en el estudio de los «tópicos» –que propugnara la obra de Ennest R. Curtius con sus ensayos de 1948 y 1950 acerca de la identidad literaria europea–, y asegurado en la utilidad de la metodología historicista pero sin desestimar el apoyo en «las ciencias auxiliares (filología, lingüística, estilística, crítica literaria, etc.)», siempre acompañadas por la ciencia bibliográfica (Díaz-Plaja, 1963b: 95), así como en la propia tradición de la historia literaria española, Guillermo Díaz-Plaja se ve respaldado para poder esgrimir su defensa de la literatura comparada desde su componente historicista así como su propia andadura crítica. Pero, además, su volumen *El estudio de la Literatura: los métodos históricos* (1963), de donde provienen los juicios y entrecomillados anteriores, muestra una clara correspondencia –rara si buscamos en el *no-comparatismo* español de la década– con las aportaciones que coetáneamente nos llegaran, apostando por la afirmación compa-

ratista y en contra de la repulsa de la teoría literaria. Nos referimos a *Principios de literatura comparada* (1964) de Alexandre Cioranescu –desde la sede universitaria de La Laguna y en castellano, pero por parte del maestro rumano, formado previamente en la tradición francesa de la universidad de su patria de origen– y *La littérature comparée* (1967, ed. esp. 1969) de Claude Pichois y André M. Rousseau. Más contundente el teórico rumano y más equilibrados en cuanto al aprovechamiento a favor del comparatismo de conceptos y elementos de trabajo de corte teórico literario, al amparo de la mencionada correspondencia, el posicionamiento y el discurso de Guillermo Díaz-Plaja se muestra coherente consigo mismo y con el itinerario inaugurado en los años veinte, así como de excepcional coincidencia en el espectro español con la polémica ventilada entre los años cincuenta y sesenta.

En la clave de esa comprensión del ejercicio comparatista y de sus metas, en las páginas ordenadas en *Al filo del Novecientos: estudios de intercomunicación hispánica* (1971) y en *Ensayos sobre comunicación cultural* (1984), se aprecia por parte de Guillermo Díaz-Plaja su conexión con el desarrollo coetáneo de la literatura comparada. También el acceso a una nomenclatura favorable a un discurso expositivo, positivamente traídos una y otro a la documentación y el estudio de la historia cultural y literaria compartida por las tradiciones lingüístico-literarias de la Península Ibérica. Territorio de trabajo al que accediera alentado, en este caso, por el crecimiento del discurso iberista de impulso ochocentista, y retomado en un tiempo en el que su articulación se cifraba en la consecución del diálogo más estrictamente cultural, la obra crítica de Guillermo Díaz-Plaja viene a encuadrase en unas propuestas de corte comparatista y no ajenas a cierto poso teórico-literario, que se han venido propugnando desde finales de los años setenta y los ochenta del novecientos. Nos referimos al comparatismo de zona, estudio de comunidades interliterarias o zonología, y a la teoría de los polisistemas literarios, desarrollada esta última por Itamar Even-Zohar (1990).

Encarado el espacio peninsular ibérico e hispano como una plural *conjunción literaria* de *variantes*, categoría referida por István Sötér y a favor de la que el zonólogo arguye su connatural *polifonía* (Sötér, 1974: 17-18, 19), tal comprensión encaja con la de «conjunto sinfónico» apreciada a su favor de acuerdo con la definición de Guillermo Díaz-Plaja ya dada en 1939. Guiados por esa línea de trabajo a la hora de encarar el estudio comparado de las literaturas ibéricas, hemos aprovechado desde hace años y cursos la formulación y los

útiles de trabajo ordenados por Dionýz Ďurišin (1984a, 1984b: 273-299). De su mano, nos hemos planteado apreciar el plural ámbito literario peninsular como una *comunidad interliteraria* que, basada en comunes factores genéticos de corte geográfico, lingüístico e histórico-cultural, puede propiciar una *síntesis interliteraria*. Punto de llegada que en absoluto niega la identidad propia de cada una de las tradiciones que pueden confluir en tal síntesis, tal perspectiva permite interrogarse sobre los grados y el resultado de las relaciones o *interrelación* de sus diversas *voces* literarias; también acerca de la realidad o de la consistencia de los *lazos* y *enlaces* entre cada una de las tradiciones confluyentes; así mismo sobre su fortuna ante el *diálogo* y los *intercambios* a los que parecen abocadas espacial y temporalmente y que tampoco son de cumplimiento obligatorio.

Puntualmente revisados los indicios y signos sobre la evidencia de una *vida interliteraria* expuestos por Dionýz Ďurišin,[55] cualquiera de los planos del hecho literario al que nos llevan están documentados por Guillermo Díaz-Plaja en lo que respecta al caso peninsular, español y europeo. A lo largo de toda su obra de documentación, estudio y ensayo ante la actuación de los escritores catalanes y castellanos como actantes de sus tradiciones en un espacio compartido, Guillermo Díaz-Plaja ha abordado críticamente la comunicación intercultural y el diálogo, la regionalización de los macroespacios culturales, la evidencia de culturas «enterizas» y «fronterizas», el puzle o mosaico cultural o los casos de superposiciones idiomáticas (Díaz-Plaja, 1984: 47-49, 57-61, 70-73, 79-94 95-111); en suma, los diversos ángulos de una «intercomunicación cultural» a todas luces evidente en un caso como el español. La atención a su producción desde los intereses del comparatismo ha de ir en esa línea, aprovechándonos en aras de un «nuevo hispanismo» preconizado por portavoces como Joan Ramon Resina (2009, 2013) y que, al adentrarnos en la obra de Guillermo Díaz-Plaja, nos permita reconocer tanto la información que se nos ofrece documentada e interpretada como la prueba de un ejercicio comparatista a todas luces comprensible desde la propia historia de la literatura comparada como disciplina filológica.

55. Plurilingüismo histórico; evidencia de una lengua mayoritariamente común; bilingüismo o polilingüismo de los escritores, al menos como habitantes de dicho ámbito; oscilación entre uni-, bi- y poliliterariedad; función de la traducción para el mutuo conocimiento y surgimiento de la autotraducción; simbiosis o asimetrías de las tradiciones, incluso en un mismo autor; traspaso de signos lingüísticos y culturales de una tradición a otra; importante función de los intermediarios literarios...

Bibliografía[56]

Díaz-Plaja, G. (1927). *Rubén Darío*. Madrid: Figuras de la raza (reed. 1927. Barcelona: Sociedad general de Publicaciones).

— (1932). *L'avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica*. Barcelona: La Revista.

— (1936). *Introducción al estudio del Romanticismo español*. Madrid: Espasa-Calpe.

— (1939a). *Síntesis de la literatura española: siglos XII-XVII*. Barcelona: Librería Castells.

— (1939b). *La ventana de papel: ensayos sobre el fenómeno literario*. Bacelona: Apolo, imp.

— (1944a). *Ensayos escogidos*. Madrid: Aguilar.

— (1944b). *Cuentistas catalanes contemporáneos*. Madrid: Aguilar.

— (1949). *Historia general de las literaturas hispánicas* (vol. I). *Desde los orígenes hasta 1400*. Barcelona: Barna.

— (1952a). *La voz iluminada: notas sobre el teatro a través de un cuarto de siglo*. Barcelona. Instituto del Teatro.

— (1952b). *Poesía y realidad. Estudios y aproximaciones*. Madrid: Revista de Occidente.

— (1956a). *El poema en prosa en España: estudio crítico y antología*. Barcelona: Gustavo Gili.

— (1956b). *De literatura catalana. Estudis i interpretacions*. Barcelona. Selecta.

— (1963a). *Literatura hispánica contemporánea a través de la crítica y de los textos*. Barcelona: Ediciones la Espiga.

— (1963b). *El estudio de la Literatura: los métodos históricos*. Barcelona: Sayma.

— (1972). *España, un modo de ser*. Barcelona: Teide.

— (1973). *Ensayos sobre literatura y arte*. Madrid: Aguilar.

— (1975). *Vanguardismo y protesta en la España de hace medio siglo*. Barcelona: De la Frontera.

— (1978). *Literatura y contorno vital*. Valencia: Bello.

— (1984). *Ensayos sobre comunicación cultural*. Madrid: Espasa-Calpe.

Ďurišin, D. (1984a). «Specific Interliterary Communities». *Nehoelicon*, XI-1: 211-221.

— (1984b). *Theory of Literary Comparatistics*. Bratislava: Veda.

56. Se da la referencia bibliográfica de aquellos títulos de G. Díaz-Plaja de los que se incluye cita y páginas o solo referencia de páginas. Para el resto de obras nombradas en nuestro texto, véase <http://www.guillermodiazplaja.com/bibliografía-gdp/>.

Even-Zohar, I. (1990). «Polysistem Studies». *Poetics Today*, 11, 1: 9-26.
Pichois, C.; Rousseau, A. M. (1969). *La literatura comparada*. Madrid: Greso.
Resina, J. R. (2009). *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva.
— (2013). *Iberian Modalities. A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula.* Liverpool: Liverpool University Press.
Santos, D. (1972). *Conversaciones con Guillermo Díaz-Plaja / Dámaso Santos*. Madrid: Magisterio Español.
Sötér, I. (1974). «On the Comparatist Method». *Nehoelicon*, II, 1-2: 9-30.

Guillermo Díaz-Plaja: recuerdos de recuerdos de México

➤ *Mauricio Tenorio Trillo*
Samuel N. Harper Professor History
University of Chicago

Una concatenación de circunstancias me llevó a participar en el coloquio alrededor de la vida y obra de don Guillermo Díaz-Plaja. Pero ni siquiera fingiré pertenencia en el gremio o en el tema; no soy crítico literario, ni experto en las Españas ni mucho menos en la vastísima obra de Guillermo Díaz-Plaja. Soy historiador, cuenta cuentos, y contaré algo así como cuentos llenos de principios de más cuentos, entrelazados alrededor de los significados de Guillermo Díaz-Plaja y su entorno, entre personal y «epocal», en el México del siglo xx. Es decir, intento una ilación de coincidencias antes que un informe académico. No son *Eurekas*, son cosas de esa Scherezada que todos llevamos dentro; esa que nos va convirtiendo en relatos las vivencias, lecturas y penas, hilando cuento con cuento para no morirnos de nostalgia o de aburrimiento. Estas historias entrelazadas van de bibliotecas, libros, escritores, exilios, y van, para decirlo en vernácula mexicana, de «jueras» y «adentros» y, también, del miedo.

Por cierto, escribo despanzurradamente en mexicano o en lo que me salga. Y es que, verá el lector, estos cuentos, «a según» cómo se cuenten, nos son perfectamente familiares o ajenos por completo. Porque los cuentos «quesque» de cruces y entrecruces, de los afueras y adentros, de México, España o Cataluña, suelen pensarse desde el rancho que uno habita, nunca en el torbellino de los entrecruces mismos; así que hablaré en mexicano y de mexicanas cosas sin detenerme a aclarar nada «no más pa' que», como decía León Felipe, «sea así todo siempre,/ siempre de la misma manera!»

(Y para abrir boca digo que cuando Guillermo Díaz-Plaja conoció a León Felipe en México le dio trato de exiliado, cual correspondía al papel de ser puente entre las Españas de dentro y las de fuera,

ese que se impuso don Guillermo. De común, León Felipe ha sido considerado eso, el exiliado y el español, raramente ha sido leído como lo que fue: ni mexicano ni español, o tan mexicano como español, ni exiliado ni no exiliado. Para don Guillermo, León Felipe era de los que había que tratar con cuidado, por el recelo en la España peregrina contra los que se quedaron, pero ¿qué hacía de un ibérico, un peregrino? En realidad, León Felipe había llegado a México en la década de 1920, mandado por su padre, huyendo de algún problema legal, y en esa fabulosa Ciudad de México de la década de 1920 León Felipe fue uno con personajes que no sé si son «España» y menos «peregrina», como Mona Alfau, Felipe Teixidor, Rafael Sala, Edward Weston, Bertram Wolfe, Ella Wolfe, Anita Brenner o Pedro Henríquez Ureña o José Vasconcelos. Otro cuento, no el del exilio español).

Pero este no es de los cuentos que quiero contar. Son estos:

Mi padre, Francisco Tenorio González, fue un michoacano, zitacuarense a más precisión, un pueblerino pobre que por suerte y por riñones se convirtió en uno de los oncólogos más importantes en un momento ilustre de la medicina social mexicana que, por desgracia, ya fue (Ochoa-Carrillo, 2013). Lo de pobre y lo de oncólogo mantengámoslo en mente; es importante para entender los cuentos. Fue pobre, pues, y oncólogo, no venía de las ilustres familias de médicos, nunca habló francés ni inglés –ese fue siempre su trauma social que compensó con seis hijos «muchilingües», pero tan desclasados como él dentro del orden feudal mexicano. Pero he aquí que este reconocido cirujano fue parte de una generación de profesionistas mexicanos, hoy, creo, casi extinta, que entre pelo y escarpelo se dieron tiempo para la lectura. Gente exitosa en su oficio pero sin pretensiones de *lletraferits*. En casa nos criamos entre libros y revistas; entonces, asumía yo, eso era lo que los médicos hacían, comprar y leer libros sobre todos los temas. Pues «ondi que les cuento» que fue ahí, en las estanterías de la casa paterna, donde por primera vez vi ambos nombres, Guillermo y Fernando, Díaz-Plaja: los tomos de *Historia general de las literaturas hispánicas* o *Hispanoamérica en su Literatura o El estudio de la literatura*, *La literatura universal* o *Tratado de las melancolías españolas*, o el grueso volumen de Porrúa, de Guillermo Díaz-Plaja y el académico mexicano Francisco Monterde, *Historia de la literatura española e Historia de la Literatura Mexicana* o vi, de Fernando Díaz-Plaja, *El médico en las letras españolas*.

Ahora me doy cuenta de que mi padre leía no a los Díaz-Plaja de las polémicas ibéricas, sino a los Díaz-Plaja humanistas; al Guillermo más universal, el que rimaba con la hispanidad que mi padre

asumía como su condición cosmopolita –¿cuál otra podía asumir este hispanohablante criado por su madre que nunca fue a la escuela, nacido en un pueblo michoacano y que acabó de gran médico?–. Al tanto de los entreveros de los más de cien años de iberismo, *latinité* e hispanidad, es fácil desechar esta condición cosmopolita; fácil decir que eso no era un verdadero habitar un universo letrado más allá del rancho, porque ese hispanismo no fue más que el rancho de los debates de lo hispánico profundo. Pero las canciones rancheras no son buenas por ser excelsa poesía, sino por hacerse indispensable su canto en un aquí y un ahora. Un amigo mío, ese sí *lletraferit*, Wang Hui, crecido en la revolución cultural china, escribió que para ellos el marxismo no era una ideología, era la modernidad, el cosmopolitismo. Pues eso fueron José Ortega y Gasset, los Díaz-Plaja, Américo Castro o Pedro Henríquez Ureña para los humanistas sin pretensión como mi padre.

Pero, bueno, que venía contando que ahí, en la biblioteca de mi padre, había libros de Díaz-Plaja, y mi padre procuraba más de sus libros en las ferias del libro en el Zócalo o en las Librerías de Cristal, que solían importar libros españoles a pesar de las inexistentes relaciones entre México y España hasta la muerte de Franco, y a pesar de que el dueño de la Librería de Cristal, Martín Luis Guzmán, supo ser, en su exilio de México, en Madrid, secretario de Manuel Azaña –M.L. Guzmán ocultó a Azaña en su casa de Madrid en una de las tantas que pasó don Manuel–. A este cuento he de volver.

Cuando mi padre se las daba de culto –y entre los médicos de aquella generación era cosa de dos copas y todos viraban en intelectuales–, citaba a Ortega o a Díaz-Plaja; a Octavio Paz o a Santiago Ramón y Cajal o a Severo Ochoa; a Luis Spota o a Jaume Vicens Vives; a José Gaos, José Ferrater Mora, Leopoldo Zea o Alfonso Reyes. Para mi padre, humanismo era habitar la ciencia y la literatura pero en los parámetros de ese instante del humanismo del siglo xx que trató de encontrar *ethos*, esencias: la mexicanidad, la hispanidad, las dos Españas, la España invertebrada, los «laberintos de la soledad» (Paz), «as raízes do Brasil» (Sérgio Buarque de Holanda), «the spirit of the American liberal tradition» (Louis Hartz)... Y de ahí la busca de lo mismo en varios sabores ibéricos: Ortega, Américo Castro, Ramiro de Maeztu, Claudio Sánchez Albornoz, José Ferrater Mora, Vicens Vives, Ezequiel Martínez Estrada, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Octavio Paz.

Para la generación de mi padre, disertar sobre semejantes abstractos era acceder al humanismo que incluía ciencia, historia y ge-

nética, o arqueología y psicoanálisis. También, es importante, todo lo que leía mi padre era, bien visto, ensayos; es decir, era un humanismo de los comunes, hecho en y para el ensayo. En efecto, Guillermo Díaz-Plaja sabía bien para quién escribía, lo explicó ante las críticas eruditas a sus ensayos sobre el barroco. El ensayo era, creía, «el derecho a disentir», estudio de soledad, minifundio intelectual, el acceso a un púbico no mayoritario pero seguro. «Todo ensayo es una autoepopeya, todo ensayista es el hereje de la unidad»; «contiene el ensayo lo mejor del ejercicio intelectual... el atisbo, el vislumbre de la verdad, el goce supremo de la cópula entre el intelecto y el fenómeno» (Díaz-Plaja, 1939, 166). Ensayar, creía Díaz-Plaja, era hablar en pequeño de temas grandes y, como Ortega, defendió y ejerció el ensayo no solo como su medio natural, sino como la materia prima de su oficio, que no era simple vocación, sino también negocio en el mejor de los sentidos: difundir ideas, dar a conocer, unir cabos, correr la voz en grande y en castellano, más allá de afueras y adentros peninsulares o no, ser puente y diálogo entre las Españas peninsulares y no... y vivir bien de ello.

Ensayo de difusión y síntesis, de ideas y descreencias: eso era lo que mi padre procuraba, lo que Díaz-Plaja asumía y proporcionaba: «porque este "hasta aquí" significa dos cosas: la primera, que hemos tenido el caudal temático suficiente para llenar las páginas de un libro; la segunda, que hemos sabido arquitecturar aquel caudal en forma coherente y armónica» (Díaz-Plaja, 1966: 115). Y Díaz-Plaja de «arquitecturar», «arquitecturó», para el deleite de humanistas de andar por casa como mi padre.

Al oncólogo mexicano Francisco Tenorio eso de si Ortega o Díaz-Plaja quisieron o pudieron o no escribir un *Tractatus* sobre algo, le tenía sin cuidado; como dicen en el Bajío mexicano, de esos libros mi padre «no ocupaba». Díaz-Plaja en la biblioteca de mi padre cumplía un papel único, porque a golpe de ensayos don Guillermo le donaba ideas y síntesis, le enseñaba avenidas de pensamiento y le resumía infinidad de conocimientos a los que mi padre nunca había accedido ni podía acceder por su desconocimiento de lenguas y su «campechano» localismo.

Cuando entré a la universidad pública mexicana a estudiar sociología me di cuenta que las lecturas de mi padre, y por tanto mías, eran impresentables, al menos en esos confines a fines de la década de 1980. En la universidad pública mexicana se leía, más faltaba, a Marx, a Louis Althusser, a Nicos Poulantzas, de España y lo hispánico nada, acaso algo de J. C. Mariátegui o un manual

de historiografía del Josep Fontana marxista, y los listillos sabían de poetas y autores del exilio más por Joan Manuel Serrat y Paco Ibáñez que por lecturas. Nadie entre nosotros sabía de la existencia de Agustí Bartra, pero leíamos a su hijo, Roger, del que aprendimos las formas de la acumulación originaria o el comunismo oriental. Guillermo Díaz-Plaja estaba en el índice de los prohibidos, porque se quedó; se cantaba Antonio Machado, nunca Manuel, nadie sabía de su existencia. Octavio Paz mismo era parte del índice, por crítico de la Revolución cubana, por traidor. Borges y Alfonso Reyes eran, el uno, un aliado de la dictadura argentina, el otro un gordo erudito que escribía sobre comida y superestructuras burguesas. Vicens Vives y Cajal eran simplemente desconocidos. Gaos era inentendible, infectado por el entonces impresentable Martin Heidegger; el bueno era Marx y el otro traductor exiliado, Wenceslao Roces. En fin, pendejadas de juventud. Otro cuento que no voy a contar.

Pero ¿qué hacían los libros de Guillermo Díaz-Plaja en la biblioteca de un médico, venido a más, mexicano, «clasemediero» y, en lo que cabía, culto? Nada, solo cumplir su destino: encontrar el lector para el que habían sido diseñados. Leerlos era subirse al puente que con tanta autoconciencia creó Díaz-Plaja. Ahora lo sé. Díaz-Plaja fue una ventana al mundo para cierta gente modesta y culta, no para expertos y eruditos, sino para profesionistas sin pretensiones, ni ideosos ni palabrosos, de una u otra ideología, de esos honestos, no como nosotros, los humanistas de toga y birrete. Díaz-Plaja escribía para los que leen porque leen no para escribir; fue en un tiempo el gran difusor, el sintetizador elocuente, como su hermano Fernando, que atendía las necesidades de lectores en español. En México, Díaz-Plaja era un complemento vitamínico ideal para un momento ilustre, ya muerto, del crecimiento de la clase media.

También, como Vicens Vives, como Alfonso Reyes o Martín Luis Guzmán, Díaz-Plaja fue, en el mejor de los sentidos posibles, un empresario de las letras; sabía publicar y difundir sus libros. Cuando estuvo en México, lo primero que hizo fue contactar editores, Porrúa, Salvat, A. Orfila. De ahí el útil y popular manual de historia de la literatura española y mexicana que Díaz-Plaja y Monterde publicaron en México con Porrúa. Es algo que hoy hace en México, por ejemplo, Enrique Krauze, pero que ha quedado sobre todo en manos de los agentes literarios, tardío invento en el mundo de habla española. Un cambio que tuvo sus costos, nada más hay que leer en las memorias de Max Aub o Vicente Leñero los relatos de sus respectivos encuentros con Carmen Balcells para entender por qué

fueron tan importantes personajes como Díaz-Plaja y Vicens Vives, escritores que se preocupaban por ideas, pero que eran buenos para el negocio. Los que no podían, no podían. Porque ¿quién vende a quién, la Balcells a Gabo o al revés? A Aub y Leñero nadie los vendió, y ellos no tenían el *business friendly approach* de Díaz-Plaja o Vicens Vives. Recuerdo que Avel·lí Artís Gener, Tísner, escribía a Leñero, después de traducir algo de William Faulkner, que el sureño norteamericano no valía un Leñero, pero al mexicano, aún hoy, nadie lo conoce en España. Pero eso es otro cuento. Y Aub siempre estaba quejándose de que no lo difundían bien, de que nadie conocía sus novelas ni en México ni en España, de que nadie lo traducía, de que la Sra. Barea «tallava el bacallà» en las traducciones de lo hispánico al inglés, y que nada de él se traducía por el peso de *La forja de un rebelde* en inglés. Pero don Max no se dignaba corregir, editar, cortar, sintetizar, cafetear para vender sus libros. Seguro, para mi padre y sus colegas, Díaz-Plaja representó la mezcla de erudición en síntesis, de manual y ensayo, de intelectual y empresario, que sustentó una existencia intelectual digna. Cuando mis colegas historiadores afilan cuchillos contra Enrique Krauze, por el pecado de vender mucho, y buscan el apoyo de un desconocido historiador mexicano de la Universidad de Chicago, contesto que no me gustan algunos libros de Krauze, pero que si pudiera yo vendería los míos como él los suyos; culpa nuestra, no de él.

El terremoto de 1985 destruyó el hospital que mi padre y su generación habían creado y, ya presidente de la Academia Mexicana de Cirugía, mi padre se dedicó a escribir lo que no tiene otro nombre que humanismo médico o de médicos. Y ahí salían a cuento, más allá de ideologías y pleitos entre las Españas, Díaz-Plaja y las nobles revistas de ese humanismo, las cuales atesoraba mi padre. Si mi padre quería hablar del barroco, le daba igual citar a Díaz-Plaja, a Eugeni d'Ors o a Antonio Alatorre. Él no sabía de los pleitos. Pero hay dos españoles, estos sí exiliados, que nutrieron ese humanismo a través de dos grandes revistas que raramente son mencionadas por los estudiosos del exilio: la revista *MD* en español, y la revista *Ciencia*. Yo crecí sin poder separar los libros de Díaz-Plaja del «titipuchal» de fascículos de estas dos revistas regadas en casa «per tot arreu». Eran fantásticas, bien producidas, llenas de imágenes e ideas. *MD* era la obra del psiquiatra republicano anarquista exiliado en Nueva York, Félix Martí Ibáñez. Sabía mucho, muchísimo de todo, pero prueba de su sabiduría no la hay más que la clarividencia de, harto de los pleitos de la guerra y de la cosa ibérica en

la posguerra, se dio a escribir en inglés, desde Nueva York, donde lanzó el mejor humanismo científico. Casi ignorado, porque, como Felipe Alfau u hoy el patólogo mexicano de la generación de mi padre, Francisco González Crussí, Martí Ibáñez escribió en inglés, lengua en la que fue bien recibido entre médicos, humanistas e historiadores de la ciencia. Como Díaz-Plaja, Félix Martí Ibáñez fue un gran empresario cultural: *MD* en español y en inglés fue, creo, ensayismo científico que más nunca en inglés y nunca más exitoso económicamente. Martí Ibáñez mantuvo la revista por más de dos décadas en español y en inglés, escribiendo miles de entradas, perfectamente subvencionado por los poderosísimos productores de medicamentos en el *boom* farmacéutico de la posguerra, y todo en ensayo porque, eso sí, Martí Ibáñez tenía tan claro lo del ensayo como Díaz-Plaja. Decía: «The essay is light, it is unfinished, a fragment of a sculpture, a stanza of a poem, a preliminary sketch of a picture... Instead of exhausting a theme, the essay simply draws a curtain over it and spotlights it ... The essay presents a theme in short, vivid flashes that incite the desire to know more about it, to seek out more erudite treatises on the subject...» (Martí Ibáñez, 1966: 181).

En *MD* mi padre, y yo, leímos lo mejor del humanismo del que vengo hablando. Recuerdo ensayos sobre imágenes de médicos en la pintura medieval o sobre la enfermedad de Frida Kahlo o la de Lenin. También leí cosas iguales en la revista *Ciencia*, publicada en México a partir de la década de 1940, obra del naturalista español exiliado Ignacio Bolívar y Urrutia, luego por su hijo y por su nieto. Igual: gran ensayismo, gran humanismo, de sello hispánico, pero ventanas al mundo, el «mero mole» de esa clase media, hoy en extinción, a la que perteneció mi padre.

Ahora bien, ¿y Díaz-Plaja y México? Dos cuentos, el de la Academia y el de Max Aub. Pero antes hemos de entendernos, mejor dicho, estar de acuerdo en nuestros desentendimientos para poder comprender los entreveros de Díaz-Plaja, La Real Academia de la Lengua en México y Max Aub.

Si en Barcelona yo trazara las siguientes dos trayectorias de historia intelectual, no habría que explicar mucho:

Ortega—Gaos—Heidegger—María Zambrano—J. A. Valente

D'Ors—Díaz-Plaja—Karl Vossler—Menéndez Pidal

En estos esquemitas no hay mucho misterio, visto desde España; historiadores y críticos peninsulares entenderían qué no entiendo y qué sí entiendo. Otrosí las siguientes trayectorias:

Ortega—Gaos—Heidegger—O'Gorman—Zea—Luis Villoro—Claudio Veliz—Richard Morse

D'Ors—Díaz-Plaja—Karl Vossler—F. Monterde—A. Junco—Alfonso Reyes—Raimundo Lida—Antonio Alatorre

Entonces sí, en España, se nos iría el tiempo en aclaraciones, en quién es quién, quién leyó a quién, quién conoció a quién... Uno u otro esquema de trayectoria es, en realidad, tomar una delgada muestra del mismo tejido intelectual entre 1900 y 1970. Estas líneas se ignoraban entre sí o a ratos eran una y la misma en su momento, todo dependía de qué y quién. Los que trazamos y explicamos estas historias intelectuales raramente sabemos algo más que el rancho que nos corresponde. Hecha la aclaración, cuento al lector:

Díaz-Plaja relata que en su viaje a México en 1952, Francisco Monterde, crítico mexicano y miembro de la Academia de la Lengua correspondiente a la española, lo había invitado: «A su invitación debo el honor de ser el primero de los españoles que después de la Guerra Civil dirigió públicamente su palabra desde las tribunas mexicanas». Díaz-Plaja trataba, como entre Cataluña y España, de ser el puente, el factor, como él decía, de «normalización» entre México y España: «Mi temprana presencia en México tuvo [...] esta función biológica y de interconocimiento cultural». En sus viajes y escritos sobre México, Díaz-Plaja no dejó de señalar eso que obsesionó a muchos antes y después que él: el monumento a Cuauhtémoc y el no monumento a Cortés. (A Pi i Maragall, a fines del siglo XIX, le pareció fantástico que el honrado fuera Cuauhtémoc y no Cortés, pero *això són figues d'un altre paner*). En fin, es claro que toda la complejidad que exigía en Unamuno, Ridruejo, Díez-Canedo o Díaz-Plaja el entendimiento de Cataluña/España, no era de uso en el entendimiento de México/España. Lo digo sin ofender, pero desde sus primeros viajes y siempre Díaz-Plaja no tuvo perspectiva muy distinta a la de muchos de los grandes intelectuales peninsulares frente a México; el objetivo era darse a conocer en México o Buenos Aires, no conocer México o Buenos Aires (Díaz-Plaja, 1967).

«Ajedrezar la selva», así definía Díaz-Plaja la labor de España en Hispanoamérica, su labor. Eran las cosas que se decían enton-

ces, esas cosas que mi padre leía y en las que creía –siempre con el complemento antiamericano que Díaz-Plaja no dejó de expresar en sus viajes por Estados Unidos: «América es un pueblo virgen de historia» (siendo yo historiador en Estados Unidos, el lector puede imaginar cuánto río de este lugar común, pero esto es harina de otro costal). En fin, Díaz-Plaja vio a México como Ortega veía a Alfonso Reyes, es decir, como una España menor metida en el eterno dilema Próspero (Estados Unidos) versus Ariel. El problema es que la selva que Díaz-Plaja encontró en México en 1952 ya era un ajedrez, una guerra intelectual, en la que eran piezas España y los españoles, de fuera y de dentro.

Acaso sin saberlo, Díaz-Plaja se fue a meter a la boca del lobo de estas guerras. En 1951, poco antes de la ponencia de Díaz-Plaja ante los académicos mexicanos, la Academia Mexicana puso en escena un cuadro típico de estos pleitos: en el México de tiempos de Acapulco, el presidente Miguel Alemán y los académicos decidieron organizar en la Ciudad de México un magno encuentro de todas las academias correspondientes de la lengua española. Los rancios académicos que venían del catolicismo tradicional (Monterde, A. Junco) y los nuevos académicos revolucionarios (Martín Luis Guzmán), le entraron al bulto, hasta que la Real Academia de la Lengua en Madrid se arrepintió de participar: puso por requisito de participación que el gobierno mexicano desconociera al gobierno de la República en el exilio. En efecto, el gobierno mexicano no había reconocido oficialmente al régimen de Franco –se restablecieron relaciones diplomáticas después de la muerte del caudillo–. Pero bueno, aquello fue un escándalo; se movilizó toda la castiza aristocracia mexicana para aplanar el terreno con la Academia española; por muchas razones el gobierno de Alemán no se atrevió a conceder la presa, que era meramente simbólica –desconocer a un casi inexistente gobierno en el exilio–. En 1951 Lázaro Cárdenas era una presencia pesada en la vida política mexicana y Estados Unidos estaba por reconocer al gobierno de Franco. Alemán tenía que respetar la herencia de Cárdenas y también dar muestra de independencia simbólica ante la política norteamericana, no podía violar, así como así, por un pleito de académicos –aprovechado, claro está, por el caudillo–, el histórico apoyo de México a la Segunda República. Pero he aquí que el exsecretario de Azaña, el ilustre escritor mexicano y académico de la lengua, Martín Luis Guzmán, lanzó una iniciativa para que todas las Academias hispanoamericanas rompieran con la española por haber politizado su participación en la reunión de México. Ardió

Troya, el pleito duró hasta la década iniciada en 1960, pero solo cuento que aquello dividió a medio mundo, la prensa mexicana se partió entre los partidarios de la Academia aristocrática, antirrevolucionaria, católica y tradicional, y los de la Academia revolucionaria, pro-República española. Martín Luis Guzmán fue acusado de «gachupín» –tenía pasaporte español otorgado por la República– y de estar actuando a favor de los intereses de unos rojos españoles en México. Bueno, que es en este berenjenal en el que va a caer Díaz-Plaja, como él dijo, para dar la primera palestra de un español después de la Guerra Civil, en gesto de normalización de las relaciones.

En sus crónicas de viaje, Díaz-Plaja, como sin querer, suelta muestras del ambiente en que se fue a meter; no entendía ni la historia ni la estructura de la política y la inteligencia mexicanas. Menciona la frialdad de Alfonso Reyes, la efusividad de Vasconcelos y Junco y Monterde, muy solidarios con él (no podía ser menos). No hubo la concordia y normalización de la que habla Díaz-Plaja, pero es cierto que él juntó a todos, habló con todos, hasta con el exilio catalán independentista que odiaba a muerte a *Destino*, a Josep Pla, a los Díaz-Plaja, a Eugeni d'Ors. De alguna manera él, como pocos, podía «ajedrezar» la selva, pero no México, la selva suya, la del *literati* ibérico.

Pero hubo límites trasatlánticos. En su primer viaje, en el segundo y siempre, más que los católicos de la Academia de la Lengua mexicana, más que Alfonso Reyes o que los catalanes en el exilio, el verdadero contacto de Guillermo Díaz-Plaja en México fue Max Aub, a quien consideraba su amigo desde fines de los veinte en Barcelona, contertulio en los cafés de Barcelona con Luys Santa Marina, Xavier de Salas y otros. Así, en sus crónicas de viaje Díaz-Plaja recuerda el encuentro con su amigo Aub en México. Cita en más de una ocasión la clasificación generacional que hizo Aub, en la cual Díaz-Plaja era considerado miembro de la generación del 36, señalado cual baluarte de la erudición, junto con Luis Rosales en la poesía, Julián Marías en el ensayo y Ramón J. Sender en la novela. La correspondencia entre Aub y Díaz-Plaja es amigable y, como siempre entre Aub, Francisco Ayala, Reyes, Díaz-Plaja y tantos otros, toca sobre todo el negocio literario: que si ya me publicó este o aquel, que si no, que si no me ayuda este o aquel a conocer este editor o este agente, que si el mamarracho aquel ya nos traicionó... Sin embargo, si Aub era un exiliado, ¿de dónde? ¿De España? ¿De la lengua francesa o alemana? ¿Del judaísmo? ¿Exiliado comunista? ¿Socialista? ¿Republicano? Tengo para mí que Aub fue el personaje más com-

plejo, el escritor más revelador de todo el exilio español en México; siempre sintiéndose excluido en México por ser español, en España por ser mexicano y por su acento francés en el español. Él mismo lo dijo, lo único que podía haber sido, judío, no quiso aceptarlo. Su profundidad fue hija de su orfandad. Pero no de esa que se refleja en la constante lamentación por el maltrato de mexicanos y españoles. No. Aub, en efecto, no obtuvo en vida el reconocimiento que hubiera merecido pero, de distintas maneras y por mucho tiempo, fue tan exitoso como Díaz-Plaja. Fue uno de los exiliados mejor conectados con la inteligencia y la política mexicanas, con el exilio entero; lo buscaban, le pedían contactos para abrir puertas. La España franquista para Aub era otra cosa, claro, y *La gallina ciega* es un monumento a su profunda decepción al regresar a España; ya ni los viejos falangistas, como Luys Santa Marina, eran lo mismo, lo encontró *amb voluntat d'imperi*, diciendo, «Lo del catalán no era una manifestación de separatismo, sino de superioridad». Hoy esto suena, más que a una exageración catalanista, a una confesión. «Desde que llegué», dice Aub de su viaje de reencuentro con la Península, «me di cuenta de que aquí, en general, a nadie nada le importa un comino como no sea vivir en paz y de la mejor manera posible». «Dan ganas de contestar: váyanse ustedes a la mierda». O cuando, pasando un 15 de septiembre en Barcelona, recuerda: «De madrugada aquí, será allá la gran noche en el Zócalo –mueran los gachupines–. De acuerdo» (Aub, 1975: 105, 138).

El destino obligó a Aub a construirse un refugio en la personalidad del incomprendido, pero la verdad es que en México estuvo siempre bien ubicado, fue importante y conocido por los que cuentan. Fue la voz crítica indispensable para entender, en español, la cultura francesa, española y alemana, para ver al exilio más allá de su autoépica. Fue uno de los pocos que entendía, con toda su extranjería, la *cosa nostra* mexicana. Fue una de las conciencias del siglo XX y sus tragedias, pero odiaba la literatura de Borges y no entendía el refugio personal e intelectual que otros se habían construido después de todo lo vivido. El Aub quejoso, irónico, «incomprendido», erudito y ensimismado, pero buen nadador de las turbias aguas intelectuales mexicanas, era el refugio que él se había construido, pero le parecía una impostura el refugio de los otros. Quizá porque él nunca pudo reconstruirse para ser Reyes=México, Díaz-Plaja=España, Joan Sales o Mercè Rodoreda=Cataluña. Él no. Pero lo que hizo con la figura del incomprendido fue lo que Josep Pla hizo con la figura del *pagès*, o Díaz-Plaja con la figura del intelectual puente, con su

filosofía de levantar la casa derruida, de sobrevivir: «me agarro a mi raíz», escribió Díaz-Plaja, «como un molusco a la roca. Pienso que, en cualquier caso, mi misión consiste en permanecer» (Díaz-Plaja, 1966: 138). Aub vivía su refugio sin tener más roca a que aferrarse que la de ser el intelectual incomprendido, y fue la voz crítica que sin embargo ocupaba altos puestos en la Universidad Nacional Autónoma de México, era un intelectual indispensable en la vida cultural mexicana. Díaz-Plaja tampoco tenía la roca que creía; no era España ni Cataluña, era su propia figura de intelectual puente la que le dio, por un tiempo, el éxito y la notoriedad.

Como ha señalado Anna Caballé, Díaz-Plaja debió sorprenderse al descubrirse descrito con dureza y sarcasmo en los diarios de Aub o en *La gallina ciega,* la crónica de su regreso a España después de casi treinta años de exilio:

> [...] está orondo, importante, superior, consciente de su representación ganada a la fuerza de la ciencia de saber dársela, el Nuevo Académico que en sí no cabe ni sus libros en los estantes: don Guillermo Díaz-Plaja, director de la oficina del libro español, o como se llame. Llegó con anticipación. Le hice esperar, sin querer, casi una hora, atado en casa de Dámaso Alonso, tan como siempre, resignado. En el fondo, tan feliz de ser tan buen erudito, convencido de que tal como están las cosas nada puede ser mejor. (Aub, 1975: 371)

Aub confrontó a Díaz-Plaja por estar poco citado y considerado en el sexto tomo de la historia de la literatura hispánica de Díaz-Plaja. Aub, en mi opinión, fue uno de los grandes escritores en castellano del siglo xx, pero era, como todos, «un cuenta chiles» en eso de la suma cero entre intelectuales (lo que es para los otros no es para mí)–. La vieja amistad de las tertulias de los veinte en Barcelona sufrió por el exilio y por el éxito de Díaz-Plaja: «... Ay Guillermo, Guillermo lo que cuesta vivir. Sé que estoy equivocado pero no puedo tomarte en serio. Pueden más los recuerdos. Ya le dije a Dámaso que lo sucederá en su sillón... nos debes un manual: de la ilustración considerada como industria» (Aub, 1975: 372).

Así era Aub, pero no era gratuita su inquina; a diferencia de muchos, Aub, frente a Díaz-Plaja, no se sentía la impoluta España peregrina; de alguna manera eran amigos y eso no era el problema. El problema eran egos de escritores y los mutuos mensajes entre líneas que se venían mandando en sus escritos. Para Díaz-Plaja era claro: «la España posible de mañana se hará de las esperanzas de los que

están fuera, unida a la tenacidad de los que en ella permanecieron» (Díaz-Plaja, 1975: 83). Pero en su diagnóstico de los exiliados, la cosa se ponía caliente, porque los había visto, en México, con todas sus divisiones, chismes y pleitos; también los había visto en toda su comodidad, casi todos bien ubicados en la «grilla» (politiquería) intelectual mexicana. Decía lo que todos, que Hispanoamérica se había beneficiado del desangro intelectual español. (Aunque también hubo que aguantarlos, eso nadie lo dice, cuando ellos no se aguantaban entre sí, excepto, claro, Max Aub). Díaz-Plaja, sin embargo, aclaraba, y la alusión no debe haber pasado desapercibida para Aub, que no tenía título universitario: «la singular organización universitaria hispanoamericana permite instalarse, a nivel de cátedra, grupos de intelectuales no calificados en España» (Díaz-Plaja, 1975, 78). Es decir, en casa de ciegos el tuerto es rey. Díaz-Plaja mencionó a Aub entre los ayudados por Alfonso Reyes, como Pere Bosch Gimpera, José Gaos, Joaquín Xirau, todos con buenos puestos y trabajo. Y en efecto Reyes había sido el intermediario, el amigo de Aub, el gran salvoconducto de muchos, como incluso lo fue con Ortega, a quien en un mal momento del filósofo le buscó puesto en La Casa de España en México, aunque para 1947 Ortega consideraba al Colegio de México (la antigua Casa de España) nido rojo, y le quitó la amistad a Reyes.

En sus estudios del barroco, Díaz-Plaja levantó polémica por el factor judío en Gracián o Góngora. En realidad, en la década iniciada en 1940, la posición de Díaz-Plaja era valiente y arriesgada. No era poca cosa que un gran admirador y conocedor del barroco español señalara positivamente un factor de raza judía en tanta grandeza. Eso no rimaba con el sempiterno antisemitismo hispánico. Consideraba al alma judía como el deseo, «que se lleva disuelto en la sangre», de atacar las formas clásicas (Díaz-Plaja, 1970: 42). Para la década de 1950, Díaz-Plaja ya se consideraba reivindicado por los trabajos de Karl Vossler, el romanista alemán, amigo de Carles Riba y de Alfonso Reyes. No sé, pero yo creo que esta visión tan racial de lo judío, tan en la sangre, y el apoyo de un romanista alemán que nunca abandonó la Alemania nazi, que se volvió en una especie de Menéndez Pidal o de Waldo Frank en alemán –España como la alternativa de la decadencia de Occidente–, no deben haber sido muy del agrado de don Max Aub, entre cuyas obras de teatro, por lo demás, se encuentra alguna franca y compleja reflexión sobre la condición judía, nada que ver con atavismos raciales. En la Ciudad de México de Max Aub, la posrevolucionaria y postholocausto, convivían con

él Anna Seghers, Jacobo Glantz, Margarita Nelken y un León Felipe «ajudeizado». Lo judío no se hablaba en el lenguaje de Díaz-Plaja.

Con todo esto quiero decir que el México de Aub y sus desencuentros y encuentros con la España de Díaz-Plaja eran mucho más que el pleito de exiliados y quedados. Lo pongo así, remitiéndome solo a estos personajes que han salido al pelo: mi padre, Díaz-Plaja, Alfonso Reyes, Max Aub y Karl Vossler. Y digo que todos fueron personajes de la misma historia del miedo y sus efectos en el exilio, interior y exterior, de todos en el afán de reinventarse y sobrevivir la dura prueba de lo que significó la primera mitad del siglo XX en el mundo. De mi padre, no lo contaré, pero apúntenlo entre los reinventados por el miedo. La Revolución Mexicana, la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial, eso que fue el fin del siglo XIX, marcó a todos. Para 1913 el cadáver del General Bernardo Reyes, padre de Alfonso, yacía en el Zócalo de la ciudad de México, Alfonso se exilió en España y le costó Dios y ayuda reinventarse como *el* intelectual mexicano patrocinado por el Estado revolucionario. En 1939, Díaz-Plaja decidió quedarse, temeroso de las represalias, que llegaron, perdió el puesto universitario pero no el de maestro de instituto, e inició el penoso camino para reconstruir las ruinas y hacerse puente. A su vez, después de 1933, Vossler fue valiente y defendió a colegas judíos, sufrió el ostracismo y el riesgo de ser detenido, pero nunca quiso dejar Alemania –el título de un ensayo de Hans U. Grumbrecht (2002) sobre Vossler lo dice todo» «die Ambivalenzen der inneren Emigration»–. En fin, lo que escribió Reyes a Martín Luis Guzmán en 1930 lo pudo haber escrito Díaz-Plaja o Max Aub o Vossler o, si me apuran, Josep Pla: «A mí no es fácil hacerme hablar de política. Es algo que no entiendo bien. Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado. Pensaba siendo así que ahora sucede lo que sucede en México y que yo no puedo impedirlo, es preferible que colabore con mi tiempo, tratando de poner orden en el pequeño sector que quede a mi alcance... Además todavía, en épocas de naufragios, nadie se anda con muchos remilgos sobre la tabla a que se agarra...» (Curiel, 1991, 112).

Este es el cuento, pues, de los sobrevivientes del miedo, cada quien en su exilio. Todos, desde mi padre hasta Díaz-Plaja, de Alfonso Reyes a Max Aub, estaban, como Aub mismo dijo a Francisco Ayala, y en mexicano, «destartalados», no importa si en la Ciudad de México o en Madrid o en Barcelona. Amigos, pues, no sé si todos estos lo fueron, pero sí más hermanos de lo que se imaginaban, en México o en España.

Bibliografía

Aub, M. (1975). *La gallina ciega.* México: Joaquín Mortiz.

Curiel, F. (ed.) (1991). *Medias palabras: correspondencia 1913-1959. Guzmán / Reyes.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Díaz-Plaja, G. (1939). *La ventana de papel: ensayos sobre el fenómeno literario.* Barcelona: Editorial Apolo.

— (1966). *Memoria de una generación destruida: 1930-1936*. Madrid: Delos-Aymá.

— (1967). *Con variado rumbo: de la ruta del Mio Cid a la invención de Brasilia.* Madrid: Planeta.

— (1970). *El barroco literario,* Buenos Aires, Editorial Columba.

— (1975). *Tratado de las melancolías españolas*. Madrid: Sala.

Gumbrecht., H. U. (2002). *Vom Leben und Sterben der grossen Romanisten*, Múnich, Carl Hanser Verlag.

Martí Ibáñez, F. (1966). *The Mirror of Soul and Other Essays.* Nueva York: Clarkson N. Potter.

Ochoa-Carrillo, F. J. (2013). «Semblanza del Académico Dr. Francisco Tenorio González». *Gaceta Mexicana de Oncología*, 12(1): 68-70 (enero de 2013).

Guillermo Díaz-Plaja y China: vertientes de una empatía (una lectura personal)

➤ *José María Balcells*
Universidad de León

Guillermo Díaz-Plaja fue uno de los primeros escritores españoles contemporáneos que hizo un viaje a China con el propósito de realizar lo que pudiera considerarse turismo cultural, y turismo cultural con mayúscula. Su visita tuvo lugar entre la segunda mitad de junio y la primera de julio del año 1978. Tan solo se le había anticipado la escritora cartagenera Carmen Conde en este tipo de viajes, pues ella lo había hecho en otoño de 1976.

En la experiencia de viajar a China les habían precedido a ambos, ciertamente, otros escritores, pero estos llevaron a cabo sus viajes bajo invitación de las autoridades chinas, y en tanto que miembros del Partido Comunista de España. Sus respectivos desplazamientos al país asiático se produjeron a partir de la segunda mitad de los cincuenta y hasta comienzos de la década siguiente, y se realizaron desde países de la órbita comunista. Estamos aludiendo a María Teresa León, Rafael Alberti, César Muñoz Arconada, Juan Rejano y Blas de Otero.

Consecuencia del viaje de Guillermo Díaz-Plaja a China fue la escritura de la obra *China en su laberinto*, publicada por la editora barcelonesa Plaza & Janés en septiembre de 1979. El autor se puso a trabajar intensamente en este libro muy poco tiempo después de realizada la visita al país asiático, en concreto aprovechando la parcela de julio, inmediata a su regreso, y todo el mes de agosto de 1978. A partir de notas tomadas en China, había comenzado la escritura de la obra en Cadaqués, continuándola en Palma de Mallorca, siendo en estas dos localidades donde escribe el núcleo fundamental de su experiencia china.

Pero el escritor manresano incrementó posteriormente el contenido nuclear de su libro con nuevas páginas adicionales, un grupo

de ellas bajo el título de «Meditación final», datando estas últimas en Barcelona en junio de 1979. Del gran interés que tuvo la editora por poner esta obra al alcance de los lectores da idea el hecho de que apareciese en septiembre de ese año, lo cual supone necesariamente que Plaza & Janés se aplicó en pleno verano en cuanto concierne a materializar el volumen.

Bagaje mental del viajero

Antes de proceder a dar cuenta de las antecitadas vertientes de *China en su laberinto* me interesa remarcar el bagaje personal como viajero con el que Guillermo Díaz-Plaja se traslada a China. Téngase presente que cuando se desplaza allí tiene una experiencia de más de tres décadas de viajes de índole cultural, y varios libros de este género, algunos editados en los años sesenta, así *El viajero y su luz* (1963), *África por la cintura* y *Con variado rumbo*, obras las dos aparecidas en 1967. Y sabe bien que para conocer el país que se visita ha de estar el que viaja abierto al entendimiento de las realidades con las que va a encontrarse.

Empero, en el supuesto de viajes como el de China, se exige una precaución especial, la de estar prevenido a fin de que la óptica europea no implique un lamentable *handicap* para acercarse al conocimiento de dicho país asiático. Díaz-Plaja ejemplificaba el tipo de óptica que ha de evitarse aduciendo el punto de vista cultural improcedente que defendió Eugenio D´Ors, autor al que, por lo demás, conocía bien: le había dedicado el libro *La defenestració de Xenius*, aparecido en 1967, y le dedicará, después de *China en su laberinto,* dos títulos más, así *El combate por la luz: la hazaña intelectual de Eugenio D´Ors* (1981) y *Lo social en Eugenio D´Ors y otros estudios*, que saldría en 1982. Pero leamos el siguiente párrafo, tan ilustrativo al respecto:

> Eugenio D´Ors llamaba, con la proverbial soberbia europea, «ecumene» a toda la civilización ligada a Occidente y vinculada a la noción político-religiosa que supone la ciudad de Roma, reservando el nombre de «exotero» para toda cultura que quedaba marginada de aquel contorno geográfico, utilizando la noción de exotismo tanto como una definición como un estigma. La observación, a nivel de milenios, de la Historia universal nos permite establecer, contrariamente, una definición bipolar, uno de cuyos extremos, la China, no queda en modo alguno sujeto a marginación, sino que, por lo contrario, asume la pri-

> macía en tanto que continuidad política –cuatro mil años de unidad coherente– y que en cuanto al progreso técnico, el avance cronológico de la China puede ruborizar a nuestra presuntuosa cultura occidental... (Díaz-Plaja, 1979: 145)

Amén de translucirse en este pasaje un reconocimiento admirativo a China desde el punto de vista político y científico, de estas líneas se desprende que Díaz-Plaja no acudió a ese país con la mentalidad dorsiana de conocer un lejano horizonte exótico, en el que le aguardaban sorprendentes curiosidades. De haber ido con ese prejuicio habría revelado estar convencido de una superioridad europea tan falsa como acrítica, y en la que él no creía.

Y demostró no creérsela dedicando un libro entero a China, mientras ese país, como él mismo recuerda, solo había merecido a Eugenio D´Ors dos meras alusiones en su obra de plenitud *La ciencia de la cultura,* que en su edición de Rialp de 1964 ronda las quinientas páginas. Hablar de cultura y prescindir de China supone autoimponerse una limitación nada fértil en la materia. Guillermo Díaz-Plaja, en suma, fue a visitar aquella civilización tras haber conjurado prejuicios negativos, y esa actitud abierta le iba a permitir una lectura más cabal de las realidades de aquel país, y fruto de ella es la empatía que ofrece a los lectores desde distintas vertientes, y que se irá apreciando a través de estas notas sobre *China en su laberinto.*

Realces de China

Además del recién citado pasaje a propósito de D´Ors, en otros muchos lugares del libro manifiesta Guillermo Díaz-Plaja su admiración hacia la historia de China, ya ensalzando el gran abismo cultural que separaba a los chinos de sus vecinos asiáticos, ya poniendo de relieve que llegó a ser en tiempos pasados el país más moderno del mundo, y con notable superioridad científica con respecto a Occidente. En el epígrafe «La civilización china», dentro del capítulo dedicado a la singularidad de ese país, pueden leerse aserciones como las aludidas.

No todos los inventos de esa civilización oriental con una antigüedad de 5.000 años fueron técnicos ni científicos. También inventaron la noción de Imperio, la cual perduró, a diferencia de cualesquiera otros imperios del mundo, durante muchos siglos, en concreto durante 2.133 años. Acaso puedan mostrarse reticencias

ante semejante invento político. Pero esas reservas desaparecen cuando recuerda Díaz-Plaja que el Imperio forjado por la etnia china autóctona, la etnia Han, no fue imperialista, sino al contrario, y como prueba cita y asume la afirmación de José Ortega y Gasset, en su ensayo «Teoría de Andalucía», de que China «se ha dejado conquistar por todo el que ha querido» (Ídem, 22). Lo leemos en el capítulo «El descubrimiento de China por Europa», donde enumera como invasores del territorio chino a mongoles, manchúes y japoneses.

En varios lugares de su obra también fue introduciendo Díaz-Plaja encomios a diversas manifestaciones culturales, y anoto como muestras lo que dice sobre la gastronomía y la jardinería. Acerca de la primera escribe, en el capítulo «Tapetes de encaje blanco», que constituye un importante aporte a la cultura universal, y a continuación sentencia que «en el mundo, no hay más que dos cocinas: la china y la francesa; todo lo demás son trabajos de aficionado» (Íd., 47). Y si en el yantar compartiría China la primacía con Francia, su centro mundial en jardinería resulta a su juicio indiscutible, como lo acredita este aserto de quien tantos jardines había visitado en tantísimos países: «En China, especialmente en Hang Chow y en Pekín hemos visto los más bellos parques del mundo» (Íd., 161).

Confiesa Díaz-Plaja haber sido tentado por el propósito de dedicar en su libro un excurso a la demostración de que la escritura china puede interpretarse como una obra de arte. Ese excurso no llegaría a redactarlo, pero como síntesis de la materia de esas páginas nonatas valdrá el haber observado que «La utilización de los pinceles como pieza obligatoria de la escritura permite matices de grosor y delgadez, de tenuidad y de fortaleza, de indudable relieve artístico» (Íd., 174).

Tocante a costumbres, el viajero Guillermo Díaz-Plaja elogia la limpieza generalizada que se advierte por todas partes, sean grandes o pequeñas ciudades, sean aldeas. Ni en calles ni en recintos dice haber visto papel alguno en el suelo, añadiendo irónicamente «Y conste que no hay papeleras» (Íd., 51).

Abundando en materia de higiene, señala que en la China visitada solo se permite que los perros vivan en el campo, no en la ciudad, en una decisión tajante del propio Mao dictada en 1951, y que apostilló Díaz-Plaja comentando que «... la limpieza de la ciudad sale beneficiada, como bien sabemos los que conocemos el repugnante abuso de nuestras ciudades, en las que los perros dejan la huella constante de sus excrecencias» (Íd., 53).

También alaba el comportamiento de las gentes con relación a los eventos deportivos. La existencia de organizaciones no conduce a hechos lamentables, lo que se enfatiza por dos veces en el libro. En una señala que las rivalidades entre los partidarios de un club difieren de las de nuestras latitudes, pues «entre nosotros degeneran en odios tribales que nos producen sonrojo» (Íd., 228).

China y la experiencia propia

Los recuerdos del viajero se emplean a veces para la valoración de aspectos controversiales de la historia de China, incluida la etapa maoísta, contribuyendo a desactivar juicios adversos. Ante la Revolución cultural, por ejemplo, señala que no supuso un *unicum* en la historia del país, pues ya su primer emperador, Tsin Shi Huang-Ti, al que se debe el nombre de China, inauguró el método de la quema de libros, al ordenar que se quemasen los de antiguos filósofos, llegando también a enterrar vivos a sus autores. Acto seguido pondera estas enormidades recordando que muchos siglos después de que se produjesen, «en los tiempos inquisitoriales de Europa católicos y no católicos se entregaron a la misma tarea» (Íd., 171). Y añade que hubo en días republicanos españoles algunos sucesos parangonables a esos: «En la guerra civil española yo he visto destruir por patrullas de la FAI libros que les parecían sospechosos. De mi casa se llevaron clásicos ascético-místicos españoles y varios tomos de los *Episodios Nacionales* de Galdós, porque tenían una bandera monárquica en la cubierta. Claro está que, del lado franquista, se produjeron iguales excesos...» (Íd., 171-172).

Parecido procedimiento de asemejar realidades de la China visitada, que no es otra que la maoísta, a otras realidades españolas, emplea Guillermo Díaz-Plaja al referirse al vestuario igualador implantado por el régimen comunista. Al respecto, recuerda que esa práctica de que la ropa no diferenciase a la gente la vivió él mismo a comienzos de la guerra civil, cuando

> de lado republicano la fuerza de las cosas impuso unos modos igualitarios en el atuendo. Las corbatas de los hombres desaparecieron a la misma velocidad con la que se evaporaron los sombreros de las mujeres. Se exageraba, en esto, para evitar equívocos. E incluso surgió un curioso verbo en el argot de aquellos días: el verbo «cantar». Esto «canta»

quería decir «esto llama la atención»; esto intenta ser distinto; cuidado, esta puede ser «fascista». (Íd., 223)

Otro ejemplo de familiarizar lo visto en China con lo experimentado en España lo proporcionan las comunas agrícolas comunistas. A los pequeños terratenientes se les persuadió de que si trabajaban en común y reunían lo cosechado entre todos facilitarían la comercialización. Y esa idea le lleva a anotar: «El hecho no debe sorprendernos. Nuestras cooperativas agrícolas son el resultado de una reflexión análoga» (Íd., 212).

Tocante a la terapia de grupo con la que la comunidad laboral, sea en comuna agrícola, sea en una fábrica, saca a relucir el comportamiento negativo de aquellos que se desvían de las pautas prefijadas, también la justifica, porque le trae a la memoria «esas actitudes penitenciales con las que el miembro de una comunidad monástica cristiana se acusa públicamente ante sus hermanos de sus pecados y negligencias» (Íd., 216).

Gracias a su visita a China se percató Díaz-Plaja de que algunas de las cosas que él mismo había realizado de niño, y también alguna de las obras que llegaría a escribir, tenían impronta china sin que hasta hacer el viaje se hubiese dado cuenta de esa influencia. Aduciré un par de ejemplos. En uno de ellos recuerda que muchas décadas atrás, cuando tan solo era un chiquillo, jugaba a proyectar por medio de una pantalla sombras chinescas, de inequívoco origen, puesto que a los chinos les caracteriza «El gusto elemental por la silueta, que empieza en la caligrafía y acaba en los grandes trazos ornamentales...» (Íd., 87).

El segundo ejemplo tiene que ver con la configuración interna de uno de los libros de referencia en la bibliografía de Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y ocho,* publicado en 1951. Al explicar los principios del yin y el yang, en los cuales cristaliza el Tao, observa que esta división es aplicable al plano estético y al cultural. Y al respecto reconoce, mencionando el libro suyo recién citado, y en alusión a ese concepto de alternancia, de complementariedad y de convivencia de contrarios, que «Yo mismo lo he utilizado en la discriminación de dos actitudes literarias...» (Íd., 134). Quién nos iba a decir, si no fuese el propio autor, que su *Modernismo frente a Noventa y ocho* admite una lectura desde la perspectiva de la filosofía taoísta.

Facetas de estudio literario y ensayo

El capítulo inicial del libro lleva por título «El descubrimiento de China por Europa», y puede considerarse un estudio pionero sobre la presencia de China en las letras españolas. En él se aportan datos muy preciosos al respecto y, como suele ser característico en la obra de Díaz-Plaja, se teje un discurso sobre la materia que constituye una base firme para que otros estudiosos puedan ampliar esta temática.

La vertiente ensayística la propician varios pretextos muy significativos de China, como por ejemplo la gran muralla o la figura del Emperador, y sobre todo la personalidad de Mao. Las páginas centradas en este líder abarcan un capítulo entero del libro, el titulado «Mao, o el pensamiento sinuoso».

Las meditaciones que le sugiere la gran muralla son: China se ha sentido siempre distinta; esa protección mural supone la vertiente pétrea de su nacionalismo; y ese país «es una conciencia histórica unitaria» (Íd., 118) que, a causa de su enorme extensión geográfica, por necesidad se obligó a sentirse a la defensiva.

La figura del Emperador puede ser la prueba del nueve para que calibremos la originalidad de un ensayista, y Guillermo Díaz-Plaja sale exitoso al abordar esa cuestión tan propicia para el tópico manido. Observa el complejo imperial de la ciudad prohibida, y se percata de la repetición de los espacios, de los límites, y asimismo de los motivos estéticos y decoraciones. El caso es que el llamado Hijo del Cielo estaba obligado a pasar toda su vida allí dentro, ante las mismas personas, los mismos palacios, los mismos puentecillos, las mismas pagodas, etc. Y añade como conclusión: «¿qué veía el emperador en su vida de recluso? Se veía y se contemplaba a sí mismo, como un juego de espejos que refleja hasta el infinito la misma imagen. Era para volverse loco o para convertirse en mero instrumento, aunque fuera el primero y más importante ser de aquel sistema...» (Íd., 93).

En las páginas ensayísticas «Mao o el pensamiento sinuoso», Guillermo Díaz-Plaja hizo una aproximación a tres facetas del líder comunista: la de su pensamiento, la de su política y la de su poesía.

Respecto al pensamiento de Mao Tse-Tung, recuerda en primer término que, precisamente por ser chino, no procede valorarlo aplicándole los esquemas de la lógica occidental, uno de los cuales sostiene como negativo el principio de contradicción: las cosas no

pueden ser y no ser a la vez. Por su parte, el propio Mao niega este modelo racionalista en su discurso *Sobre diez grandes relaciones*, en el que valora como positivo el principio según el cual «El mundo está hecho de contradicciones. Sin contradicción no existiría el mundo» (Íd., 211).

Mao asumió actitudes que parecen no ser compatibles, lo que también se ha puesto en relación con el taoísmo. Un pasaje de Laotsé propone: «no provoques la lucha, acéptala, / es mejor retroceder un metro que avanzar un centímetro» (Íd., 209). Y aquí Guillermo Díaz-Plaja aduce, para ilustrar esa armonización de contrarios, un fragmento de un poema de Mao Tse-Tung:

> *Cuando el enemigo ataca, yo me retiro,*
> *cuando se detiene, yo ataco,*
> *cuando descansa, yo marcho,*
> *cuando se despliega, yo espero. (Ibídem)*

El rechazo y la aceptación de las doctrinas de Confucio podrían ser otro ejemplo de actitud que parece no compatible. Rechazo de la benevolencia confuciana en tanto que puede favorecer el dominio de unos pocos sobre la mayoría. Aceptación, sin embargo, de unas reglas de conducta emanadas desde arriba y que han de cumplirse.

Mao compatibilizó también la represión con la tolerancia. La represión fue durísima en los años 1951 y 1952, recuerda Díaz-Plaja, pero la tolerancia fue increíble hasta la Revolución cultural, señala también. Entre los ejemplos de represión cita en una nota el exterminio de hasta diez millones de personas, aunque en esa misma nota se pregunta: «¿Será lícito oponer esta cifra a la de 50 millones asesinados por Chiang Kai Shek?» (Íd., 213), una contraposición que no suele alegarse cuando se hace referencia a la cifra de muertos cuya responsabilidad se atribuye al líder comunista, y que algunos historiadores sitúan en los setenta millones.

Como muestras de tolerancia aduce la conocida consigna de Mao de «que se abran cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento», consigna sobre la que no habría unanimidad en considerarla, a los pocos meses de llevarse a la práctica, como ejemplo de tolerancia, sino más bien de la sinuosidad de la que habla Díaz-Plaja, porque la disidencia quedó al descubierto y fue reprimida. Otra demostración de esa tolerancia, y en este caso el acuerdo podría ser muy amplio, sería, como anota el escritor manresano, que quien fue el último emperador, Pu-Yi, «trabaja en un instituto de investigación (primero

fue jardinero) y hoy se sienta en el Congreso Popular en calidad de diputado» (Íd., 212).

El capítulo sobre Mao Tse-Tung comienza con la reproducción de uno de sus poemas, en preludio del énfasis que puso Guillermo Díaz-Plaja en valorar la poesía del líder comunista, no siempre justipreciada. De él se subraya que la poesía fue una constante a lo largo de su vida, y que abogase por la coexistencia de varias estéticas. Y no oculta su admiración al confesar que leer sus poemas «escritos en circunstancias terribles, en medios hostiles de clima, angustia vital, miseria, derrota y desaliento, produce una emoción inmensa» (Íd., 209).

Cuando ha de realzar lo más destacado de la poesía de Mao Díaz-Plaja reproduce versos en los que la emoción patriótica se revela al contemplar el paisaje, o en los que las escenas bélicas se plasman transidas de lirismo, como en esta cita:

> *Bajo la fría luna fría de la mañana*
> *los cascos de los caballos resuenan*
> *y las trompas sollozan débilmente.* (Íd., 210)

La vertiente poética

Guillermo Díaz-Plaja siempre sintió que en todo viaje hay oportunidades para la creación poética, y distintos libros de su singladura literaria lo atestiguan. En *China en su laberinto* iba a ejemplificar fehacientemente este sesgo, y no solo por haber insertado en la obra diversos cuadernillos líricos, sino porque en distintos momentos de la misma ofrece al lector pasajes que pueden leerse como poesía, no por su propósito, más bien por su resultado.

De haber sido escritas más de veinte años antes tales páginas las pudo haber incluido en su libro de 1956 *El poema en prosa en España. Estudio crítico y antología*. Aduciré para probarlo unas cuantas líneas espigadas en el epígrafe «La raíz campesina», que se enmarcan en el capítulo «La singularidad china». Leamos:

> ... hasta llegar a Cantón, el campo es una esmeralda de perfecta horizontalidad. Ha reventado en lluvia, ayer, el cielo primaveral y hoy la cobertura vegetal tiene brillos de joya. La agricultura es aquí como un objeto de mimo y perfección, que ofrece una floración apretada, entre el agua parda de los campos de arroz y esa maravilla de tapiz verde que da la impresión de aprovechamiento hasta el milímetro de la su-

perficie cultivable. La tierra, que era eréctil y tumultuosa del lado de Hong Kong, es, ahora, propicia como una mujer yacente a las caricias del amado. (Íd., 147)

En la obra reunió también Díaz-Plaja varias series de canciones inspiradas en su viaje. Las compuso mayormente a raíz de sus estadías en diversas ciudades del mapa chino, agrupando en diferentes «Cuadernillos líricos» las que diversos lugares le suscitaron. Tales agrupaciones las fue conformando a base de poemas de Shanghai, de Nankíng, de Hang-Chow, de Pekín, así como de la gran muralla, de los campos y de los niños.

Y aquí anoto que la secuencia de las ciudades visitadas y de los grupos de poemas a ellas vinculados no se dispusieron en la obra conforme al itinerario del viajero, pues el poeta decidiría situar las localidades pequeñas y sus poemas en el centro, enmarcándolas las grandes urbes, Shanghai y Pekín, con sus textos poéticos correspondientes.

El rasgo común que presentan los aludidos poemas es su trazo escueto, así como su finura, y brevedad, configurándose algunos en base a los perfiles del hai-ku. En varios parece que se poetiza una greguería, a lo que pudo contribuir su admiración hacia la estética literaria de Ramón Gómez de la Serna, bien estudiada por él mismo en un libro cronológicamente cercano: *Estructura y sentido del Novecentismo español* (1975). Y respecto al sujeto dicente, no son raros los textos que se ponen en boca de elementos naturales (árboles, plantas, el Yang Tsé, el Lago del Oeste...). En un caso el hablante es la Historia misma, mitificada.

Además de las referidas series, publicó Díaz-Plaja en su libro otros textos líricos de inspiración china que presentaría bajo el siguiente titular: «Poemas a la manera de... Homenaje a la poesía china antigua», lo cual nos reafirma en el uso del concepto de empatía con el que hemos calificado la actitud de Guillermo Díaz-Plaja con relación al universo chino.

Bibliografía

Díaz-Plaja, G. (1951). M*odernismo frente a Noventa y ocho: una introducción a la Literatura Española del siglo xx*. Madrid: Espasa Calpe.

— (1956). *El poema en prosa en España: estudio crítico y antología*. Barcelona: Gustavo Gili.

— (1963). *El viajero y su luz*. Barcelona: Librería Editorial Argos.
— (1967a). *África por la cintura: Etiopía, Kenya, Tanzania, Uganda. Notas a un safari fotográfico*. Barcelona: Juventud.
— (1967b). *Con variado rumbo: de la ruta de Mio Cid a la invención de Brasilia*. Barcelona: Planeta.
— (1967c). *La defenestració de Xenius*. Andorra la Vella: Editorial Andorra.
— (1975). *Estructura y sentido del Novecentismo español*. Madrid: Alianza Editorial.
— (1979). *China en su laberinto*. Barcelona: Plaza & Janés.
— (1981). *El combate por la luz: la hazaña intelectual de Eugenio D´Ors*. Madrid: Espasa Calpe.
— (1982). *Lo social en Eugenio D´Ors y otros estudios*. Barcelona: Ediciones del Cotal.
D'Ors, E. (1964). *La ciencia de la cultura*. Madrid: Rialp.

Índice

Presentación 9
[Marcelino Jiménez León y Ana Díaz-Plaja Taboada]

Palabras de apertura 15
[Carles Bastons i Vivanco]

CALA I: Girona (Monarquía de Alfonso XIII, Dictadura de Primo de Rivera) 17

CALA II: Institut-Escola de la Generalitat (República) 18

CALA III: Instituto J. Balmes (República, Guerra Civil, dictadura franquista) 20

Epílogo: uno y diverso 24

A modo de conclusión 26

Bibliografía 27

Díaz-Plaja y Blecua 29
[Alberto Blecua y José Manuel Blecua]

Bibliografía 37

El fondo Guillermo Díaz-Plaja: perfil y potencialidades de un archivo personal 41
[Núria Jornet-Benito y Laura Vílchez]

Bibliografía 51

La vida literaria en directo: el epistolario de Guillermo Díaz-Plaja 53
[Anna Caballé]

Bibliografía 66

Anexo 1: Carta de Azorín a Díaz-Plaja (1966) 67
Anexo 2: Carta de Américo Castro a Díaz-Plaja (1968) 70

La labor manualística de Guillermo Díaz-Plaja en sus contextos histórico, educativo y didáctico 73
[Antonio Martín Ezpeleta]

Historia de la enseñanza y manuales de literatura del pasado 74
Guillermo Díaz-Plaja, autor de manuales 80
Un manual de lengua para alumnos de Primaria. *El libro de las palabras* 83
El manual de literatura para Bachillerato. *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos* 88
Manuales de consulta de talante comparatista. *Historia general de las literaturas hispánicas* y *La literatura universal* 95
Bibliografía 101

Guillermo Díaz-Plaja y Eugenio d'Ors, el combate por la luz 105
[Conrad Vilanou Torrano y Raquel de la Arada Acebes]

Una vida a la sombra de Eugenio d'Ors 107
Díaz-Plaja y D'Ors, por una pedagogía culturalista 108
El arte de pontificar y espiritualizar 113
Vocación liberal, cristiana y europeísta 115
A modo de conclusión 118
Bibliografía 118

Guillermo Díaz-Plaja, puente entre culturas 121
[Julia Butiñá Jiménez]

Bibliografía 126

Guillermo / Guillem Díaz-Plaja, discurso y práctica comparatista catalano-castellana 129
[Juan M. Ribera Llopis]

Bibliografía 140

Guillermo Díaz-Plaja: recuerdos de recuerdos de México 143
[Mauricio Tenorio Trillo]

Bibliografía 157

Guillermo Díaz-Plaja y China: vertientes de una empatía (una lectura personal) 159
[José María Balcells]
Bagaje mental del viajero 160
Realces de China 161
China y la experiencia propia 163
Facetas de estudio literario y ensayo 165
La vertiente poética 167
Bibliografía 168

HORIZONTES - TESTIMONIOS
EDITORIAL OCTAEDRO

Últimos títulos publicados:

Ángel Llorca i García
Comunidades familiares de educación
Un modelo de renovación pedagógica en la guerra civil

Carlos Lomas García
Lecciones contra el olvido
Memoria de la educación y educación de la memoria

Maria del Mar del Pozo Andrés
Justa Freire o la pasión de educar
Biografía de una maestra atrapada en la historia de España (1896-1965)

Monique Alonso
Antonio Machado, el largo peregrinar hacia el mar

Isabel Oyarzábal Smith,
Concepción Bados Ciria
El alma del niño
Ensayos de psicología infantil

Isabel Oyarzábal Smith,
Concepción Bados Ciria
El alma del niño
Ensayos de psicología infantil

Sebastián Gertrúdix Romero de Ávila (coord.)
Construyendo escuela
Las técnicas Freinet 50 años después

Este volumen recoge las aportaciones de una serie de especialistas con el objetivo de mostrar cómo confluyen en la obra y el legado de Guillermo Díaz-Plaja diferentes ramas del ámbito de las Humanidades (Historia y Crítica de la Literatura, Didáctica de la Literatura, Filosofía, Biblioteconomía y Archivística, Epistolarios, etc.).

Díaz-Plaja fue viajero, hombre-puente entre culturas, profesor, divulgador y gestor cultural. Sus libros y todo su legado han sido conservados en el Fondo Guillermo Díaz-Plaja, ubicado en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Los expertos que escriben en este volumen han partido de sus áreas de investigación y de su vinculación a las tareas del Fondo, y el resultado es una obra intensa y amena, con tonos distintos, del más entrañable al caracterizado por los ribetes críticos, desde la erudición y los datos hasta las evocaciones, del análisis filológico al recuerdo poético.

A lo largo de la obra se profundiza, desde ángulos complementarios, en la importancia de los fondos personales en la historia cultural de un país, la labor educativa de Díaz-Plaja, sus relaciones con otros profesores e intelectuales del momento y su carácter viajero en dos facetas esenciales para su biografía intelectual: la del curioso oteador de horizontes y la del promotor y embajador de empresas culturales. Y, por encima de todo, queda patente su voluntad de poner en contacto diversas formas de cultura y diferentes lenguas, ya fuera en la península ibérica o en el mundo entero.

ISBN 978-84-17219-19-2

Octaedro Editorial